EL MODO DE SER ARISTOCRÁTICO

Segunda Edición junio 2007

Ariadna Ediciones
Laguna La Invernada 0246, Estación Central, Santiago
Fono: 748 05 45
ce: ariadna.ediciones@gmail.com
www.ariadnaediciones.cl

Registro de Propiedad Intelectual Nº 47.814
ISBN 978-956-8416-07-2

Fotografia de portada: Joaquín y Patricio Larraín
Inés Echeverría Bello, *Memorias de Iris,* 1899-1925, Aguilar, Santiago, 2005.
Diseño y Diagramación: Fabiola Hurtado Céspedes

Impreso en LOM ediciones

LUIS BARROS - XIMENA VERGARA

El Modo de ser Aristocrático

El caso de la oligarquía chilena hacia 1900

ARIADNA
ediciones

Ariadna Ediciones
2007

ÍNDICE

NOTA A LA SEGUNDA EDICIÓN

He aquí un libro clásico

La referencia o consulta obligadas de manera permanente, lo que también nos coloca en la dimensión temporal, son dos de los requisitos que hacen de una obra –en este caso, de un libro– un texto clásico o, como se escucha muy a menudo entre la juventud de hoy, un objeto de "culto", circunstancia esta última que se aviene muy bien con una de las acepciones de esta expresión: su conocimiento o acceso restringido, sólo para iniciados, cuestión que se refuerza por la prolongada ausencia de nuestro clásico en los circuitos normales de distribución editorial.

Obviamente, la consulta obligada a este tipo de libros importa, la mayor parte de las veces, una especie de punto de partida inaugural para toda nueva iniciativa de estudio, reflexión o simple lectura de interés, es decir, sea que se rebatan o se acepten los argumentos en él contenidos –y esto puede que no importe mucho en este momento inaugural– un nuevo esfuerzo intelectual no podrá nunca comenzar de verdad si antes no se han ajustado cuentas, no se haya extraído lo que se estime útil o, lisa y llanamente, se deseche o relativice lo expuesto por el texto en cuestión. Sean cuales sean las reacciones, lo cierto es que ellas, quiérase o no, reflejarán algo que en modo alguno se podrá borrar, a saber, las trazas de producción pionera que tuvo y aun conserva en tal o cual materia o área del conocimiento[1].

---

[1] Sobre consideraciones recientes a la relevancia pionera de la obra de Barros y Vergara (sin que se evite la crítica respectiva), ver: Manuel Vicuña Urrutia, *La belle époque chilena*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2001; Sofía Correa Sutil, *Con las riendas del poder. La derecha chilena en el siglo XX*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2004.

El Modo de ser Aristocrático. El caso de la oligarquía chilena hacia 1900, es, sin duda, un texto clásico dentro de los avatares de nuestra historiografía social. Publicado por primera vez en 1978 bajo los auspicios de la Editorial Aconcagua –animada por el destacado y prematuramente fallecido Claudio Orrego Vicuña– su lectura, desde entonces, ha resultado imprescindible para todo/a especialista que haya querido indagar en el pasado político, social y cultural de la elite dominante chilena de hace un siglo atrás. Con escasos arreglos de estilo, de *aggiornamento* en la citación a pie de página, y la corrección de una que otra errata tipográfica, esta nueva edición mantiene intacta la aparecida en 1978, incluyendo el Prólogo que para aquella vez escribiera Tomás Moulian. La única salvedad ahora corre por cuenta de las respuestas que Luis Barros y Ximena Vergara han hecho a un breve cuestionario que nos ha parecido oportuno hacerles como manera de informar a los lectores de hoy sobre la génesis de la obra y la valoración que ellos –sus autores– le brindan cuando ya se cumplen tres décadas de su publicación. Buena lectura...

Otoño 2007

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 1978

El prólogo de un libro son aquellas páginas que el lector escruta con menos respeto. Al fin y al cabo el que escribe no es un autor, nimbado a priori por el aura de la creatividad, sino otro lector que por circunstancias azarosas se ha apoderado de un espacio del libro.

En rigor, esos prejuicios son respetables. Por lo menos en función de ellos he definido mi estatuto de prologuista: asumo esta tarea en el entendido de que ella me plantea una única responsabilidad, la de explicar, haciendo uso del privilegio de una lectura anticipada, por qué este libro me interesó. Dejo para otros los deberes (o placeres) de la crítica.

En primer lugar esta obra me interesa porque aborda un capítulo de la historia social del siglo XX. Dentro de él, de una de sus fases cruciales, aquella donde se prepara la crisis política del Estado oligárquico. Esta preocupación doble por las raices más próximas del Chile contemporáneo y por el punto de vista de lo social en el devenir histórico, representa una de las originalidades de este libro.

Sin embargo, no es ella la que nos interesa recalcar. Es casi una originalidad negativa, derivada de las carencias de una sociedad donde la investigación histórica se detiene (con escasas y por ello notorias excepciones) en el umbral del siglo XX, y donde la labor historiográfica se caracteriza por un sesgo politicista.

Por supuesto, no pretendo desvalorizar el estudio de las modificaciones, cambios o transformaciones en el nivel del Estado o de la lucha política. Pero sí me parece necesario impugnar una visión de la historia fragmentada en compartimentos estancos (lo político, lo económico,

aun lo social) que se estudian cada uno en sí mismo, sin necesidad de conceptos totalizadores.

En ese terreno reside justamente la principal originalidad de este libro. No obstante, contrariando hábitos extendidos, ella no consiste en la teorización o la discusión conceptual. En ese campo se advierte falta de pretensión, una calculada reticencia a envolverse en querellas escolásticas. Pero se trata de una distancia culta, que demuestra (por lo menos) no ignorar las polémicas teóricas. En un tono menor, los autores discuten algunos de esos problemas en el momento de definir el concepto de "modo de ser". Pero no se detienen morosamente en largas disquisiciones a priori sobre la pertinencia del punto de vista. Consagran sus esfuerzos principales a comprobar, en el estudio histórico, su fertilidad analítica.

Sin embargo, en el uso de ese concepto, están involucrados un proyecto y una estrategia de comprensión histórica. El gran mérito de este libro es la elaboración y utilización de una noción de tipo integrador, en este caso, entre comportamiento y pensamiento. El proyecto de comprender de manera total el devenir histórico, no debe confundirse con relatar copiosamente el pasado, creyendo con eso alcanzar una reproducción exacta, ni tampoco debe confundirse con juntar sin orden un *pot-pourri* de hechos y procesos disímiles que logren por azar cubrir el campo principal de cuestiones. La estrategia adecuada es aquella que intenta este libro: encontrar un punto de vista o un ángulo de observación que sea integrador de dimensiones diversas de lo histórico.

A algunos quizás les sorprenderá esa noción de "modo de ser". Se preguntarán de dónde sale, a qué teoría corresponde: ¿será funcionalista o marxista, althuseriana o gramsciana? En realidad lo importante no es un linaje, puesto que en verdad es una noción con poca historia. Lo significativo es saber a propósito de qué objeto se constituye, porque sólo así podremos responder las preguntas sobre su necesidad o utilidad.

Este libro tiene como objeto el estudio de una clase en un período histórico en el que ella era clase dominante. Pero lo interesante del

enfoque es el modo de abordar ese objeto. Los autores renuncian a dos formas tradicionales: aquella que se hubiera centrado en la relación de clases (relaciones de producción) y aquella que se hubiera centrado en el estudio de la ideología, cuya manifestación son los discursos; tomando el estudio de la ideología así entendida como investigación exhaustiva sobre la conciencia de clase.

El aporte teórico de este libro es mostrar a través de la práctica analítica que el estudio de la conciencia de clase requiere tomar como objeto histórico la cultura. Hay en la obra un postulado casi implícito: es importante pero no suficiente situar una clase con relación a la estructura económica. Por supuesto, se requiere conocer el condicionamiento material, el tipo de relaciones sociales de producción de la cual una clase determinada es agente; y por ello en este libro es central la descripción de las funciones económicas de la oligarquía. Pero entre la situación económica de clase y la conciencia hay un campo específico de mediaciones, que es la cultura. Esa cultura es más que lenguaje, discurso, teoría o ideas; ella es un tipo de práctica que se aprehende a través del concepto de modo de ser.

Describir a la oligarquía como una clase caracterizada por un modo de ser aristocrático, lo que implica, entre otras dimensiones, una cultura del ocio, una visión naturalística de las desigualdades sociales, una autoconciencia de elite legitimada por el linaje, nos abre un vasto horizonte para el planteamiento y resolución de problemas relacionados con el desarrollo capitalista chileno.

Permite entender desde otro punto de vista el papel industrializador del Estado y el hecho que en el caso chileno, la dinámica industrializadora haya requerido la instalación en el gobierno de un bloque político de centroizquierda. Esos procesos no pueden ser tratados como el efecto de un estatismo devorador sino como necesidad, consecuencia en el desarrollo capitalista de una oligarquía que defiende el anclaje agrario-exportador de la economía como defensa de sus privilegios sociales.

La oposición entre el hidalgo y el burgués, a la cual es devota cierta

historiografía nacional, tiene sus orígenes en el romanticismo conservador europeo. Representa una reacción aristocratizante contra la invasión de la cultura burguesa, la que convierte al mercado en categoría de valoración social, poniendo lo adquirido por encima de lo adscrito. Al contrario, la cultura oligárquica es una cultura del privilegio tradicional que se trata de fundar en virtudes de casta. En el contenido de la cultura oligárquica aparecen los límites de esa clase como agente de desarrollo, su incapacidad para plantearse siquiera esa temática, porque los procesos de cambio modernizador se le presentan como procesos de desequilibrio.

Como los autores lo muestran, la oligarquía se ve a sí misma como elite, cuya legitimidad pretende fundarse en atributos incorporados por el nacimiento. Hay en ella la idea de casta, de linaje: se poseen maneras exclusivas y también se posee exclusivamente el saber. Son comprensibles las razones por las cuales la oligarquía se opone a la extensión de la enseñanza. Se trata de una reivindicación que tiene un sesgo burgués. Representa la extensión, al campo de la educación, de la idea que el derecho se basa en la competencia y en el merito individual que niega, por lo tanto, la concepción de los derechos de nacimiento y del mérito transmitidos a través del linaje.

Pero estas ideas elitarias, que se expresan en política en las concepciones de la ciudadanía restringida, tienen por lo menos un sentido dentro de la concepción del mundo aristocrático del 800. Reaparecidas en otro contexto son ellas anacrónicas.

Este libro nos permite comprender, entre otras cosas, la base cultural de las pautas de representación política de los sectores propietarios e incluso de algunos grupos empresariales más modernos. Entre ellos el modo de ser aristocrático perdura como difusa e inorgánica concepción de la vida, de sus roles y privilegios en ella, mucho tiempo después de la crisis política del Estado oligárquico.

Este hecho marca el desarrollo político y social chileno. Los cambios modernizadores de la economía y de la sociedad tienen como portadores

a clases distintas, las cuales realizan simultáneamente la industrialización y la democratización.

Cuando hoy día se impugna la historia de Chile desde el 38 para adelante, se olvida, primero, que su trayectoria estaba determinada por las carencias de la oligarquía como clase capaz de crear desarrollo, y segundo, que en Chile el proceso de modernización económica capitalista se llevó adelante junto con la democratización política, desigual e imperfecta, pero real. Quizás el hecho que esta empresa, que debería sorprender, se olvide y menosprecie, sea un síntoma del renacimiento de la mentalidad oligárquica.

Tomás Moulian

INTRODUCCIÓN

Quienquiera que reflexione sobre qué hay tras una manera dada de pensar y de actuar, ha de concluir, tarde o temprano, que una buena parte del pensamiento y de la acción no es algo absolutamente personal, sino que se comparte con otros y que en esto que hay de común, lo social juega un papel determinante. A nadie sorprende, que individuos que participan de una misma condición social, piensen y actúen de manera lo suficientemente típica como para que un tercero pueda identificarlos y distinguirlos de otros individuos de distinta condición. Con ello el sentido común no hace otra cosa que reconocer la existencia de formas peculiares de pensar, de sentir y de obrar plasmadas socialmente. Hasta tal punto es así, que la expresión individual se achaca ya no tanto a rasgos psicológicos, como a la pertenencia del individuo a una determinada condición social. Así, por ejemplo, latifundista es sinónimo de conservador. Podría argüirse que esto no es más que el imperio del estereotipo y que no revela otra realidad que no sea la del prejuicio. Que este proceder sea estereotipado no niega, sin embargo, la validez de sus premisas. El estereotipo es, sin duda, una simplificación, una deformación, incluso caricaturesca, de aquellos rasgos comunes que observan determinadas categorías de individuos. De allí que no ayude a comprender lo peculiar de una determinada manera de pensar o de actuar. Pero el estereotipo surge y se nutre de la convicción de que, si los individuos pueden tipificarse bajo ciertas categorías, es porque comparten una misma situación y participan de una misma mentalidad que los lleva a expresarse de modo similar en dicha situación. Por muy de cliché que sean las imágenes de obrero o de campesino, de aristócrata o de burgués, de empresario o de burócrata, todas ellas dejan entrever que

el sentido común percibe la existencia de modos de pensar y de obrar condicionados socialmente.

Ahora bien, lo que intentamos aquí es justamente desentrañar lo peculiar que, tanto a nivel del pensamiento como del obrar, compartió una clase social en circunstancias históricas muy particulares, a saber, la oligarquía chilena hacia el novecientos. Lo peculiar de esta clase sintetiza, a nuestro entender, en un modo de ser característico y que hemos tildado de aristocrático. Con ello estamos designando el cúmulo de creencias, de valores, de categorías, de conocimiento, en suma, de significados construidos por esta clase a partir de su experiencia histórica y que, una vez cristalizados en la conciencia de sus miembros, identifica su comportamiento. He aquí nuestro objeto de estudio.

¿Por qué nuestro interés en el modo de ser de la oligarquía? Para aclarar nuestras intenciones conviene separar este interrogante en dos. En primer lugar, ¿por qué nuestro interés en un modo de ser? Con ello pretendemos reaccionar frente a aquellas posturas que enfatizan los aspectos llamados estructurales en el análisis sociológico. Sin negar la importancia decisiva de lo organizacional, vemos un riesgo cuando estos aspectos se exageran al extremo de ignorar, en el mejor de los casos, la conciencia de los actores sociales o de imputar, en el peor de los casos, una conciencia ad hoc a ciertas tipificaciones ya sacralizadas sobre el significado que tendrían para los actores sociales las formas de organización social más representativas y contemporáneas. Bastaría, por ejemplo, reconocer una organización económica como capitalista para atribuir a la clase dominante el carácter de burguesía, revistiéndola de la misma mentalidad que identificó históricamente a quienes construyeron el capitalismo en Europa. Nuestro ejemplo es, sin duda, burdo. Con él no hemos querido otra cosa que señalar los extremos a que puede llegar esta tendencia. Ella resulta especialmente riesgosa frente al análisis de la realidad social latinoamericana. Después de todo nuestras formas históricas de organización social, económica y política han tenido sus antecedentes en lo europeo. De allí que exista siempre la tentación de buscar para nuestras formas peculiares de organización su homólogo europeo y a achacar luego a los actores de nuestra historia

la conciencia de quienes fueron los forjadores y sostenedores de dichas formas en Europa.

Tanto ignorar como tergiversar la conciencia de los actores sociales trae, a nuestro juicio, graves consecuencias para la comprensión de la realidad social. Pretender desentrañar el comportamiento social únicamente a partir de las características estructurales de la organización lleva, tarde o temprano, a interpretaciones de tipo mecánico. Interpretaciones basadas en las metas o en la racionalidad del "sistema" ocultan un hecho decisivo, a saber, que tales metas o tal racionalidad se vinculan estrechamente a la experiencia significativa que hacen los actores de la estructura social en que participan. A nuestro parecer, cualquier intento de comprensión de la realidad social no debería olvidar este hecho. Es cierto que lo organizacional se impone normativamente a los actores, restringiéndolos a un determinado tipo de experiencia; pero no es menos cierto que toda organización tiene sus forjadores, sostenedores y legitimadores y que el significado que éstos le atribuyen condiciona las alternativas del comportamiento organizado. Organización y conciencia se reflejan y condicionan mutuamente y su síntesis encarna en el comportamiento social. Si pudiera decirse así, el comportamiento tiene un molde que lo encuadra y una intención que lo anima. Resulta pues fundamental distinguir ambos elementos y ponderarlos por igual en el intento de comprensión de lo social. Nuestro interés en un modo de ser radica en nuestra convicción de que se trata de una instancia analítica que busca precisamente desentrañar esta complejidad del comportamiento, concibiéndolo como algo urdido por la permanente interacción entre las formas de organización y los contenidos de conciencia. Volveremos a decir algo más al respecto.

Ahora bien, ¿por qué nuestro interés en la oligarquía chilena del novecientos? Podríamos aducir que él obedece a nuestra vocación de reconstruir la historia social de Chile como nación independiente y que la dominación oligárquica hacia el novecientos corresponde cronológicamente al periodo más inmediato que nos queda por cubrir dado el avance en nuestras investigaciones. Pero sin negar nuestra vocación, cuya pretensión han de juzgar los lectores, si nos quedásemos sólo en

ella estaríamos traicionando aquello que ha alentado nuestro trabajo. ¿Lo oligárquico es algo desterrado absolutamente de nuestro continente? He aquí un interrogante que creemos no tiene aún respuesta. Toda suerte de "... ismos" contemporáneos, para los cuales América latina se ha mostrado siempre campo fértil a nivel del discurso, han tendido a generalizar la convicción en la ruptura con el pasado y en la novedad del presente. Pero, ¿qué encontraríamos si calásemos más hondo? Tal vez el pasado se nos muestre menos pretérito de lo que muchas veces suponemos. Acaso nuestro presente esté poblado de un pasado que permanece latente, esperando ciertas circunstancias favorables para emerger con más o menos vigor. Pensemos un instante en lo tradicionalmente excluyente de nuestros sistemas políticos, en el carácter prebendario de ciertas movilizaciones políticas, en nuestros criterios de legitimación donde las formas contractuales no logran erradicar el matiz paternalista, en nuestras jerarquías sociales donde junto al dinero y a la ocupación campean aún el linaje y la raza. El significado de todo esto permanece aún demasiado oscuro para nuestro afán de estudiosos de la realidad social. De allí que no superemos el plano de la intuición y estemos aún muy lejos de llegar a formular una hipótesis. Pero esta intuición pesa fuertemente en nosotros y nos estimula a tratar de conocer lo que fue el mundo oligárquico. Recién entonces podremos seguirle la pista en el tiempo y llegar algún día a confrontarlo con el presente. Sólo así podremos saber cuánto puede aclararnos el momento que nos toca vivir.

Explicitadas nuestras intenciones, conviene que nos detengamos para proponer una definición más acabada de esto que llamamos modo de ser. Con este término queremos apuntar a los diversos significados que comparte y hace suyo un conjunto individuos. Los individuos actúan entonces dando por conocidos ciertos ámbitos de la realidad e imbuyen de un mismo sentido a los objetos allí incluidos. De suerte que su relación con dichos objetos guarda ya una intención predeterminada. Esta última se manifiesta en el comportamiento organizado que los individuos desarrollan frente al medio, exteriorizando así el modo de ser que los anima. Pero queremos precavernos de cualquier atisbo de idealismo, concepción que está muy lejos de interpretamos. Por infinita

que aparezca la capacidad del hombre de producir significados, ella no construye en el vacío. Si pudiera decirse así, toda la energía que implica esta capacidad se descarga sólo frente al estímulo de los objetos de la realidad natural y social en que se sitúan los individuos. Es a partir de esta experiencia de relación con su medio que el hombre va construyendo su mundo de significados. De allí que estos últimos estén marcados por la naturaleza de la experiencia en cuyo contexto se gestaron.

Ocurre, sin embargo, que estos significados estabilizan tanto en la conciencia como en la práctica de sus forjadores, al extremo de constituirse en el contexto social donde se plasman ya normativamente las generaciones venideras. A estas últimas les corresponde vivir en un mundo ordenado previamente. Su experiencia transcurre ahora dentro de los marcos institucionales, vale decir, al interior de las formas de organización social construidas significativamente por sus antecesores*. Es en este momento que se objetivan las ideas construidas a la luz de una experiencia original, en cuanto aparecen encarnadas en diversas pautas de relación de los hombres con su medio y entre sí. Es en este momento que la conciencia y la organización se amalgaman al extremo de comenzar a proyectarse mutuamente una en la otra. Ambas sintetizan en una unidad significativa, a saber, el comportamiento orientado por la organización social y la intencionalidad que la anima. Cuando esto acontece podemos decir que ha cristalizado un modo de ser; en otras palabras, una mentalidad y un comportamiento típicos.

De lo dicho hasta aquí conviene resaltar lo siguiente. En primer lugar, y desde el punto de vista de la experiencia, un modo de ser implica una suerte de clausura frente a la realidad. Un comportamiento típico repite fórmulas ya consagradas y tiende a prejuzgar o a ignorar cualquier novedad. Una de las fuentes de estabilidad de un modo de ser radica precisamente en esta capacidad de proyectarse a la realidad como si con ello estuviese agotándola. El orden de cosas vigentes tiende a verse como lo natural y su intencionalidad a tomarse como la verdad, olvidando que

---

* Adoptamos aquí la concepción de institución acuñada por Berger y Luckmann en *La construcción social de la realidad*, Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1968.

ambos son productos humanos. Un modo de ser tiende así a reducir la realidad, confinándola a sus propios límites. En segundo lugar, y esta vez desde el punto de vista de la psicología de los actores, un modo de ser no implica necesariamente una conciencia alerta. Por el contrario, sus diversos significados están diluidos en la práctica cotidiana que impone el orden social. Valores, creencias, categorías de conocimiento, están ahora objetivados al extremo que los actores perciben sobre todo las características de la organización que se les impone normativamente, quedándoles en la oscuridad muchos de los significados allí en juego. El comportamiento que encarna un modo de ser tiene mucho de ritual: se conocen explícitamente sus formalidades, así como sus significados más aparentes, pero queda implícito el sentido original y más profundo que lo anima. Este último yace ahora en el inconsciente del actor y hacerlo consciente implica un esfuerzo analítico, esfuerzo que no caracteriza precisamente al hombre común. Finalmente, sería un error concluir que un modo de ser es algo de carácter absolutamente determinante. Pese a condicionar a los actores sociales con toda la fuerza del dogma y del inconsciente, un modo de ser encuentra sus propios límites en la misma realidad que pretende subsumir. Esta última lo trasciende con su enormidad y mantiene sus fueros en tanto estímulo permanente para la capacidad humana de construir significados. Por muy prejuicioso que sea el registro de la experiencia, el embate de la realidad termina por desvirtuar lo ya establecido. La experiencia se abre entonces a una realidad que requiere ser definida nuevamente. Es en este momento que se inicia un nuevo ciclo de producción de significados y se busca la transformación del orden social cristalizado anteriormente.

Ahora bien, un modo de ser incluye una vasta gama de significados. Abarca ideas que no sólo han surgido frente a diversos estímulos, sino que también se han volcado en distintos ámbitos del orden institucional. Pese a esta diversidad, un modo de ser aparece como una unidad relativamente coherente. Cabe pues preguntarse, ¿de dónde proviene su integración? ¿Qué hace que tienda a armonizarse la variedad de sus contenidos?

Sucede que, sobre la pléyade de significados parciales y de alcance relativamente restringido, se ha elaborado otro orden de significados que es concebido coma la matriz de los demás y que adopta el carácter de axioma frente a lo que está institucionalmente expresado. Estos significados entregan una visión totalizadora del mundo, corresponden a lo que podríamos llamar la filosofía que anima a una determinada construcción social. Sus contenidos son tan genéricos y abstractos que para ligarlos a la experiencia cabe recorrer un camino asaz largo y retorcido y cuyo resultado, muchas veces, no es otro que el de descubrir lo mítico de su naturaleza. Se trata, no obstante, de significados que penetran con la fuerza y la carga emocional de aquello que llamamos vulgarmente la fe. Se conciben como verdades absolutas, evidentes en sí mismos en cuanto se los identifica sea con un orden sobrenatural, sea con la naturaleza humana. Su predicado es el Hombre Universal, así con mayúsculas, y frente al cual la realidad cobra un sentido alegórico.

Este orden de significados constituye lo medular y más estable de un modo de ser. En torno a él se integran los demás significados. Su generalidad y grado de abstracción le permiten recubrir con un sentido unívoco a aquellos significados más particulares que están objetivados en los diversos ámbitos de la práctica social. Estos últimos son vistos ahora como meros símbolos de la idea central que estaría animándolos. Piénsese, por ejemplo, cómo la idea de Dios Padre, pilar de la concepción de la realidad como reflejo de un orden providencial, integró durante siglos los significados de soberano, de señor o patrón y de patriarca o padre de familia. Todos ellos simbolizaban, en última instancia, una misma dignidad, a saber, la de mandantes de la voluntad divina en diversos contextos de las relaciones humanas. Este ejemplo no sólo nos permite ilustrar el carácter integrador de este orden de significados, sino que también nos deja entrever su carácter legitimador. Las prácticas de autoridad que derivan de las definiciones institucionales de soberano, de señor y de padre, se justifican precisamente en cuanto se las vincula a los designios de un orden sobrenatural. El poder aparece como de origen divino y quienes lo ejercen cobran la investidura moral de dignatarios de Dios. En suma, este orden de significados comprende ciertos valores

que se proyectan sobre toda la construcción social, revistiéndola de una connotación ética. Si nos interesa sobremanera desentrañar este tipo de significados, esta suerte de filosofía, en el modo de ser de la oligarquía, es justamente por su calidad de integradores y legitimadores del orden institucional.

Cabe, por último, decir algunas palabras acerca del método y de la presentación de nuestro trabajo.

De lo dicho hasta aquí podemos concluir que un modo de ser implica una mentalidad objetivada en una determinada práctica institucional. Vemos pues cómo en un modo de ser se sintetizan dos órdenes de elementos: por una parte, una vasta gama de significados variables según la generalidad y abstracción de sus contenidos y, por otra, una serie de formas de organización que define normativa y operacionalmente las relaciones de los hombres entre sí y con su medio. Pese a que ambos elementos confluyen a nivel del comportamiento, conviene mantenerlos analíticamente separados. Después de todo, la conciencia y la organización sociales son productos de un proceso cuya dinámica no envuelve necesariamente que la construcción simbólica y la instauración de prácticas institucionales deben coincidir en el tiempo. Dicho proceso tampoco implica obligatoriamente que ambos órdenes de cosas deban armonizarse a cada momento. Por el contrario, la experiencia histórica es capaz de situarnos indistintamente, por ejemplo, en un momento de crisis de la legitimidad o en uno de adaptación de ciertos ámbitos de la organización frente a nuevas circunstancias. En el primer caso se habrán desvirtuado muchos de los significados tradicionales y se habrán construido otros, sin tener aún del todo claro cómo se llevarán estos últimos a la práctica. En el segundo caso habrá innovaciones en ciertos aspectos de la organización, sin conocer muy bien si las consecuencias de estos cambios podrán o no integrarse a la mentalidad tradicional. Con esto queremos decir lo siguiente. Si se quiere comprender un modo de ser es necesario desplegarlo en el tiempo, vale decir, recuperarlo desde sus orígenes y recorrer desde allí la trayectoria de la conciencia y la práctica sociales para ver cómo ambas han ido sucediéndose, interactuando, integrándose y legitimándose al estimulo de una realidad

histórica dada. Sólo desde esta perspectiva dinámica, atenta momento a momento a la relación entre conciencia y práctica, podremos discernir qué significados están objetivados o en vías de serlo, así como qué prácticas están legitimadas o en vías de estarlo. Únicamente así podremos perfilar qué contiene y cómo se expresa un modo de ser y evaluar incluso su estabilidad y consistencia.

Lo anterior ayuda a precisar más nuestro objeto de estudio. Nuestro énfasis recaerá sobre el plano de la conciencia oligárquica. Se trata de desentrañar los significados más cruciales que configurarían la mentalidad de la oligarquía. Se intenta perfilar las condiciones sociales en que estos significados habrían surgido, establecer su correspondencia con las prácticas sociales de la época y discernir los valores que les darían coherencia. Interesa igualmente ver si la mentalidad existente logra o no imponer parámetros a las alternativas de acción. Se trata, por último, de ver si la organización social se integra o no al mundo de significados en el curso de su adaptación a nuevas circunstancias. Aquí lo propiamente organizacional cuenta sólo en calidad de contexto, sirviendo como una especie de abogado del diablo que obliga a precisar la intencionalidad de los diversos significados y a ponderar la fuerza orientadora que éstos tendrían a nivel del comportamiento.

Hasta aquí hemos discutido teóricamente sobre nuestro objeto de estudio. Un modo de ser debe predicarse, sin embargo, a una clase. De allí que resulte imprescindible, en nuestro caso, caracterizar a la oligarquía chilena del novecientos. Para ello debemos hacer algo de historia.

Hacia 1830 la oligarquía apunta casi exclusivamente a la clase terrateniente de raigambre colonial. Es esta clase la que debe abordar la organización de la República Independiente. La fórmula adoptada para ello corresponde, en cierta medida, a una restauración del antiguo orden colonial. De hecho la Constitución de 1833, conjunto de normas que explicita la voluntad oligárquica de la época, inviste al Presidente de la República con poderes similares a los que tuvo otrora el monarca español. Si bien se reconoce formalmente la distinción entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, se subordinan los dos últimos al primero,

asignando al ejecutivo un mando casi omnipotente. Cualquiera disposición de la Asamblea o Congreso es susceptible del veto presidencial. El Ejecutivo puede además autoarrogarse en cualquier momento la facultad de legislar por vía de decretos y reglamentos, vale decir, de disponer al margen del debate y la aprobación parlamentaria. Los magistrados son, a su vez, funcionarios de la confianza del Presidente, quien los elige y remueve a voluntad. Por último, se desconoce el derecho de asociación, prohibiéndose todo tipo de organización al margen del gobierno. No es del caso entrar en mayores justificaciones; válganos pues concluir que estas definiciones de presidente, magistrado y asamblea evocan, respectivamente, a los reyes, oidores y cabildos del pasado.

Que la oligarquía se dé entonces un gobierno autocrático no debe, sin embargo, llevarnos a confusiones con respecto al alcance de esta autoridad. De hecho la omnipotencia del mandatario encuentra sus límites en la definición sumamente restringida que existe a la época acerca del campo de acción gubernamental. Además de la defensa del territorio y de la mantención del orden público, al gobierno le compete administrar unos pocos servicios, tales como correos y postas, vialidad, aduanas, oficialización de documentos, acuñación de moneda, etc. He aquí la esfera de lo estatal. De suerte que la potestad del mandatario se ejerce sobre un mínimo de aspectos de lo social. Tanto es así, que la hacienda, organización clave de la sociedad de la época, permanece prácticamente al margen de la autoridad central y librada casi por entero al poder del propietario. Mientras el mandatario dispone a su antojo del gobierno, el hacendado es amo absoluto de su tierra y de su gente. Este y no otro es el esquema de poder institucionalizado hacia 1830.

Pero ocurre que hacia 1850 el país deja de ser exclusivamente agrario, dados el surgimiento y la expansión de las actividades minero exportadoras.

El desarrollo del sector exportador significa no sólo un nuevo guión, sino también nuevos actores en la escena nacional. Los productores de materias primas para el mercado exterior corresponden, en general, a gentes recién avecindadas en el país o con no más de una generación en

Chile. Tratase de elementos sin raigambre colonial y cuyo origen no se remonta a una larga estirpe de dueños de la tierra. Constituyen una suerte de pioneros que buscan hacer fortuna mediante la explotación en gran escala de los recursos minerales del país, cobre y plata, vinculando sus intereses a las demandas del desarrollo fabril europeo. Son pues ajenos a la hacienda y a las tradiciones del pasado. Es más, asumen un papel cuya definición no sólo desborda los usos inveterados del país, sino que encuentran su razón de ser en los requerimientos de la organización industrial europea. Tanto es así, que los exportadores nacionales tienden a erigir como modelo al empresario europeo. Esto es válido tanto para el sector minero como para una buena parte de los exportadores de trigo. Si bien el hacendado tradicional participa en la exportación de cereales, ésta se expande fundamentalmente gracias a la acción de un sector pionero que inicia la colonización y el cultivo de las provincias al sur del Biobío. A su vez, una parte considerable del trigo se exporta como harina, industria que, en su mayoría, es también obra de lo que podríamos llamar el nuevo sector empresarial. Hacía mediados del siglo existe ya una pléyade de empresarios mineros, de productores de trigo, de molineros, de comerciantes, de financistas, cuya opulencia constituye una nueva fuente de poder y de prestigio, en suma, una nueva vertiente de superioridad social.

Cabe preguntarse, ¿qué sentido tiene el poder logrado por los miembros del sector exportador? Tanto el incremento de las actividades productivas como los vínculos con el mercado internacional, exigen la institucionalización y administración de una serie de nuevas prácticas sociales. Es necesario habilitar puertos de embarque, construir ferrocarriles y redes camineras, ampliar y agilizar los servicios de comunicación, reglamentar el tenor de las nuevas relaciones comerciales, instituir mecanismos financieros, colonizar nuevos territorios y urbanizar regiones hasta entonces despobladas; es preciso ratificar convenios internacionales, diseñar nuevas políticas cambiarias, ampliar los servicios de aduana, estatuir novedades como los bancos, el papel billete, las sociedades anónimas, el aporte fiscal a asociaciones entre particulares... y en todo ello se juegan los intereses del sector exportador. No es de extrañar

entonces que los miembros del sector aprovechen su poder económico para convertirse en una élite política, volcándose a la transformación del esquema de gobierno montado hacia 1830.

Dos son los ejes en torno a los cuales se da dicha transformación. En primer lugar, el empresario exportador requiere para realizar sus intereses que el gobierno implemente y administre una serie de medidas. A diferencia del hacendado, al nuevo hombre de negocios no puede bastarle una autoridad volcada casi exclusivamente a la defensa del territorio y a la mantención del orden público. La expansión del sector exportador exige no sólo la falta de trabas al comercio internacional, sino también la definición de nuevas funciones de la autoridad cuya implementación cree las condiciones propicias y secunde la actividad empresarial. Esta es justamente una de las tareas que emprende la élite exportadora. Bajo su influjo las funciones de gobierno crecen en complejidad y se multiplican en cantidad. De manera asaz impresionista, bástenos señalar que esta mayor complejidad va desde la creación de una oficina de estadísticas hasta el envío a Europa de agentes para la inmigración; desde la creación de una Caja de Crédito Hipotecario hasta la dictación de la primera Ley de Bancos y de una serie de disposiciones acerca del papel moneda que, entre otros mecanismos, van perfilando toda una política financiera.

La élite exportadora precisa, además, influir y participar en las decisiones sobre la cosa pública. Las contingencias de su actividad suscitan intereses que, en más de una oportunidad, suponen cierto respaldo de la autoridad de gobierno. A diferencia de la hacienda tradicional, la organización y expansión del sector exportador implica determinadas políticas en materia de gasto público, de colocación de los dineros fiscales, de mecanismos financieros, de reglamentos monetarios. Y esto no es algo a estatuir de una vez para siempre, sino que requiere de continuos ajustes según los avatares de la misma actividad. De allí la necesidad de garantizar la representación permanente del sector en el ámbito de la autoridad. Conságrase pues el derecho de asociación y se organizan los primeros partidos políticos. Sucumbe así la modalidad de delegación del poder oligárquico en una autoridad omnipotente, dando lugar a un

esquema de gobierno que define la autoridad como la instancia que debe sintetizar los diversos intereses representados en la Asamblea.

Lo dicho hasta aquí nos permite emitir un juicio acerca del contenido social del Estado. La oligarquía muestra ya una clara diferenciación entre terratenientes y miembros del sector exportador. Son estos últimos los que, dado el dinamismo de su actividad, dan su impronta al Estado. El sector terrateniente aparece menoscabado por la relativa modestia y falta de horizontes de su actividad. No obstante, la hacienda permanece incólume y conserva su calidad de fuente indiscutible del poder social. De hecho el vínculo patrón-inquilino continúa encarnando las relaciones entre dominantes y dominados.

Pero acontece que el auge del sector exportador nacional es tan espectacular como breve su duración. Ya hacia la década del 80, y dada la caída de los precios en el mercado internacional, la extracción del cobre y la plata chilena ha dejado de ser rentable. Igual cosa ocurre con la producción de trigo. El descubrimiento de enormes yacimientos en otras latitudes, así como su explotación con técnicas mucho más avanzadas, desplazan definitivamente del mercado a los empresarios nacionales. La incorporación al cultivo de vastos territorios en Australia, Argentina, Canadá e India desaloja igualmente del mercado internacional al trigo y harina chilenos. De más está decir que el mercado interno no ofrece salida alguna para la crisis ocasionada por la desaparición de la demanda externa.

La debacle de los exportadores nacionales coincide con la constitución del enclave salitrero. Ello viene a sellar definitivamente la suerte de los empresarios nacionales. Desplazarse a la explotación del salitre era la salida lógica para los antiguos mineros de la plata y del cobre. Después de todo, el nitrato chileno era un producto único en el mundo, de extracción muy simple y, por ende, sin competidores. No es del caso entrar aquí a reseñar cómo esta nueva fuente de riquezas pasa a manos extranjeras. Bástenos señalar que la constitución del enclave es el golpe de gracia para el sector exportador nacional.

La crisis del 80 destruye la base económica del sector exportador. Sus miembros conservan la calidad de élite política y el control del aparato de Estado que les ganara la actividad de otrora, pero su actual debilidad les impide continuar dando su sello al Estado. La pérdida de su identidad económica los supedita, de algún modo, al sector terrateniente tradicional. Conviene reiterar que este último extrae su fuerza no tanto de la riqueza que genera su actividad como del poder social que surge de las relaciones al interior de la hacienda, situación que no ha sido afectada por la crisis.

Paradójicamente, el mismo enclave que desplaza de la actividad productiva a los empresarios nacionales constituirá su tabla de salvación. Ocurre ahora que el acceso a la principal fuente de riquezas del país depende por entero de la capacidad de negociación con el capital extranjero. La fuerza y solidez de la organización estatal jugarán un papel decisivo en la fijación de la cuota de beneficios del salitre que quedará en Chile. Esta mediación de lo político en la obtención de rentas del salitre traerá consecuencias. Gracias a su condición de élite política, fruto de su anterior pujanza económica, los miembros del fenecido sector exportador nacional podrán lucrar ahora de las rentas fiscales. En las decisiones que tomen con respecto a la distribución y al destino de dichas rentas tendrán, sin embargo, que considerar necesariamente los intereses y peculiaridades del sector terrateniente. La hacienda sigue siendo la fuente más estable y generalizada del poder social. La solidez del Estado exige, por consiguiente, que quienes controlan su aparato actúen al unísono con quienes sustentan el orden social. Si pudiera así decirse, la realidad económica del enclave impone una nueva realidad política: el consenso, la alianza tácita, entre los dos grandes sectores en que hallase diferenciada la oligarquía. He aquí la situación que imperaba hacia el 900.

* * *

Luego de esta breve caracterización de quienes serán nuestros protagonistas, cabe, por último, referimos a la naturaleza de la información que utilizaremos en nuestro trabajo.

La información utilizada corresponde tanto a fuentes primarias como secundarias, y abarca una variada gama que va desde ciertos aspectos de la producción simbólica de la oligarquía hasta ciertos aspectos de la producción material de la época. Recurrimos así a fuentes que van desde la novela a los datos censales, desde las editoriales de prensa a las cifras del comercio exterior, desde los manifiestos doctrinarios y el debate parlamentario a las fluctuaciones del cambio y la emisión de billetes... Consignamos las fuentes de esta información a modo de apéndice, constatándolas en el trabajo mismo sólo en los casos de citas textuales.

Cabe señalar, eso sí, que, en lo que atañe a la reconstrucción del mundo de significados, hemos privilegiado como fuente de información a la novela de corte realista escrita por miembros de la oligarquía. Este proceder obedece a lo siguiente. Sin duda que, como todo producto literario, la novela realista es una elaboración individual y de allí la influencia decisiva que lo subjetivo tiene sobre el resultado. Sin embargo, dado el objetivo mismo que se propone el autor realista –ser un observador fidedigno de su medio– él mismo tenderá a controlar la expresión de sus deseos, sentimientos, fantasías, obligándose a retratar las ideas, valores y actitudes que caracterizarían a los distintos sectores de su sociedad. A diferencia de otras formas literarias, así como de otros productos simbólicos, por ejemplo, el ensayo social, la doctrina política, los tratados económicos, el autor realista no buscará en los demás un eco a sus propias ideas y puntos de vista, sino que pretenderá mostrar lo que hay de peculiar en la mentalidad y en el actuar de una época. Más que construir un mundo utópico, de ficción, o meras proyecciones de estados de ánimo, intentará recrear el ser y el quehacer de una época con el significado cotidiano que ambos tuvieron para quienes los encarnaron. Asimismo, su testimonio no apunta a cómo pensaron, sintieron u obraron los próceres, líderes o sabios, sino a cómo lo hizo el grueso de uno o varios sectores sociales. Si pudiéramos así decirlo, sus personajes buscan entregar lo modal de todo un conjunto social o de ciertos sectores del mismo. Por último, si consideramos la novela costumbrista escrita por miembros del mismo sector social que nos

interesa estudiar, este testimonio tiene la ventaja de ser entregado por quienes conocieron y vivieron un modo de ser desde dentro y con toda la intensidad de la experiencia personal. Por mucho que el autor supere los cánones de su medio social, queda en él una imagen imborrable de todo aquello que su clase concebía como bueno o malo, como verdadero o falso, como importante o insignificante.

Hecho este preámbulo, no resta más que entregar nuestro trabajo y someterlo al juicio del lector.

Luis Barros Lezaeta

Ximena Vergara Johnson

CAPITULO I

El Ocio

Lo primero que salta a la vista de quien revisa la novela realista de comienzos de siglo es el carácter insustancial o vano con que se pinta a la oligarquía. De ello dan testimonio tanto los autores que se muestran críticos de su medio, como aquellos que aparecen absolutamente identificados con él.

¿Cómo se retrata el tipo humano socialmente valorado por la oligarquía? Adjetivos como elegante, hombre de mundo, refinado, galante, de porte distinguido, elocuente, buen mozo, califican al hombre de éxito. La literatura de la época está plagada de descripciones en estos términos. Sírvannos como ilustración algunas citas textuales.

Un connotado miembro de la oligarquía revive la imagen paterna de la manera siguiente: "...los recuerdos más vivos de mi padre en esa época son sus llegadas del campo, embozado con sus finas chalinas de vicuña y sus blancos sombreros Panamá. Fue siempre muy cuidadoso de su toalete tanto en la de ciudad como en la de hacendado, y él no ignoraba que era todo un buen mozo"[1]. Otro personaje, esta vez de ficción, evoca como sigue la persona de su novia. "Es lo más curioso que en mi sueño de porvenir, colocaba siempre a la misma Julia, elegante y refinada, sin entrar en averiguaciones sobre cómo habría de darle encajes, coches, batista y demás lujos, sin los cuales en mi imaginación, no la concebía porque ya no sería Julia"[2]. El mismo enamorado, ausente ya por largo tiempo de su amada, expresa que"... llega a olvidar sus facciones, sin

---

1 Eduardo Balmaceda Valdés, *Un Mundo que se fue*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Chile, 1969

2 Luis Orrego Luco, *Un idilio nuevo*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1913

embargo, no olvida la sensación de aristocrática elegancia que se desprende de su persona"[3].

Podríamos citar hasta la saciedad textos como los anteriores. Bástenos subrayar que la literatura de la época destaca como virtudes de la oligarquía todo aquello que da al hombre la apariencia de caballero y a la mujer la de gran dama. Para unos y otros se omiten adjetivos que trasciendan las exterioridades del lujo y la afectación mundana. Así, en el caso de un caballero se dejará constancia de su "chic" en el vestir, de su porte airoso, de sus maneras finas, de su hablar elocuente, de su actitud galante hacia la mujer. Tratándose de una dama se celebrará su hermosura y ese no sé qué, que sería la esencia del perfume aristocrático. En ambos casos se dejarán en la ignorancia otras dimensiones de su personalidad, no pudiendo el lector cerciorarse acerca de sus posibles virtudes domésticas, intelectuales o laborales.

Si nos centramos ahora en aquello que se bosqueja como las preocupaciones cotidianas de los miembros de la oligarquía, nos encontramos con un panorama similar al que venimos describiendo.

Los temas de conversación, tanto en el seno de las familias como en las reuniones sociales, giran en torno a "... rumores, escándalos, noticias de sensación y de bulto, comadrerías, enredos, chismes, encargos a Europa, dineros de fulano, trajes de mengano en la última comida, enredos de zutano con la de más allá"[4]. Es decir, los diálogos atribuidos a personeros de la oligarquía se limitan a los confines de la vida mundana. Está ausente de sus tópicos de conversación la discusión de ideas, sean propias o ajenas. No se opina de arte, de ciencia, de religión. Las referencias a lo político tienen la misma connotación mundana, como si ello no fuese más que otra forma de sociabilidad. De allí que la política se trate en términos similares a lo sucedido en el último baile o en la última función de ópera. Se concibe que "... una buena copa y un excelente cigarro son los mejores auxiliares del político"[5].La oposición

---

3 *Ibíd.*

4 Luis Orrego Luco, *Casa Grande*, Empresa Zig-Zag, 4ª edición, Santiago, 1968

5 *Ibíd.*

a un gobierno no se hace a partir de una diferencia doctrinaria o de la avaluación de ciertas medidas, sino simplemente porque éste se ha rodeado de siúticos y ellos son caballeros[6]. Para el hombre de mundo la política es un simple sport sin mayor importancia[7] .

La misma tónica impera en el quehacer habitual de la oligarquía. Aquí nos encontramos con algunos tipos característicos.

El tipo de portal se refiere a los jóvenes de la oligarquía que "pasaban en los cafés, tomando copas, jugando al billar, al dominó, remoliendo y provocando desórdenes y travesuras"[8].

El *sportman* es un hombre ya casado que ha establecido su propio hogar. Lo de sportman le viene por su calidad de miembro del Club Hípico y de espectador asiduo a las carreras dominicales. Persona de su posición tiene de amante a una *prima donna* del Teatro Municipal, come frecuentemente con sus amigos, toma aperitivos, juega al cacho, llega religiosamente todas las tardes al Club de la Unión y figura en todas las fiestas. Su colmo del arte de vivir consiste en darse buena vida sin trabajo, ejerciendo el ocio con las modas del gentilhombre[9].

El quehacer de una gran dama es fundamentalmente el de figurar en todas las fiestas, ser invitada a las grandes comidas, tener carruajes y palco y organizar kermesses de beneficencia. Así, uno de los personajes femeninos en la novela de la época se describe como "... esclava de la moda, consagrando lo mejor de su existencia al culto de la elegancia"[10].

En general, para el grueso de la oligarquía se predican "... paseos por parques ingleses, en carruajes atalajados como los mejores de París y Londres, cenas y comidas en restaurante de lujo; kermesses elegantísimas, espectáculos con artistas célebres"[11].

---

6 Luis Orrego Luco, *En Familia*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1912
7 Luis Orrego Luco, *Casa...Op. cit.*
8 Luis Orrego Luco, *En Familia, Op. cit.*
9 Luis Orrego Luco, *Casa..., Op. cit.*
10 *Ibíd.*
11 Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Días de Campo*, Empresa Zig-Zag, Santiago, 1914

De lo anterior cabe enfatizar lo siguiente. Cuando se intenta narrar el quehacer cotidiano de los miembros de la oligarquía se subraya su afán de diversión y entretenimiento. Quedan al margen del relato otras actividades que no sean las de mero esparcimiento. ¿Cuáles son sus actividades económicas? ¿Qué ideas políticas sustentan? ¿Qué han estudiado, qué leen? ¿A qué cavilaciones los lleva lo religioso y qué conflictos morales acusan? ¿Qué ambiciones los comprometen a la acción? ¿Qué dudas les plantea el porvenir? Interrogantes de esta naturaleza no encuentran respuesta alguna en la literatura de la época. La oligarquía se presenta absorbida por el consumo del ocio. Parecería que nada la perturba en éste que sería su gran cometido. Su retrato corresponde al de una clase que vive una situación perfectamente dicotómica: se agota en llenar su ocio, entreteniéndose a sí misma, y descansa para recuperar su capacidad de consumir para entretenerse.

Lo vano de la oligarquía no escapa a la conciencia critica de algunos de sus propios miembros. De esta suerte, Luis Orrego Luco, aristócrata a carta cabal, se refiere a su medio como "... nulidades elegantes que ocultan en los giros de vals todo el vacío de su existencia y de su persona"[12]. El mismo autor contrapone a la insubstanciabilidad de la oligarquía la imagen del hombre de acción, de ambiciones, luchando por surgir a fuerza de talento, constancia, estudio y trabajo, el hombre agresivo, competidor, constructor de si mismo y con ideas e inquietudes de construcción social. Recalca, sin embargo, que este tipo de hombre no se encuentra en la oligarquía[13].

Personajes de ficción por cuya actividad profesional podría esperarse que escapan de lo hueco de su medio, caen, no obstante, en igual vacío. Así, por ejemplo, el personaje de médico que figura en la novela "Casa Grande" es retratado en los siguientes términos: "... experimentaba complacencia al manifestar relaciones de intimidad con esa familia distinguida. Había conseguido levantarse de una posición obscura y modesta a otra espectable, sin ayuda ni protección de parientes y, lo que es más

---

12 Luis Orrego Luco, *Casa..., Op. cit.*

13 *Ibíd.*

extraordinario, sin talentos profesionales de ninguna especie, a fuerza de amabilidades y de tacto, sacando a bailar a feas en las fiestas, acompañando mamás, buscando abrigos, siempre fino, siempre sonriente. Ahora, ya dado a conocer en salones, tenia su pequeña clientela, pues en la lucha por la alta sociedad hasta existen personajes y familias que consultan y llaman a un facultativo por ser el médico de las Sandoval"[14].

La frivolidad con que se caracteriza tanto la vocación como el ejercicio médico, alcanza también la figura del sacerdote. La novela realista de la época distingue marcadamente dos tipos de sacerdotes: el "pastor de ovejas gordas"[15] y el cura de pueblo y de pobres. El "pastor de ovejas gordas" es miembro de la oligarquía y comparte sus imágenes de éxito, sus preocupaciones y quehaceres. Sabe desprender de la vida una filosofía tranquilizadora, ligera, elástica, proporcionada a las convenciones mundanas. Es de gran elocuencia en el púlpito y condescendiente en el confesionario. Asiduo participante de comidas y tertulias, retribuye a sus anfitriones con la misa dominical.

A la luz de los textos lo vano de la oligarquía aparece como un rasgo generalizado y recurrente. ¿Por qué el retrato literario de esta clase muestra tan claramente este aspecto, dejando otros en la más absoluta oscuridad? ¿Por qué se adjetiva al oligarca de manera tan insustancial? ¿Por qué al pintar sus preocupaciones, gustos y quehaceres cotidianos se enfatiza su vanidad mundana?

Un rasgo que se observa tan generalizado y recurrente obedece, sin duda, a algo capaz de explicarlo. ¿Qué es aquello que subyace a estas manifestaciones mundanas? ¿Por qué se orienta en tal sentido el comportamiento de toda una clase?

1. VALORIZACION DEL OCIO

La oligarquía chilena goza a comienzos de siglo de una situación tal que le permite acceder a la condición de clase ociosa. En primer lugar, Chile

14 *Íbid.*

15 Balmaceda, *op. cit.*

posee entonces una economía fundamentalmente agraria. La hacienda sigue siendo la unidad productiva por excelencia. La propiedad de la tierra es el recurso económico de que dispone el grueso de la oligarquía. La presencia de otras actividades económicas nacionales es demasiado secundaria como para restarle a la agricultura su importancia en tanto base de sustentación de este grupo.

Ahora bien, una serie de factores se conjugan para hacer del propietario agrícola, en general, un rentista más que un empresario propiamente tal. La tierra es un recurso abundante. Basta la explotación de una proporción reducida de su superficie para cubrir las necesidades del mercado. Las posibilidades de este último son tales que hacen impensable cualquier intento de expandir la producción. La alternativa de producir para el mercado externo es prácticamente nula en aquellos rubros para los cuales existen condiciones naturales y demanda internacional, a saber, el trigo y demás cereales. Chile está en mal pie para competir con países agrícolas de la vastedad de Argentina y Australia. De allí que cualquier intento de fomento agrícola deba ser absorbido por el mercado interno, esto en circunstancias que la inmensa mayoría de la población la compone una masa campesina autoabastecida. El mercado interno se agota en los centros urbanos que acusan a la época una densidad de población relativamente baja. El mero crecimiento vegetativo de la producción agrícola satisface la demanda interna. En consecuencia, se trata de una agricultura principalmente extensiva que no requiere plantearse problemas de rendimiento y, menos aun, de inversiones significativas. Resultaría anacrónico el mayor gasto en insumos, la introducción de nuevas técnicas, la capacitación laboral, el reemplazo de la fuerza animal por fuerza motriz, etc.

A las condiciones del mercado se agregan las peculiaridades de las relaciones sociales que ha mantenido tradicionalmente el propietario agrícola con la fuerza de trabajo. El inquilinaje está plenamente vigente y en tanto relación social supone que el inquilino hace producir las tierras del patrón a cambio del goce o usufructo de una pequeña parcela de tierra, del derecho a talaje para un número reducido de animales y de otras granjerías tales como la casa o posesión y la ración alimenticia. El

trabajo asalariado es de escasa significación. Por último, la mano de obra es a la fecha un recurso suficiente y por el cual no cabe competir.

La gestión empresarial en la hacienda está reducida a un mínimo. Dadas la situación del mercado y la institución del inquilinaje, la combinación de factores productivos resulta elemental y se rige por una pauta ya inveterada. Basta asignar tierras a los inquilinos, proveerlos de semilla, de utensilios y establecer ciertas instancias de control. El terrateniente delegará generalmente en la persona de un mayordomo estas funciones de organización y de fiscalización de faenas. Es así como el propietario deviene en una suerte de rentista de sus tierras. La racionalidad de la producción es tal que lo exime de asumir mayores responsabilidades de gestión empresarial. Su función no va más allá de la de usufructuario de cosechas conseguidas a través de una organización en la que no le cabe una presencia económica activa. De suerte que como hacendado logra para sí una situación de relativa ociosidad.

A la condición de Chile de país esencialmente agrícola se añade la existencia en su territorio de un enclave minero. Hacia 1885 el capital inglés explota ya los grandes yacimientos de salitre de las provincias nortinas recién conquistadas a Bolivia y al Perú. No es del caso entrar aquí en mayores detalles acerca de la constitución de este enclave. Lo que cabe subrayar es que la industria del salitre genera una riqueza sin parangón desde el punto de vista de los cánones nacionales y que el Estado chileno logra un poder de negociación suficiente como para usufructuar por la vía tributaria de una parte de estas riquezas. No obstante que la proporción de las ganancias que retiene el Estado es relativamente pequeña, representa una suma desorbitada con respecto a la modestia tradicional del erario nacional. Si se nos permite decirlo así, el Estado aparece considerablemente rico.

Ahora bien, la naturaleza de la dominación hacia el novecientos permite que la oligarquía no sólo controle el Estado, sino que sea el Estado mismo. Su poder es hegemónico hasta el punto que la capacidad de asociación con miras a participar del poder no excede los límites de la misma oligarquía. De allí que la riqueza del Estado sea de su patrimonio.

La magnitud de las rentas provenientes del salitre faculta a la oligarquía no sólo para financiar la administración de su dominación, sino que para disponer también de un excedente. No corresponde entrar aquí en los detalles de cómo la oligarquía se apropia de esta riqueza, de cómo la distribuye y de las limitantes que existieron para haberla convertido en un factor de reproducción ampliada. Nuestra preocupación, por ahora, apunta simplemente, a señalar el hecho que la oligarquía se convierte en una suerte de rentista de la industria salitrera vía su control absoluto del Estado. Es así como a la virtual ociosidad que le permite la hacienda, se añade su capacidad de usufructuar de parte de las riquezas generadas en el enclave. Nuevamente tiene la posibilidad de incrementar su peculio sin necesidad de una presencia económica activa.

¿Desde cuándo data esta situación de clase ociosa? ¿Es reciente o se arrastra, por el contrario, desde tiempos coloniales? Podría argüirse que desde el momento que las posibilidades de ocio se fincan en la economía de la hacienda, la situación de clase ociosa es ya tradicional, remontándose a la Colonia. A nuestro entender tal afirmación seria sólo parcialmente cierta.

En primer lugar, el enclave salitrero es de constitución reciente. Si bien viene a reforzar la calidad de rentista de la oligarquía, altera esta condición al suministrarle una riqueza que la hacienda no pudo ni podría gestar. En otras palabras, a la situación tradicional de clase agraria ociosa, el enclave añade la condición de opulencia. Si pudiera así decirse, las rentas del salitre irrumpen en la vieja casa solariega, planteando la posibilidad de convertirla en palacio. He aquí una novedad: no se trata ya de una clase ociosa, pero modesta, sino que de una clase ociosa y afortunada.

En segundo lugar, durante buena parte del siglo XIX la oligarquía se muestra activa en el cumplimiento de ciertas funciones económicas y políticas. Hacia 1830 la apertura del país al mercado internacional, así como el auge de la demanda externa por materias primas, abrió un ciclo de expansión en la explotación de los recursos nacionales. La minería y la agricultura coloniales encontraron entonces estímulo y cauce para

desbordar los límites de antaño y operar a una considerable mayor escala. La adaptación a estas nuevas circunstancias exigió a los sectores dominantes, al menos a una parte de ellos, de múltiples esfuerzos. Hubo que catear nuevos yacimientos, habilitar tierras para la producción de granos, introducir tecnología en la explotación minera, construir caminos, redes de comunicación y obras portuarias, redistribuir la fuerza de trabajo, conseguir financiamiento, institucionalizar mecanismos de capitalización y de crédito, etc. Todo ello hizo posible que, junto a la vieja sociedad colonial, surgiese un sector con rasgos de pionero que ejercitó y valorizó las actividades empresariales que requería entonces la coyuntura económica. El auge de las exportaciones, principalmente de cobre, plata y trigo, por parte de productores nacionales, se mantuvo hasta aproximadamente 1870. A esa fecha las condiciones del mercado internacional fueron tales que frustraron súbita y definitivamente sus posibilidades de exportación. No obstante lo anterior, y en el transcurso de aproximadamente treinta años, ciertos sectores de la oligarquía superaron la relativa ociosidad tradicional, desarrollando una considerable actividad empresarial.

En el transcurso del siglo XIX la oligarquía debió no sólo dar respuesta a un estímulo económico, sino que debió también abocarse a la organización, institucionalización y administración del naciente aparato de Estado. Montar su propia dominación la obligó a una considerable labor política. Tuvo que elaborar una constitución, códigos y reglamentos, echar las bases de sus asociaciones, buscar cauces de expresión, explicitar ciertos criterios que viniesen a dirimir las contiendas que podrían surgir en su propio seno, elaborar imágenes doctrinarias que le permitiesen reconocerse como clase dominante y que legitimasen para sí su dominación. Es decir, hasta bien avanzado el citado siglo, la oligarquía debió instituir su poder y producir ciertos significados políticos acordes a la naturaleza de su dominación. Ello impelió, al menos a ciertos sectores de ella, a una actividad que podríamos tildar de producción política.

Lo anterior relativiza para el conjunto de la oligarquía la supuesta condición de clase ociosa en lo que respecta a los dos primeros tercios y algo más del primer siglo republicano.

Por otra parte, niega tal condición para aquellos sectores a quienes cupieron ya sea el papel de pioneros en lo económico o de forjadores del Estado en lo político.

Distinta es la situación de la oligarquía hacia el novecientos. Por una parte, ya hemos visto que la economía del país se limita ahora a la agricultura de la hacienda y al enclave minero. No hay proyectos ni iniciativas de envergadura en lo que atañe a las posibilidades de expansión de la producción agrícola, minera o industrial. La organización y el desarrollo económico de la época son de naturaleza tal que el énfasis está puesto en cómo distribuir al interior de la oligarquía las rentas provenientes del enclave. Para ello se ha construido una fórmula cuya reproducción se hace mecánicamente en la medida que las condiciones del mercado internacional permanecen relativamente constantes. Es así cómo, a diferencia de la coyuntura del mercado internacional de mediados del siglo XIX, el enclave desincentiva a la oligarquía para asumir una función más activa en la producción económica. Al proveerla de una renta considerable, consagra su condición de clase ociosa, haciendo anacrónico el empuje empresarial y los hábitos de austeridad que caracterizan épocas anteriores.

De su parte, el aparato del Estado ha sido ya organizado y opera con relativa estabilidad. La oligarquía mantiene su situación de grupo hegemónico y nadie cuestiona aun su legitimidad. Dados estos parámetros, lo político no exige ya un esfuerzo "productivo". Las instituciones, asociaciones e imágenes creadas durante el XIX son ahora fórmulas consagradas. El uso que de ellas se hace es ya reiterativo. De allí que lo político tenga a la época una connotación ritualista y no exija a la oligarquía acción adaptativa o innovadora alguna.

Lo dicho hasta aquí justifica que la condición de clase ociosa de que goza en este momento la oligarquía pueda considerarse como una situación casi enteramente nueva. Hacia el novecientos, tanto en lo económico como en lo político, nada la obliga a revisar la organización de su dominación, a evaluar su ejercicio del poder y su papel en la producción y, menos aun, a crear nuevas alternativas. Las fórmulas que en un momento

fueron originales se han hecho repetitivas, sin por ello perder eficacia, generando en la oligarquía una suerte de inercia social.

Ahora bien, la oligarquía hacia el novecientos llegará a valorizar su situación de clase ociosa. El ocio se constituirá en un elemento para su propia identidad como clase, ocupando un lugar central en su mundo de significados.

El sentido del ocio es algo que se explicita de manera más bien soslayada. La literatura oligárquica de la época está, sin embargo, plagada de signos que atestiguan que el ocio es un atributo socialmente valorado.

¿Qué nos permite afirmar que la oligarquía ve la ociosidad como una condición deseable? La respuesta está en el tratamiento que ella hace del trabajo.

En primer lugar, hemos visto ya cómo el trabajo está generalmente ausente en la descripción de lo que serían el quehacer cotidiano y las preocupaciones de la oligarquía. Vimos igualmente que la capacidad de desarrollar ciertas actividades no es tenida en cuenta para describir lo que sería el tipo humano socialmente valorado. El "tipo de portal", el "sportman", la gran dama, destacan precisamente por su forma de vida al margen de todo aquello que implicaría una cierta laboriosidad. En la construcción de personajes, el trabajo, cualquiera sea su índole, aparece ausente de la narración. Cuando se señala, por ejemplo, la fortuna de un personaje, ella aparece simplemente dada, sin mención alguna a qué se hizo para alcanzarla ni qué se hace para mantenerla o acrecentarla. Se trata más bien de seres que "... miran pasar la vida con expresión plácida y acomodaticia, desde la cima holgada de su buena digestión"[16].

Esta omisión, de por sí significativa, cobra mayor relieve cuando se revisa el sentido atribuido al trabajo. El trabajo, fundamentalmente el trabajo remunerado, se percibe con una fuerte connotación peyorativa. Tanto es así, que éste se predica para la oligarquía como el último recurso sobre

16 Iris (Inés Echeverría Bello), *Cuando mi tierra fue moza*, T. II, Editorial Nascimento, Santiago, 1944

qué echar mano en situaciones adversas de fortuna. Es visto como un sacrificio a que condena el infortunio y al cual se llega alentado por la esperanza de que será una necesidad sólo transitoria y que pronto se estará en condiciones de disfrutar nuevamente del ocio.

La oligarquía "... lleva nombre cuyo prestigio y valor aristocrático se empeña en exagerarle su propia familia, enseñándole a considerar como denigrante casi todas las formas de la actividad humana en el comercio y en el trabajo..."[17] "Tenía demasiado orgullo para presentarse en demanda de empleo público... prevenciones inveteradas de familia impedíanle seguir ciertos ramos lucrativos de comercio... Tenía horror al trabajo necesario y subordinado"[18]. "... profesiones de ingeniero, y ¿para qué decir médico? (son) buenas para ganapanes..."[19]. "El trabajo oficinesco es suplicio siempre renovado"[20]. "Ningún muchacho de los que frecuentan salones se hubiera levantado de madrugada"[21].

Citas como éstas pueden encontrarse muchas. Ellas hablan claramente del significado negativo que la oligarquía atribuye al trabajo remunerado. Esta connotación llega al extremo de que los personajes de la oligarquía, frente a circunstancias de infortunio, prefieren recurrir al matrimonio por interés, a intentar suerte en el juego, en apuestas, en especulaciones bursátiles, a préstamos usurarios e incluso a la malversación de fondos. Cuando el trabajo remunerado se hace inevitable toma el cariz de un sacrificio extremo. Así, por ejemplo, se pinta de la manera siguiente a una persona que reveses de fortuna la han llevado a trabajar en una oficina salitrera. "Don Manuel era una persona nacida para la gran ciudad: temperamento de literato y de hombre público, enamorado, elegante, personaje de salón, espiritual, hombre de club y calavera... para alcanzar fortuna haría el mayor de los sacrificios"[22]. Huelga decir que el sacrificio radica en trabajar.

---

17 Orrego, *Casa..., Op.cit*

18 *Ibíd.*.

19 Iris, *Cuando mi tierra era niña,* T. I, Editorial Nascimento, Santiago, 1942

20 Iris, *Op.cit.*

21 Orrego, *En. . . Op.cit.*

22 Vicuña, *Días. . . Op. cit.*

Otro signo de la desvalorización del trabajo se encuentra en el hecho que, en general, el dinero no es visto como fruto del trabajo. "Suerte te dé Dios, que el saber de nada vale"[23]. Es éste casi un axioma de la oligarquía. El término suerte equivale aquí al de fortuna y el saber se refiere al esfuerzo y a la capacidad para desarrollar actividades que produzcan bienes materiales. El trabajo no se considera como un medio efectivo para hacer dinero. Por el contrario, éste se lograría a través de una cierta gratuidad, por ejemplo, el destino de heredero, de marido de mujer rica, de especulador exitoso. Así, se dice de un personaje que "... tan liviana le fue siempre la vida, por aquel **don** anulador de esfuerzos: el goce de vivir sin hacer nada útil..."[24]. En suma, "...querían ser ricos de golpe, sin trabajo, sin esfuerzo, sin sacrificios de ningún género"[25]. Cabe señalar igualmente que en la relación trabajo-dinero la carga peyorativa del primero es tal, que el dinero logrado laboriosamente no constituye, sin más, una fuente de movilidad social. El nuevo rico podrá integrarse a la oligarquía tan sólo una vez que abandone la actividad productiva y llegue a disfrutar de sus rentas, es decir, goce de la condición de ocioso. "Nosotros no aceptamos sino a los bien nacidos, a los adinerados, a los vencedores, **no a los que pueden vencer**"[26]. Vemos aquí nuevamente que no se valoran el empuje ni el esfuerzo, ni la capacidad de construir riquezas. Lo que cuenta es la posibilidad de rentas que permitan disponer de una cierta ociosidad. Sólo entonces se considera a alguien como bien nacido, es decir, relativamente al margen de las obligaciones laborales. ¿Qué significados tienen la desvalorización del trabajo y el énfasis en la disponibilidad de ocio?

La oposición entre clase ociosa y clase trabajadora constituye el eje de la discriminación social. La posibilidad de ocio y la obligación de trabajar definen quién es quién en la sociedad chilena del novecientos. Ahora bien, al desvalorizar el trabajo la oligarquía encuentra un elemento para legitimar la discriminación social que fluye de las características de su dominación.

---

23 Orrego, *Casa. . .Op.cit.*
24 Iris, T. I. *Op.cit.*
25 Orrego, *Casa. . .Op.cit.*
26 *Ibíd*. El subrayado es de los autores

La oligarquía verá en la innecesariedad de trabajar, propia de su situación social, una suerte de reflejo de su supuesta excelencia. Al conferirle al trabajo una connotación negativa, podrá interpretar la discriminación entre trabajadores y no trabajadores en términos de superioridad e inferioridad moral. Convierte lo que es propio de la situación social de la época en signo de una pretendida jerarquía imperante que fluiría de la posesión, exclusiva y definitiva, de ciertos atributos morales. Así, que la oligarquía disponga de tiempo libre, de tiempo no necesario de dedicar al trabajo, es prueba de su predestinación hacia algo superior. Por el contrario, que aquellos a quienes la oligarquía llama el pueblo aparezcan condenados a la servidumbre del trabajo, es propio de su naturaleza de inferiores. Conviene resaltar que aquí los términos de superioridad e inferioridad no designan un problema de autoridad, sino que ambos reciben una connotación ética.

La vocación de clase dominante de la oligarquía oculta a sus ojos las raíces estructurales de que se nutre su situación de clase ociosa. Que no requiera del trabajo para gozar de todos los privilegios, le parece algo inherente a sus atributos de clase. Define su superioridad como algo consubstancial a ella. De allí que su superioridad le aparezca sin historia y como no requiriendo justificación. Cabe simplemente reconocerle y practicarla. Para ello cuenta con sus posibilidades de ocio. Realizando su ociosidad se reconoce y actúa como superior. Es así como la valorización de su situación de clase ociosa se torna en un elemento decisivo para su propia legitimación social. Si está libre de las contingencias del trabajo es porque está llamada a situarse en la cúspide. No vislumbra ya los orígenes y los avatares de su dominación. Una vez consagrada la forma de ésta, suplanta, si así pudiera decirse, el carácter histórico de la misma, atribuyéndole una naturaleza inmanente. A sus ojos sus virtudes morales son ya legendarias. Ejercer la dominación es lo que naturalmente le corresponde: que esté eximida del trabajo no es más que un signo de ello.

Así como la condición de ociosidad es signo de superioridad, la condición de trabajador denotará inferioridad. Por consiguiente, la oligarquía ve el trabajo como una obligación connatural a los sectores dominados,

en la medida que los considera de naturaleza inferior, desprovistos de las virtudes que supone son de su patrimonio exclusivo. El trabajo es una tarea que no atañe a la oligarquía. Por el contrario, es obligación de inferiores.

"¡Peregrinos del trabajo..., mañana será el descanso!"[27]. Esta frase sintetiza, a nuestro juicio, el significado que la oligarquía otorga al trabajo de los sectores dominados. Para ella la identidad de los sectores populares estaría fincada precisamente en su condición de trabajador. El trabajo no pierde, sin embargo, su connotación de sacrificio, de carga. Si el pueblo debe recorrer el camino áspero del trabajo con la inexorabilidad del peregrino, es porque tal es el destino propio de su naturaleza inferior.

Si este es el significado construido por la oligarquía para el trabajo y el ocio, deberíamos encontrar en la literatura de la época testimonio de lo siguiente. De un lado, el trabajo debería predicarse como un deber y una obligación para los sectores populares. Aún más, la imagen popular valorada por la oligarquía debería corresponder a la del trabajador aplicado, honesto, obediente y leal. La sumisión al trabajo debería verse como la virtud popular por excelencia. De otro lado, fuera del contexto de la servidumbre en el trabajo, la oligarquía debería entregar una imagen negativa de los sectores populares y que correspondería a la proyección del sentido que le confiere a la discriminación social existente.

Es cierto que la literatura oligárquica de la época tiende a prescindir de los sectores populares. En general, son escasas las opiniones e imágenes vertidas cerca de ellos. No obstante el número reducido de acotaciones en este sentido, su calidad confirma la imagen dual que prevalece respecto de los sectores populares. La estimación por el pueblo se muestra fincada precisamente en el cabal cumplimiento que él manifiesta de su condición de servidor. Se valoran positivamente su sumisión, su lealtad, su disponibilidad al trabajo, su honradez. Así, por ejemplo, don Ramón Ulloa, inquilino, es descrito con la aureola de hombre bueno

[27] María Luisa Fernández García-Huidobro, *La María del Carmen,* Imprenta Claret, Santiago, 1930

dado que "... es el hombre de confianza de Don Francisco de Maceda (el patrón), por derecho de lealtad, de honradez y de cumplimiento del deber", añadiendo luego que un Ulloa ha seguido siempre a la familia Maceda más fiel que un mastín"[28]. Cabe subrayar que no se ensalzan tanto la competencia ni la productividad del trabajador, como su incondicionalidad a las órdenes del patrón. Más que el resultado productivo del trabajador, interesan las actitudes que hacen de él un buen siervo: su obediencia, su paciencia y su resignación frente a las contingencias propias de su servidumbre. "Cuatro generaciones han pasado sin que decaiga la cariñosa estimación de los amos ni el apego de los servidores. El Ulloa de ahora es tan leal, tan correcto como el primero; se dejaría matar por Don Francisco..."[29]. La actitud de entrega que se exige se considera un sentimiento noble cuando es absoluta, es decir, cuando no pide nada a cambio, cuando se acepta como un impulso natural frente a la superioridad moral del otro. "Amo y criado nada tenían que ver entre sí, fuera de servirles con suma fidelidad... después de Dios y de la Santísima Virgen, para ña Filomena seguían Don Francisco y los suyos..."[30]

Basta que el pueblo se perciba como apartándose de las virtudes que harían de él un noble servidor, para que su imagen se transforme por completo. Es así como aquellos personajes populares que, por circunstancias varias, no pueden ser identificados en los lazos amo-siervo, se pintan con los tintes más oscuros. Se les ve como parias, entregados a bajos instintos. En otras palabras, roto el lazo de la servidumbre y, en consecuencia, al margen ya de la tutela moral del patrón, no queda para el pueblo más que sucumbir a su naturaleza inferior. Es entonces sanguinario, brutal, borracho, supersticioso, depravado.

Esta última es la imagen genérica de los sectores populares. Corresponde a la visión de masa popular que tiene la oligarquía. "... Fatalismo indolente, crueldad, rapacidad..., instinto sanguinario, superstición y temor religioso. De ello resulta la unción, el fervor místico, el aspecto

---

28 *Ibíd.*

29 *Ibíd.*

30 *Ibíd.*

contrito y humillado en templos y fiestas religiosas, de esos mismos rotos (sectores populares) que horas después se irán de remolienda y se destriparán con saña implacable"[31]. "Se parecen a los animales en la mentalidad. Sus pasiones no son otras que las naturales y primitivas, no siguen otra norma que la del instinto"[32]. "...Seres embrionarios, crueles y envilecidos... inconscientes en su trabajo, indolentes, sin afán de superación, fatalistas y alcoholizados... humanidad en preparación"[33]. Vemos entonces que el testimonio que entrega la literatura es consistente con la imputación de significados que hiciéramos respecto al sentido que tendría el ocio y el trabajo para la oligarquía.

Ahora bien, ya hemos dicho que la visión negativa del trabajo remunerado y el enaltecimiento de las posibilidades de ocio, constituyen elementos centrales en el mundo de significados de la oligarquía. En los capítulos siguientes trataremos de demostrar paulatinamente este aserto. Por ahora nuestra preocupación es otra, a saber: cómo la oligarquía realiza positivamente sus posibilidades de ocio. El ocio en sí no es un valor, sí lo es en tanto posibilidad para, en tanto medio para realizar algún otro cometido distinto a aquellos que puedan jugarse en el ámbito del trabajo. ¿Qué metas perseguirá la oligarquía en el consumo de su ocio? ¿Qué significado positivo, en el sentido de susceptible de encarnarse en la acción, atribuirá la oligarquía a su condición de clase ociosa?

La respuesta a estas interrogantes la tenemos en la adhesión de la oligarquía a lo que, en el decir de la época, se identifica como el buen tono.

2. EL BUEN TONO

Frente a cómo realizar su ocio, la oligarquía no está en situación, si pudiera decirse así, de hacer lo que le venga en ganas. Ello no es algo librado enteramente a su imaginación e inventiva. Después de todo, su ociosidad descansa en condiciones sociales bien particulares y cuya alteración correría el riesgo de hacer tambalear las bases mismas de ésta y

---

31 Orrego, *Un idilio…*, *Op. cit.*

32 Vicuña, *Op. cit.*

33 Iris, T. II, *Op. cit.*

sus demás privilegios. De allí que lo que la oligarquía haga para llenar su ocio debe ajustarse al orden de cosas donde arraiga su posición de clase dominante. Más aún, ella ha valorizado este ocio, asociándole la idea de su propia perfección y excelencia. Para colmarlo debe pues entregarse a una actividad de naturaleza tal que no contravenga este sentimiento de superioridad. En suma, tanto las condiciones sociales que aseguran su situación de clase ociosa, como el significado atribuido a esta situación, restringen para la oligarquía las alternativas de realización de su ocio. Ambos influjos se muestran aún más decisivos si se considera que, hacia la época, no existen circunstancias que obliguen a la oligarquía a una redefinición en términos adaptativos. La estabilidad del estado de cosas vigente es tal que, válganos la expresión, la oligarquía puede permanecer por completo fiel a su forma de dominación y a sus valores.

Para aclarar esto conviene acaso plantearse la viabilidad que hubiesen tenido ciertas alternativas de acción para la oligarquía del novecientos. ¿Pudo, por ejemplo, haber destinado su tiempo, así como las rentas extraordinarias del enclave, a la expansión de una actividad productiva? ¿Pudo, en otras palabras, dedicarse a lo que hoy llamamos el desarrollo económico? Es cierto que el control extranjero hacía de la minería un sector inaccesible. Es cierto que tanto la estructura de la hacienda, como las condiciones del mercado, constituían obstáculos casi insalvables para el crecimiento de la agricultura. Pero por qué no pensar en la posibilidad del fomento de la actividad industrial. Después de todo la oligarquía, y los sectores populares en muchísima menos escala, demandaban una serie de bienes fabriles. ¿Por qué entonces no pensar en producirlos? ¿Por qué no iniciar una política de sustitución de importaciones tal como sucederá hacia los años 30? No corresponde entrar aquí en razones de orden técnico. Bástenos señalar lo siguiente. Que la oligarquía hiciese suyo el rol de empresario, por restringidas que fuesen las metas de industrialización, hubiera implicado, tarde o temprano, transformar el orden de cosas vigentes. Paralela a la hacienda hubiese surgido una nueva organización económica y social de imprevisible dinámica con respecto a lo cimentado hasta entonces. Esto en circunstancias que la oligarquía hacía en ese momento la experiencia de disfrutar del mejor

de los mundos. Nadie ni nada presionaba en el sentido de exigirle una respuesta de corte readaptativo. Su experiencia era, por el contrario, la de gran firmeza en el goce de sus privilegios, experiencia que mostraba anacrónica cualquier innovación. Sólo una vocación de adelantado o una visión premonitoria pudiesen haberla encaminado a su propia transformación con miras al desarrollo industrial. Para ello, sin embargo, la oligarquía hubiera tenido que superar la concepción que tenía de su propia situación. Un afán desarrollista hubiese implicado construir una ética del trabajo ajena por completo al espíritu de una clase que fincaba su sentimiento de excelencia precisamente en el ocio. Vemos, pues, cómo la industrialización hubiese sido un contrasentido dadas las condiciones sociales y la mentalidad imperantes hacia el novecientos.

Ahora bien, si el buen tono aparece como la alternativa seguida por la oligarquía para la realización de su ocio, es porque se trata, como veremos a continuación, de una actividad que calza a maravilla con el estado de cosas vigente.

El buen tono apunta a una vasta gama de patrones de conducta cuyo denominador común es el de estar regidos por la moda, vale decir, por esa convención que define todo aquello que es tenido por elegante y refinado. De manera asaz caprichosa y voluble, la moda erige usos y ademanes, lugares y cosas, formas de reunión y aficiones, en símbolos de suprema distinción. Vasta es la imaginería de la moda, ella puede, sin embargo, resumirse en una actividad: el consumo conspicuo realizado bajo la forma de un rito colectivo. Consideremos, pues, algunas características de este consumo y de su ritual.

El consumo como reflejo de una moda no considera las características intrínsecas del objeto a consumir, enfatizando el hecho de que el objeto, al ser seleccionado por la moda, constituyese en signo de distinción. La moda instaura así una manera de consumir que prescinde del valor de uso, en otras palabras, de lo particular del objeto para la satisfacción de ciertas necesidades. Se omite la realidad del objeto en cuanto tal, reduciendo su existencia a la mera calidad de designado por las convenciones del buen tono. Una moda, por ejemplo, no sirve ya por

la utilización que de ella pueda hacerse, sino porque su estilo y procedencia la convierten en símbolo de elegancia. Y bastará que su estilo pase de moda para reemplazarla por aquella cuyo diseño está ahora en boga. Se trata, pues, de una forma de consumo difícil de saciar en la medida que no reconoce otros límites que los de una convención por naturaleza fantasiosa.

Quizás la mejor ilustración de esto sea el consumo que la oligarquía hace del arte. Así, por ejemplo, cuando la oligarquía asiste a las funciones del Teatro Municipal no lo hace por la satisfacción estética o intelectual que podría brindarle la calidad del espectáculo, sino porque dicho local está consignado como lugar de moda. No importan la calidad de la obra, la virtuosidad de los intérpretes, la categoría de la orquesta. No cuentan el valor de la representación en sí ni los gustos del espectador. Lo decisivo es que ello transcurre en el Teatro Municipal. "...inmarcesibles noches del Teatro Municipal, la sala espléndida, a la altura de cualquier teatro europeo... la etiqueta con que allí se presentaba el selecto público y el lujo en joyas y vestidos en nuestras damas, imposible de restituir hoy y que se recuerdan como un cuento de hadas, como el sumun de los agrados de aquellos tiempos. El faltar a la ópera era como faltar a misa ..."[34]. He aquí el significado de las funciones del Municipal para un oligarca. No hay mención alguna del eco que despertó en él la calidad en sí del espectáculo. En su memoria no hay vestigios del objeto artístico. Si es que alguna vez autores e intérpretes estuvieron presentes en su memoria, han sido ya olvidados, dando así testimonio de cuán insignificantes eran. En la nostalgia oligárquica sólo hay lugar para la convención que hizo del Teatro Municipal un lugar de moda. Para la oligarquía concurrir allí no es más que un alarde de elegancia. Y asistirá a sus funciones cuantas veces pueda, sin importarle siquiera la novedad o repetición del espectáculo.

Esta forma de consumir, haciendo caso omiso de las cualidades de uso del objeto, llega a extremos fáciles de caricaturizar. Es lo que hace precisamente un autor de la época, afamado entre sus contemporáneos

---

[34] Balmaceda, *Op. cit.*

por su calidad de humorista y observador de costumbres. Dicho autor nos cuenta en una de sus crónicas de un dueño de fundo que ha hecho instalar un piano Steinway en su casa de campo. Cuando lo mandaron al fundo, la carreta que lo transportaba se dio vuelta, cayendo el piano y quebrándose la mitad del teclado. Su compostura corre por cuenta de un maestro campesino, el mismo que arregla los alambrados de los potreros y que le compone a la trilladora cualquiera pieza que se le quiebre. Lo mejor que puede decirse del piano es que desafina, ya que la mayoría de las veces no suena. Nadie hace cuestión de ello, sin embargo, y el piano se exhibe y toca con orgullo cada vez que hay visitas. Después de ello su sola presencia es signo de elegancia[35].

El consumo prescrito por la moda debe efectuarse además de manera colectiva. Dado que el objeto a consumir interesa sólo como signo de distinción, el acto de consumirlo debe ser presenciado por otros. En la medida que este consumo prescinde de la utilidad del objeto en sí, cabe mal gozar de su apropiación en la intimidad. Tal sería el deleite del práctico o del esteta y del sensual, por quienes basta el encuentro con la cosa deseada. Pero el buen tono pone en juego algo muy distinto. El consumo a la moda busca apropiarse de una imagen, volcándose para ello en los moldes tenidos como el *sumum* de la apariencia aristocrática. Lo que cuenta aquí no es la cosa en sí, sino el símbolo que ello encarna. No se pretende pues poseer las cosas, sino cubrirse con ellas. Y este acto de unción cobra su sentido más pleno cuando logra desplegarse en público. La transmutación del sujeto en personaje a la moda es completa únicamente si cuenta con testigos y si su investidura con los signos del buen tono toma el cariz de un espectáculo. La moda es un mundo de apariencias, de exterioridades, construido para hacer visto. De allí que implique no solo el consumo conspicuo, sino también ostentoso. Ella consigna tanto los objetos que tendrán valor de elegancia, como las ceremonias que deberán celebrarse para consumirlos. Puede decirse entonces, que el consumo a la moda adquiere la connotación de un rito en el que los iniciados exhiben su fasto, dando así testimonio de supe-

---

35 Joaquín Díaz Garcés, "No veraneo", en: Manuel Rojas, *Los costumbristas chilenos,* Empresa Editora Zig-Zag, Santiago 1957

rioridad social. En este ritual o ceremonial mundano sus participantes se reconocen a sí mismos, imbuyéndose unos a otros de la imagen de aristócratas en el sentido de supremamente distinguidos.

La conciencia crítica de una gran dama de la época atestigua este carácter ritual del consumo a la moda. La autora nos describe el significado que tiene el veraneo en el Gran Hotel de Miramar, en Viña del Mar. "Todos los años por el mes de febrero, se representa en este bellísimo escenario, verdadero pináculo del país, una comedia en cuatro actos que corresponde a las cuatro semanas del mes en curso. Los autores son más o menos los mismos de siempre. La Compañía de Teatro la componen hacendados acaudalados o mayores contribuyentes, diplomáticos distinguidos, políticos notables, banqueros famosos... gentes que tratan de divertirse y cuyo decálogo es el menú. Vienen a lucirse empeñadas sin cesar en la lucha de parecer... ¿Qué se representa...? El tema principal representa la vanidad, vanidad de ser alguien muy altamente colocado o muy conspicuo..."[36]

El rito mundano exige de largas horas tanto en sus preparativos, como en su realización. Aperitivos en la barra del Club, tardes de visitas y tertulias, noches de gala en el teatro, cenas, bailes, concursos hípicos, kermesses, temporadas veraniegas, uno que otro viaje a Europa... Todo ello lleva tiempo y consume energías. Resulta revelador, en este sentido, que el decir de la época designe a estas actividades con el nombre de circulación social. El término no puede ser más feliz, pues estar a tono exige justamente estar en continuo movimiento. Y este movimiento, en cada uno de sus pasos, requiere desembolsar sumas considerables de dinero. Menaje, coches, palcos, alhajas, licores... El buen tono nacional se inspira en los gustos de la aristocracia europea e importa del viejo continente todos los elementos de la utilería mundana. Bástenos, como botón de muestra, la descripción de una mansión de la época. El vestíbulo va con muebles de Maple. Le sigue la sala celeste cubierta de gobelinos. Está a continuación el gran salón con los tapices de Smyrna. Viene luego la galería de pinturas donde cuelgan telas de Fragonard y

---

[36] Iris, T. II, *Op.cit.*

Murillo, haciendo contraste con las de Corot. Se suceden, después los salones Luis XV y Luis XVI. Por fin, al fondo, se abre el gran comedor cuyo amoblado es copia fiel del comedor de Federico Guillermo de Prusia[37]. ¡Sin duda que el buen tono es la actividad dispendiosa! De allí que sus posibilidades de realización varían según el peculio de cada cual. Hay quienes podrán incorporar el rito mundano a su cotidiano. Son los miembros de lo que se da en llamar el gran mundo y cuyo estilo de vida aparece como la apoteosis de lo aristocrático. El resto podrá sólo ocasionalmente hacer despliegue de lujo y derroche, siendo su actividad, si pudiera decirse así, de tono menor. Pese a estas diferencias, todos ven en el quehacer mundano algo deseable, es más, lo perciben como el tipo ideal de vida, como aquello que todos quieren para sí. Y es en pos de esta meta que la oligarquía encamina su ocio y sus rentas. Procediendo de este modo, la oligarquía consigue expresar su situación de clase ociosa y relativamente opulenta en una práctica que en nada altera la organización social de donde fluyen sus privilegios. Veamos cómo esto sucede.

El buen tono no es más que una nueva pauta de sociabilidad entre los miembros de la oligarquía, una nueva manera de disfrutar entre sí. De allí que el rito mundano se celebre únicamente entre iguales. Que se haga un culto del consumo a la moda nos habla precisamente de cuán excluyente es el buen tono. La moda, ávida de tiempo y dinero, zanja un abismo entre quienes están en condiciones de vivir según sus cánones y el resto de la sociedad. Se trata, sin duda, de una vocación de minoría que sólo un sector privilegiado puede realizar. De suerte que, desde el punto de vista de las relaciones sociales, la práctica del buen tono vincula exclusivamente a los miembros de la oligarquía sin rozar siquiera a los demás sectores sociales. Más aún, que una clase pueda entregarse con tanta fruición a su propio esparcimiento, apunta a que las condiciones sociales que hacen de ella lo que es, son tan sólidas y estables que pueden darse por descontadas. Sólo bajo este supuesto una clase podrá evitar el quehacer de forjar y mantener sus privilegios y dedicarse meramente a estar. Tal es el caso del rito mundano, construido justamente en la

---

[37] Francisco R. Undurraga, *Memoria de 80 años*, s/f

certidumbre de que las relaciones de dominación permanecen incólumes, dándolas por sentadas al extremo de poder ignorarlas. Que el dueño de la tierra consume su tiempo y sus rentas "circulando" socialmente en la capital, no significa que el inquilino deje de ser lo que es. Por el contrario, el tono que se da ahora el patrón no sólo deja inalterada la condición de inquilino, sino que muestra además cuán firmemente anclada está dicha condición. La actividad mundana del propietario agrícola significa que éste espaciará cada vez más sus estadías en el campo, que llegará incluso a ausentarse por completo, delegando sus funciones en la persona de un administrador o de un arrendatario. Pero ello no toca la organización de la hacienda y, en consecuencia, la experiencia del campesino sigue siendo la misma de siempre. Si el buen tono entraña alguna novedad desde el punto de vista de las relaciones sociales, ella no radica en la transformación de los lazos tradicionales ni en la creación de nuevas ataduras, sino en la desvinculación de la oligarquía con los demás sectores sociales. Veremos más adelante las implicancias que esto acarrea.

Que el buen tono imite los designios de la moda en Europa y que importe desde allí toda suerte de bienes suntuarios, significa que la oligarquía destina buena parte de sus rentas a una actividad sin incidencias desde el punto de vista del quehacer productivo nacional. Por una parte, el énfasis puesto en el consumo conspicuo distrae obviamente de la inversión, por otra, el derroche en el consumo vuélcase en el mercado extranjero. Actuando de este modo, el buen tono tiende a congelar, si pudiera decirse así, las condiciones económicas en un punto dado. Este proceder resulta consistente con el origen de la relativa opulencia de que goza la oligarquía. Después de todo, su apropiación de las rentas provenientes del enclave no exige más que la estabilidad del poder oligárquico, requisito que a la época se cumple con creces. La actividad mundana puede, por consiguiente, dar por descontado el nivel de rentas que necesita. Esto, junto al hecho que el consumo se nutre desde fuera, explica por qué el buen tono no necesita expandir ni transformar la estructura económica de la época. Tanto es así que, pese a su ponderación, el rito mundano no da pie desde el punto de vista ocupacional más que

al incremento del servicio doméstico y, en menor escala, del artesanado urbano. De más está decir que ambas situaciones no ofrecen novedad alguna, salvo en su aspecto meramente cuantitativo, y que se subsuman en las relaciones ya inveteradas de la dominación oligárquica. Podemos pues concluir que el buen tono no sólo deja intactas las características de la organización social y económica de la época, sino que se construye consistentemente sobre ellas.

Pero hay más. Su situación de clase ociosa ha engendrado en la oligarquía el sentimiento de su propia superioridad y excelencia. Cabe entonces preguntarse si la actividad que viene a realizar este ocio logra también traducir este espíritu. En otras palabras, ¿el buen tono exterioriza o no la convicción de superioridad que anima a la oligarquía?

Desde el momento que el buen tono se confunde con lo aristocrático, en el sentido de lo mejor, la respuesta a este interrogante parece obvia. Por simple tautología debemos concluir que el rito mundano proyecta la imagen de excelencia de sus participantes. Conviene, no obstante, reiterar los detalles mismos del rito para ver que él no sólo refleja una imagen de excepción, sino que construye una situación cuya experiencia es por sí misma excepcional. Quienes actúan el buen tono viven gozando del espectáculo de sí mismos, admirándose unos a otros. Van cubiertos de los ornamentos más preciosos, paladeando los manjares más exquisitos, transcurriendo en los lugares más hermosos. Tan seguros están de poseer los medios necesarios, que pueden darlos por descontados y entregarse sin esfuerzos a la celebración de sí mismos. Y así como no hay una conquista previa, pues todo les parece dado, su participación en el rito mundano tampoco les fatiga. Después de todo, lucirse es una forma de estar, de actuar por mera presencia y, por ende, algo por completo ajeno a las tensiones propias del actuar sobre las cosas o las gentes. Mientras este último implica previsión, estrategia, manipulación, riesgo, en suma, reconocimiento de los propios límites, a la actividad mundana le basta exhibirse para cumplir su cometido. Si pudiera decirse así, el buen tono sitúa a sus cultores en una suerte de Olimpo donde hacer es sinónimo de estar, donde en lugar de producir cabe representar, donde lo material se trastoca en imágenes de belleza, de alegría de

vivir, de elegancia. Por otra parte, el carácter exclusivo del buen tono resulta igualmente olímpico. Garantidas como están las condiciones que permiten realizarlo, la celebración del rito mundano incumbe sólo a sus oficiantes. Estos quedan pues librados a sí mismos para decidir y efectuar el rito, no reconociendo más atadura que la de su propia fantasía o la de aquellos que estiman sus congéneres en otros lados. Mientras el común de las actividades relaciona necesariamente en términos de autoridad y subordinación, de complementariedad y explotación, urdiendo toda suerte de dependencias, el buen tono rubrica la autosuficiencia de sus protagonistas. La posibilidad de admirarse en una representación que hace caso omiso de los demás y que corre enteramente por cuenta propia, tiene mucho de dios fingido. Por último, la experiencia del buen tono reviste a sus fieles de un conjunto de apariencias que los convierten en algo radicalmente distinto de los sectores trabajadores. Las gentes de buen tono monopolizan el fasto, el refinamiento, las maneras exquisitas, la elocuencia en el hablar, el consumo de los productos modernos, la apertura a lo extranjero. Sus diferencias con los sectores populares se pegan pues al cuerpo y saltan a la vista: bastan los cinco sentidos para que un caballero o una gran dama perciba en aquellos que ahora llama "rotos" sus maneras groseras, su tosquedad, su desaliño y la fealdad que acompaña a su miseria e ignorancia. En otras palabras, las apariencias del buen tono hacen que medie con los sectores populares una distancia comparable a aquella que introducen las diferencias étnicas. Vemos entonces que la experiencia misma del buen tono es una experiencia de superioridad con respecto a los demás. Una vida dedicada casi por entero a divertirse, autosuficiente e investida de las apariencias de lo hermoso y placentero, es un hecho demasiado excepcional como para que sus protagonistas puedan experimentar otra cosa que no sea su condición de superioridad frente al resto.

Lo dicho hasta aquí nos muestra al buen tono como una práctica consistente con las condiciones y la mentalidad de la época. Valga esto, sin embargo, sólo como una primera aproximación. Veremos más adelante cómo la imagen de aristócrata que exterioriza el buen tono no logra integrarse del todo a la imagen tradicional, dando pie a ciertas contra-

dicciones en el modo de ser de la oligarquía. Pero antes de seguir ahondando en las complejidades de la conciencia oligárquica, corresponde plantearse algunas de las consecuencias que acarrea el buen tono.

En primer lugar, y desde el punto de vista de la mentalidad de sus protagonistas, el buen tono propende a una actitud marcadamente pasiva. Hemos visto ya que el consumo y el ceremonial mundanos se organizan en torno a la moda. Esta última es una convención notablemente rígida. No se contenta con ubicar al sujeto dentro de un marco general de referencia, sino que le impone además una selección determinada de medios y una forma de utilización igualmente prefijada. Una vez designado el objeto como signo de distinción no queda otro camino para apropiarse de su valor simbólico que el de consumirlo ritualmente. La moda entraña tanto la meta fijada, como los medios para lograrla y define a estos últimos en términos casi absolutos. El leit motiv de la elegancia no implica buscar alternativas ni variaciones de tipo adaptativo. ¿Dónde encontrar el bien preciado y qué hacer para poseerlo? Tales dilemas no existen para quienes van en pos de la elegancia, pues la moda les ofrece el procedimiento exacto a seguir. Consumir ostentosamente esto, eso y aquello..., he aquí la fórmula prescrita. Al sujeto no le corresponde luego elegir ni evaluar, la senda le está trazada de antemano y cabe simplemente seguirla o hacerse a un lado. La moda se adopta mecánicamente, si pudiera decirse así, sus productos son de asimilación instantánea y no cabe digerirlos. Sus fieles no requieren de una elaboración mental para aprehenderla, basta con engullirla. De suerte que la experiencia mundana confina a sus actores al papel de consumidores pasivos, de meros receptores de convenciones rígidas, de participantes de una comparsa que repite hasta la saciedad una misma ceremonia. Se trata sobre todo de vaciarse en un molde único y preestablecido.

Ahora bien, si se considera la preeminencia que alcanza el buen tono dentro de las demás actividades de la oligarquía, puede aquilatarse cuánto marca la pasividad que engendra el primero a esta última. Es precisamente en la esfera del buen tono donde se juega el prestigio aristocrático. De allí la importancia que cobra esta actividad para la oligarquía y que su experiencia deje huellas profundas en sus protagonistas. Así, tanto las

ataduras a un convencionalismo estrecho, como la actitud meramente receptiva que supone la actividad mundana, permean la que podríamos llamar la personalidad oligárquica. De ello da múltiples testimonios la conciencia crítica de algunos de sus miembros. Sírvannos algunas citas a guisa de ilustración. "En este rincón del mundo no respiramos el aire de la vida... permanecemos en cuartos cerrados, sin ventilación ni luz... No hemos creado nada a nuestra medida, nos resignamos servilmente a endosarnos la librea o el uniforme que nos tenían preparados..."[38]. Aquí "... pensamos de prestado y obramos de reflejo"[39]. "Es mentira que seamos libres: otros se encargan de darnos cortes para los trajes y sus colores, con modas y hasta formas de sombreros... las reglas de conducta generales, nuestros más graves intereses y hasta nuestros sentimientos, se rigen por el qué dirán"[40].

En segundo lugar, y esta vez desde el punto de vista de las relaciones sociales, el buen tono no sólo discrimina a los sectores populares, sino que los hace prácticamente desaparecer. ¿Cómo puede ocurrir esto? Después de todo el buen tono tiene como premisa la condición de clase ociosa, condición que fluye necesariamente de la subordinación de los demás al trabajo. Es decir, el buen tono remite obligadamente a las relaciones de dominación, contexto donde la clase ociosa aparece ligada indisolublemente a su antítesis, la clase trabajadora. Si una existe es porque también existe la otra. Para la clase ociosa es ineludible la presencia del trabajador, pues, en ella estriba su propia posibilidad de ser. ¿Cómo sostener entonces que el buen tono, expresión justamente del ocio de una clase, hace desaparecer de la vista de sus protagonistas a quienes están a la base misma de sus privilegios?

Hemos dicho ya que el buen tono considera dadas las condiciones que permiten la existencia de una clase ociosa. No se trata, por ende, de una actividad que persigue afianzar y reproducir dichas condiciones. Busca, muy por el contrario, aprovechar una situación de privilegio ya

---

38 Iris, T. II, *Op. cit*

39 *Ibíd*

40 Orrego, Casa…, *Op. cit.*

asegurada. En otras palabras, el buen tono no apunta directamente a la relación entre la clase ociosa y la clase trabajadora, sino más bien a las posibilidades que esta relación abre para una de sus partes, la oligarquía. Desde el punto de vista de la realización del ocio cuentan sólo aquellos que lo disfrutan, sin importar necesariamente el porqué gozan de tal privilegio. Sin negar ni contradecir las relaciones sociales que lo cimentan, el buen tono se ubica por encima de ellas. Tanto es así, que al sentimiento de superioridad que entraña el ocio no le basta ya con exteriorizarse en el vínculo de explotación y servidumbre que lo genera, su encarnación máxima es ahora el rito mundano. Que la imagen de aristócrata no se confunda ya tanto con la figura del hacendado, señor de sus inquilinos, como con la del caballero del gran mundo, apunta hasta donde el buen tono puede hacer caso omiso de las relaciones sociales que lo sustentan. Para el ideal aristocrático no es ya suficiente la experiencia de relación con los sectores dominados. El sentimiento de excelencia se juega ahora sobre todo en la exclusividad y el ensimismamiento de la actividad mundana. Si pudiera decirse, así, la superioridad no cristaliza ya tanto en la capacidad de discriminar, como de prescindir e ignorar a los más sectores sociales.

La naturaleza del buen tono hace que sus participantes caigan en una suerte de autismo, aislándose del resto de su sociedad. Que lo aristocrático se libre en las arenas del ceremonial mundano, confina a sus protagonistas a una experiencia donde los demás no están presentes ni siquiera en su connotación de inferiores. Si pudiera decirse así, lo aristocrático se ha encumbrado al extremo que sus fieles pierden ya de vista al resto, dejando incluso de percibir los significados que otorgaran a los sectores dominados desde su condición de clase ociosa. A quien podía verse como inferior, como subordinado, como necesitando tutela, deja vérsele desde las cimas del buen tono. Sigue estando ahí, pero no tiene ya un significado propio, percibiéndose a lo sumo como un elemento más de la utilería mundana. No es ya el trabajador leal y sumiso o la masa brutal y primitiva; es, a lo más, otro de los muchos objetos susceptibles de transformar en artículos a la moda: mozo de librea, chofer, valet.

La novela de la época acusa múltiples manifestaciones de lo anterior. Así, por ejemplo, en el cotidiano de la familia oligárquica se omite la presencia del servicio doméstico. Cuando la misma familia se traslada a su hacienda, se describen sus variadas formas de entretención, quedando al margen del relato cualquier mención a las múltiples faenas que allí se realizan con la presencia de inquilinos y trabajadores agrícolas. De suerte que la estadía en el campo se limita en su significado a una oportunidad más de celebrar el rito mundano. Tal vez el colmo en este sentido lo constituyan las kermesses de beneficio en las que se ignoran absolutamente la identidad del destinatario, centrándose toda la atención en el despliegue que allí sé, hace de consumo a la moda.

La distancia social y la virtual desaparición del otro que introduce el buen tono son tales que para una muchacha de la oligarquía "... fuera de los jóvenes de baile y sociedad el resto no existe". Así, por ejemplo, los dependientes de tienda "... son simples maniquíes, unos muebles a los cuales se regatea el precio de las mercaderías y no cuentan, no son hombres, como no lo son los sirvientes, ni el mayordomo, ni los llaveros del fundo, ni el medio pelo"[41]. Vemos pues, que el buen tono corresponde a una realización de lo aristocrático con absoluta prescindencia de los demás y exterior al ámbito de las relaciones sociales de donde emanan los privilegios de la oligarquía. Veremos más adelante que esta vivencia de lo aristocrático es nueva con respecto a la tradición y que su entronización abrirá más de una brecha en la unidad de la conciencia oligárquica.

Hasta aquí hemos fijado nuestra atención en el ocio, su valorización y su realización. Que éste haya sido el punto de partida en nuestro intento de adentramos en la conciencia oligárquica, obedece a que las manifestaciones mismas de la época dejan entrever el papel nuclear que juega el ocio en la construcción del mundo oligárquico. Que todo lo dicho nos sirva entonces de guía para continuar ahondando en la conciencia de nuestros protagonistas.

---

[41] *Ibíd.*

CAPITULO II

El Dinero

"Todos han vuelto sus ojos al Dios Dinero y han desdeñado las demás virtudes..."[1]. He aquí un testimonio de la literatura de la época que nos pinta al dinero como lo fundamental. Su primacía se predica reiteradamente para la oligarquía. Así, se sindica al dinero como la clave del poder, la fuente del prestigio y la influencia personales, el elemento indispensable para alcanzar la felicidad. En suma, el dinero aparece como el ábrete sésamo para todas las posibilidades humanas. De allí el carácter primordial que parece conferírsele y el que se lo vea como leit motiv del quehacer de la época. Entregamos a continuación algunas citas que expresan justamente esta connotación para el dinero.

Un personaje literario afirma lo siguiente: "Si yo me hubiese casado con rica quizás sería Presidente de la República"[2]. Un autor, crítico de su medio, aboga porque "...el poder no sea privilegio de cuatro magnates, porque tienen extensos feudos o porque han hecho pingües negociados a la sombra del gobierno"[3]. Se dice de otro personaje que "... se haya acostumbrado a que todos se inclinen ante su parecer, convenido como está de que el dinero siempre acaba por tener razón"[4]. Un tercer personaje, esta vez un desafortunado, acusa: "... el orgullo dolido por el desprecio de quienes fueran sus amigos y se le alejaron al quedar pobre", agregando a continuación: "...con algo tiene uno que andar en el bolsillo para no parecer rotoso"[5]. "Las preocupaciones sentimentales, el

---

1 L Orrego Luco, *Un idilio..., op. cit.*

2 L. Orrego Luco, *Casa Grande, op. cit.*

3 Iris, Tomo I, *op. cit.*

4 Orrego *En familia, op. cit.*

5 *Ibidem.*

amor, el ensueño, el deseo, desaparecían barridos por el viento positivo y frío de la ansiedad del dinero, de mucho dinero"[6]. Citemos un último personaje de quien se cuenta que "... había comprendido que sin tener dinero, no haría otra cosa que sufrir el suplicio tantálico del que lucha sin tener los medios de llegar a la cima de sus ambiciones"[7].

Estas citas parecen concluyentes en el sentido de afirmar que todo se lograría a través del dinero y que su posesión garantizaría el goce de los privilegios sociales.

Si bien la literatura nos presenta al dinero como la llave maestra que abre las puertas de todos los privilegios, en ella se enfatiza principalmente la relación que tendría el dinero con un aspecto de lo social, a saber, el buen tono.

La novela nos ofrece una escena reveladora de la relación que la oligarquía establece entre el dinero y el buen tono. Se trata de un personaje que acaba de ganar una suma importante de dinero especulando en la Bolsa. "Está dichoso sacando cuentas alegres de la ganancia que ha realizado aquel día. Imagina la brillante inversión que dará al dinero. Lástima que no logre cambiar el carácter de su mujer, darle gusto por el mundo y por las fiestas, para tener recepciones en su casa, bailes y bridges... Necesita despilfarrar el dinero ganado en la Bolsa y entrar en el movimiento social, invitar, lucir..." Frente a esta disposición del marido, su mujer cavila lo siguiente: "Si perdiera, sería mejor, pero si gana, continuará su vida entre amigos mundanos. Irá al club, pasará por los bares, tomará aperitivos... se perderá en el lujo"[8].

¿Qué nos revela este pasaje? Resulta significativo que la ganancia no despierte el deseo de invertir en algo reproductivo, en algo que permita hacer con el dinero más dinero. Muy por el contrario, nuestro personaje la destinará al consumo. No bien ha hecho su ganancia, está imaginando el lujo y las entretenciones a que podrá dedicarse. Su alegría es la de con-

---

6 Orreigo, *Casa... op. cit.*

7 Vicuña, *Días de Campo, op cit.*

8 Iris, *Tomo II, op. cit.*

tar con los medios para exteriorizar su vanidad mundana, para circular en el ambiente del buen tono. Si a nuestro personaje lo sometiéramos a una prueba de corte proyectivo, asociaría el dinero a bailes, cenas, espectáculos, en suma, a un mundo de elegancia y diversiones.

Lo anterior apunta a concebir el dinero como algo íntimamente ligado al buen tono. Se enfatiza su carácter instrumental, considerándosele herramienta indispensable para acceder al consumo conspicuo que otorga categoría de aristócrata. Esta connotación del dinero, medio necesario para la realización del buen tono, es algo que se repite en el material literario de la época. Sírvannos algunas citas, textuales a modo de ejemplo.

Se dice de un personaje que "... era hombre de su tiempo, que pretendía gozar, vivir al día, cuya ocupación principal iba a ser la conquista del dinero, por bien si se podía, por mal en caso contrario. Necesitaba mantenerse en posición y en rango de mucho gasto"[9]. Al referirse a otro personaje, su autor lo caracteriza de la manera siguiente: "... amor desatentado al dinero... apetito de lujo, ansia de goce..."[10]. En otras palabras, "la fortuna y su expresión el dinero, son los resortes principales de la sociedad moderna, en cuanto encarnan exterioridades de vanidad más importantes para los hombres que necesidades esenciales de la vida"[11].

Resulta igualmente significativo que todos aquellos personajes que la literatura presenta afanados en la obtención de dinero, finquen su interés por riqueza en las posibilidades de buen tono que ella entraña. Se trata, en todos los casos, de miembros de la oligarquía que, por diversas circunstancias, ven amenazado su estilo de vida aristocrático. Sus apetitos no son aquellos del lucro. Su avidez, por el contrario, apunta a mantener o a recuperar todo aquello que es signo de buen tono, todo aquello que da impronta de aristócrata, que refleja la imagen del caballero refinado y distinguido. Si persiguen el dinero es por las posibilidades

---

9 Orrego, *Casa...op. cit.*

10 Orrego, *En familia, op. cit.*

11 Orrego, *Casa..., op. cit.*

de consumo que permite. De allí que su búsqueda no sea incesante ni progresiva. El ideal para ellos es ganar rápida y definitivamente una suma de dinero capaz de garantizarles una renta adecuada a las exigencias del buen tono. No hay razón para persistir en la búsqueda de dinero una vez consolidadas las apariencias de lo aristocrático[12].

Señalamos ya que el nexo entre el dinero y el buen tono es recurrente. Cabe preguntarse ahora, ¿por qué la oligarquía asocia ambos elementos? A primera vista la respuesta parecería obvia. El consumo conspicuo requiere necesariamente del dinero. Lo que no es igualmente evidente es que el dinero se perciba fundamentalmente destinado a las exigencias del buen tono. El consumo suntuario podría realizarse sin exclusión de otras colocaciones para el dinero. ¿Por qué el buen tono aparece, sin embargo, como la finalidad casi exclusiva del dinero? Deben haber condiciones particulares que expliquen esta singular utilización del dinero. Para dilucidar esta interrogante conviene traer nuevamente a colación ciertas características de la organización social de la época.

1. DINERO Y DOMINACION

Como ya viéramos, la dominación oligárquica descansa fundamentalmente en la propiedad de la tierra. Desde el punto de vista de las relaciones sociales este orden de cosas se encarna en el vínculo patrón-inquilino. Las características de la dominación hacen que la oligarquía usufructe de la producción agrícola en calidad de rentista. De allí su condición de clase ociosa. Esta producción es, sin embargo, de un monto tal que permite ingresos más bien modestos. Pero sucede que desde fines del siglo pasado existe el enclave salitrero. La oligarquía, gracias a su control del Estado, logra entonces un nuevo título de rentista, a saber, rentista de la producción de salitre. Y la producción salitrera sí que arroja pingües ganancias, permitiendo su transformación en una clase ociosa opulenta. Si bien la tasa del impuesto que grava la exportación

12 La búsqueda del dinero asociada al buen tono cobra vida en personajes como Antonio Fernández, de *Un idilio nuevo* (l. Orrego Luco); Ángel Heredia, de *Casa Grande* (L. Orrego Luco); Willy Irigoyen, de *Cuando mi tierra fue moza* (Iris); Don Manuel, de *Perdices en el desierto* (B. Vicuña Subercaseaux).

de salitre es relativamente baja, la magnitud de las exportaciones hace que el Estado perciba ingresos cuantiosos. Esto en circunstancias que la oligarquía, parafraseando a Luis XIV, puede decir "el Estado soy yo".

Ahora bien, nos interesa destacar lo siguiente. La riqueza que convierte a la oligarquía en clase opulenta se genera al margen de sus actividades e inquietudes productivas. El enclave, como su nombre lo indica, es de propiedad y de administración extranjeras. Si la oligarquía obtiene un beneficio parcial de esta riqueza, es única y exclusivamente en virtud del control ejercido sobre el Estado. Como Estado y oligarquía se confunden a la época, queda en evidencia que es la instancia política la que acrecienta considerablemente el caudal de la oligarquía. Por consiguiente, la mantención de esta fuente de ingresos está supeditada a la capacidad de la oligarquía de reproducir las condiciones sociales de su dominación. El dinero que logra a través de su control del Estado no puede entonces destinarlo a fines que contravengan los fundamentos mismos de su dominación. Así, la oligarquía no puede negar su condición de clase ociosa en la medida que esta situación sintetiza las relaciones sociales sobre las cuales descansa su poder. Si destinase el dinero procedente del enclave a la acumulación reproductiva, atentaría contra el orden establecido. Una finalidad productiva para este patrimonio alteraría las relaciones inveteradas de su dominación.

La oligarquía no dejaría solamente de ser una clase ociosa, sino que para dejar de serlo tendría que modificar el vínculo tradicional patrón-inquilino, destruyendo con ello lo medular de su poder. Correría de esta suerte una aventura cuyos resultados no podría prever en lo que atañe a la estabilidad de su hegemonía. Vemos de este modo cómo el dinero que procede de la dominación tiene su destino igualmente determinado por ella.

Pero hay más. El dinero en pos del buen tono no sólo es acorde a las condiciones de la dominación, sino que contribuye también a reproducirlas. Hemos visto que la oligarquía valoriza su propia dominación en términos de superioridad moral. Esta supuesta virtuosidad corresponde a la idea con que se representa su situación de poder. Proyectando esta

conciencia de superioridad sobre el medio social, la oligarquía se legitima a sí misma. Hemos visto también que esta imagen de excelencia se exterioriza en la actividad del buen tono. El ceremonial y el consumo mundanos se perciben como signos de lo aristocrático y ello no es otra cosa que un aspecto más de la superioridad que se arroga la oligarquía. Ahora bien, desde el momento que el dinero se subordina al buen tono, constituyese en el medio indispensable para realizar no sólo la actividad mundana, sino también lo aristocrático que ella simboliza. Al constituirse en instrumento del buen tono, el dinero se recubre de la misma connotación de superioridad que aquél encarna. Pasa así a convertirse en un nuevo signo de las virtudes de la oligarquía.

Que el dinero aparezca a primera vista como un instrumento adecuado para el buen tono no debe llevarnos a concluir que él no tendría una finalidad en sí mismo. Sería falaz sostener que el dinero agota su significado en la mera calidad de vehículo para cumplir con las exigencias del rito mundano. Ocurre que el dinero tiene en sí todas las posibilidades imaginables tanto del consumo a la moda, como de la utilería mundana. Variarán las convenciones acerca de que se considera de buen tono, podrá tratarse de tal o cual estilo mobiliario, de esta u otra línea arquitectónica, de concurrir a tal lugar en vez de otro, todas y cualquiera de estas alternativas se resumen, sin embargo, en el dinero. Este es una suerte de abanico cuyo despliegue cubre las múltiples fantasías del buen tono. Puede entonces decirse que el dinero es la forma genérica del buen tono, que cual semilla entraña los innumerables rasgos que puede adoptar el ceremonial mundano. Al contener todas las posibilidades del buen tono encarna en sí mismo lo aristocrático, exterioriza de un golpe la idea de superioridad a la cual se asocia. De allí que el dinero se valorice no ya como un medio, sino como un fin en sí mismo. No hay nada mejor que él para traducir en concreto el sentimiento de aristocracia. Conviértese así en el signo aristocrático por excelencia.

Este significado del dinero deriva sin duda del valor que la oligarquía otorga a su propia dominación. El dinero es fruto, es resultado de esa dominación. En consecuencia, que la oligarquía vea en el dinero un reflejo de su ideal aristocrático, apunta simplemente a que está proyectando

sobre dicho aspecto de la realidad el valor que asigna a su situación social de privilegio, a saber, la superioridad moral. Prueba de ello es que para que el dinero se reconozca como signo de aristocracia debe adoptar la forma de rentas, en otras palabras, no puede aparecer como la consecuencia directa e inmediata de un trabajo productivo. Después de todo no es el dinero que ha hecho de la oligarquía una clase hegemónica. Las raíces de su dominación están en la propiedad de la tierra y en las relaciones sociales que allí rigen. Y hemos visto que esta forma de dominación se manifiesta no tanto en la riqueza, como en la relativa ociosidad de que goza la oligarquía. La situación de clase ociosa es la expresión más cabal de la dominación oligárquica. De suerte que la idea que forja la oligarquía acerca de su poder, debe apuntar necesariamente a esta situación básica. Dicho en términos muy simples, el sentido de su dominación se confunde con la valorización que haga de su situación de clase ociosa. La connotación de superioridad moral que atribuye a su ociosidad constituye el valor central que proyectará a todos los ámbitos de la realidad social. Es por esto que para que la oligarquía perciba el dinero como signo de aristocracia, de excelencia, éste no puede provenir de un trabajo productivo. Tal procedencia negaría la situación de clase ociosa, en la cual la oligarquía finca su conciencia de perfección.

Si el dinero hacia el novecientos fluyese sobre todo de las actividades productivas, otro seria, sin duda, su significado. De hecho, la expansión del sector exportador dio pie para que el dinero se asociase al mérito y al esfuerzo personales, percibiéndose más como una conquista que como el resultado de una situación de privilegio. Pero la crisis del sector exportador y la constitución del enclave trastocan esta experiencia. La posibilidad de dinero depende ahora fundamentalmente de las oportunidades de apropiación de las rentas fiscales. Y el usufructo de estas rentas está supeditado a los privilegios políticos de que goza cada cual. La calidad de miembro de la élite, las relaciones partidistas, los vínculos de parentesco con personajes de figuración política, son títulos para el acceso preferencial a la riqueza fiscal. El dinero lígase pues a privilegios en gran medida predeterminados. De más está decir que esta experiencia frustra la posibilidad de desarrollo de una ética del trabajo y de una imagen de superioridad social fincada en el logro individual.

Si la experiencia del sector exportador dio ciertos visos de realidad a la postulación burguesa del hombre, forjándose a sí mismo, esta creencia pierde asidero desde el momento que el dinero, signo de éxito y de superioridad, es fruto de una situación política que, dado el carácter oligárquico de la dominación, resulta absolutamente adscrita. El dinero ha dejado de ser fruto de una actividad novedosa, desvinculada de la hacienda y capaz de remitir a sus protagonistas al mundo de valores acuñado por la burguesía europea. El dinero revierte ahora el orden tradicional, en cuanto aparece, en gran medida, mediatizado por la instancia política de una dominación que continúa cimentada en la hacienda. Desvinculado de su reciente pasado productivo, el dinero pierde especificidad y pasa a ser un privilegio más de la oligarquía.

El tratamiento que recibe el personaje del nuevo rico en la literatura de la época arroja muchas luces para la comprensión de lo que venimos diciendo. Este personaje aparece curiosamente desvaído. Como personaje está ausente de la trama, figurando en ella su viuda e hijos. El narrador da cuenta brevemente sobre cómo el extinto amasó su fortuna, fruto, en general, de la actividad productiva o comercial de toda una vida. Los datos son escuetos: rubro de la actividad, lugar de desempeño, fortuna acumulada. De él nada se dice que pueda sonar a elogio, a presentarlo como alguien digno de ejemplo. Lleva siempre apellido extranjero: Smith, Schneider. Eso es todo. El hombre que se esforzó por acumular una fortuna cede el paso a su viuda e hijos. La trama los pinta en sus avatares por escalar el rango de aristócratas. Lo económico ha perdido relevancia para ellos: gozan de la seguridad y del ocio que les permiten sus cuantiosas rentas. Su ambición es ahora la de circular socialmente, la de incorporarse al gran mundo. Olvidan lo que hubo de actividad y de esfuerzo tras la fortuna heredada. No tratan de suceder al padre en sus afanes productivos ni de incrementar el patrimonio familiar. Lo acumulado basta para cubrir las necesidades del buen tono. Pero lo aristocrático tiene otras exigencias además del dinero. Requiere limpiar ese dinero de un origen productivo o comercial tan inmediato. Si pudiera decirse así, es necesario borrar ese pecado original que es el trabajo productivo. Hay que poner distancia, ojalá de

varias generaciones, entre las rentas y el esfuerzo de formación y acumulación de capital que les dio origen. En consecuencia, los herederos del nuevo rico no sólo olvidan su historia de hombre de empresa, sino que terminan negando su verdadera identidad económica y social. Lo despojan de sus cualidades más propias, a saber, aquellas que hicieron de él un tenaz productor y acumulador de riqueza, revistiéndolo, en cambio, de virtudes de gentilhombre que el buen señor nunca tuvo. Tal mistificación llega al extremo de suplantar los antepasados del extinto, modestos trabajadores, por señores de abolengo que habrían ido decayendo. La literatura nos pinta así a una familia que trepara a la aristocracia mediante los millones acumulados por el padre. En la mansión familiar cuelgan hermosos retratos de nobles antepasados. Fueron comprados en el remate de un caballero tronado en la Bolsa. La familia ha llegado a convencerse, sin embargo, que se trata de los abuelos, sepultando en el olvido a la pareja de oscuros inmigrantes y trabajadores de la cual desciende[13]. Esto, que es una caricatura, apunta a algo que conviene reiterar. La valorización del dinero en términos de aristocracia exige disociarlo de la actividad productiva.

2. MENTALIDAD ECONÓMICA DE LA OLIGARQUÍA

La procedencia, el destino y la valorización del dinero, marcan el mundo de significados económicos de la época. Que una parte considerable del dinero provenga de la instancia política, que se consuma en la vida mundana y, por último, que se le consagre como símbolo de lo aristocrático, da su impronta al sentido que la oligarquía le confiere a los demás elementos de la vida económica.

Hemos visto ya que la oligarquía desvaloriza el trabajo en general y, en particular, el trabajo remunerado. En este último ve una suerte de estigma propio de las clases inferiores. Trabajar por la necesidad de un sueldo o de un salario, contradice la esencia misma de la identidad oligárquica. Cabe preguntarse, sin embargo, si esta visión se limita o no al trabajo remunerado, es decir, a aquellas actividades que implican

---

13 Iris, *Tomo III, op. cit.*

la subordinación al poder de decisión de un tercero. ¿Qué sucede en el caso de las actividades empresariales? ¿Cómo se percibe la condición de organizador de un proceso productivo o de un movimiento comercial? ¿La calidad de empresario está también teñida de la connotación peyorativa que recibe el trabajo en general?

La literatura omite cualquier referencia explicita a tareas o intereses de esa índole. Cuando se trata de algún personaje opulento se le pinta con una sola cara, la de consumidor insaciable. Su fortuna es un dato dado sobre cuyos orígenes no cabe indagar. No interesan tampoco sus posibles preocupaciones acerca de cómo mantener o acrecentar dicha fortuna. Si se acota su caudal es por el sello aristocrático que entraña. De allí que el énfasis se ponga en sus actividades de buen tono, prescindiendo de las actividades económicas que las sustentan. Se deja constancia, eso sí, de su calidad de hacendado. Pero aquí nuevamente no interesan las connotaciones económicas que podría tener dicha condición. Si se consigna la calidad de terrateniente es porque ella rubrica lo aristocrático del personaje. Si pudiera decirse así, la propiedad de la tierra afirma categóricamente la condición de clase ociosa y, en consecuencia, los valores aristocráticos con que se representa dicha condición. Cuando se trata de personajes en decadencia se bosquejan dos alternativas. Algunos se resignan a su suerte, vegetando en algún empleo público o confinándose en algún fundo. Otros, como viéramos ya, luchan por recuperar su situación de aristócrata, buscando el matrimonio por conveniencia o tentando suerte en especulaciones y juegos. Para ellos no constituye una alternativa el hacerse un lugar en la producción o el comercio. Por el contrario, vimos ya que cuando dicha alternativa aparece como la única posible, se la toma como un sacrificio. Tales actividades implican poner en paréntesis la realización de lo aristocrático. Hay que sacrificarse el tiempo necesario para conseguir un cierto capital, podrá luego abandonarse la actividad y recién entonces se habrá reconquistado la situación de aristócrata. Finalmente, acabamos de ver la caracterización que se hace del nuevo rico. Bástenos recordar cómo se niega la importancia de su afán empresarial y cómo su descendencia se impone la tarea de aristocratizar la fortuna acumulada, en otras palabras, de depurar al dinero de su pasado productivo o comercial.

El caso omiso que se hace de las tareas empresariales, tanto productivas como comerciales, se observa también en el recuento que, con ocasión de las efemérides nacionales, suele hacerse de aquellas actividades que se perciben como más significativas en el desarrollo de la nacionalidad. Así, por ejemplo, los diarios y revistas de la época entregan en sus ediciones de celebración del primer centenario de la Independencia, 18 de septiembre de 1910, bosquejos acerca de la evolución en el país de la arquitectura, la literatura, la pintura, la educación, la Iglesia, etc. Llama la atención que en ningún caso se reseñe la suerte que ha corrido la producción agrícola, la industria nacional, la actividad comercial. Si se revisan las editoriales de prensa del 18 de septiembre de 1910, se observa además que todas ellas reconocen y elogian un progreso definido exclusivamente en términos de la estabilidad de las instituciones políticas del país. He allí la obra que se exhibe con orgullo, haciendo caso omiso del progreso material y, más aun, de las actividades empresariales que lo sustentarían.

Lo dicho hasta ahora plantea la pregunta siguiente: ¿Por qué la oligarquía tiende a ignorar la actividad empresarial? Su silencio, ¿apunta simplemente a la consideración de esta actividad como irrelevante? Esta omisión, ¿encubre acaso una connotación peyorativa de la labor empresarial? Si bien la literatura no hace referencias explícitas y directas sobre esta materia, ofrece signos suficientes como para concluir que si se hace caso omiso de la actividad empresarial es porque ella aparece reñida con el ideal aristocrático. Bástenos recordar una vez más al nuevo rico que debe hacerse perdonar el origen de su fortuna, transformándose para ello de empresario en rentista. Traigamos también a la memoria a quien lucha por mantener su posición de aristócrata. Se nos presenta a la caza de mujer rica, entregado a toda suerte de especulaciones y juegos financieros y evitando siempre la alternativa empresarial. Todo esto apunta a que el sentido peyorativo que recibe el trabajo en general se proyecta también sobre la actividad empresarial.

Es cierto que el desprecio hacia la condición de empresario industrial o comercial no tiene la intensidad del desprecio hacia el trabajador remunerado. Después de todo la actividad empresarial entraña la posibilidad

del dinero y, en consecuencia, de lo aristocrático. Si se logra prosperar como empresario, llegará el momento en que se habrá consolidado un capital suficiente como para transformarlo en rentas y para prescindir del esfuerzo constante de producirlo. El empresario podrá entonces abandonar su actividad industrial o comercial o añadir a ella la nueva condición de hacendado o financista. En ambos casos alcanzaría la situación de rentista y gozaría del tiempo y del dinero necesarios para circular en el mundo del buen tono. Es decir, llega un momento en que el dinero puede disociarse de la actividad industrial o comercial que le dio origen. Que esto ocurra es esencial para la realización de lo aristocrático. Tanto es así que, si un empresario opta por mantenerse firme en su afán productivo o comercial y busca la ampliación sostenida de su empresa, difícilmente logrará sello aristocrático. El progreso constante de su empresa le significará un esfuerzo permanente de organización, de cálculo, de innovación. Sus necesidades de reinversión le fijarán un límite a sus posibilidades de derroche, así como su dedicación empresarial lo fija con respecto a sus disponibilidades de tiempo. Podrá llegar un momento en que sus ganancias sean tales que le permitan un consumo conspicuo sin desmedro de sus exigencias de reinversión. Pero dicho consumo tendrá sólo las apariencias del buen tono. Estará marcado por la procedencia productiva o comercial del dinero, por la actividad que desarrolla su poseedor. No podrá, en consecuencia, alcanzar valor aristocrático.

Un autor de la época nos presenta un personaje, esta vez histórico, que corresponde precisamente a lo dicho anteriormente. Se trata de un inmigrante alemán cuyo nombre el cronista mantiene anónimo. Llegado a Chile con un pequeño capital, unos veinte mil pesos de la época, al cabo de cinco años posee ya cinco millones. Casi nadie le conoce fuera de algunos industriales y de sus obreros. Se ha dedicado a la compra y venta de chatarra y fierro. Compra, parte, divide y expide, ganando el ciento por ciento. Vive en un chalet construido por él en los arrabales, rodeado de galpones atiborrados de ferralla de toda descripción. No le da por la elegancia, ni por las carreras, ni por los lugares distinguidos. Su tesón está al servicio de la ampliación creciente de su empresa. Su

finalidad es la capitalización. De allí sus hábitos de austeridad y de ahorro. Si pudiera así decirse, pasa gran parte del día al pie del cañón, es decir, entregado a la organización, administración y fiscalización de su empresa. Está de más decir que este hombre no "circula socialmente". Resulta absolutamente ajeno y contradictorio al ideal aristocrático. De allí que, pese a su fortuna, no exista prácticamente a los ojos de la oligarquía. Definitivamente no es uno de ellos[14].

Hasta aquí hemos intentado arrojar luz sobre el significado que cobran las actividades empresariales. Ahora bien, ¿qué sucede si nos desplazamos de nivel y nos ubicamos frente a la producción, no ya desde el punto de vista de las actividades empresariales que supone, sino que desde el punto de vista de la división social del trabajo? ¿Qué lugar le asigna la oligarquía a la producción en la organización económica de la época? ¿Qué sentido encuentra en los programas de acción política de la oligarquía?

El debate político resulta revelador acerca del lugar que ocupan la producción, en general, y la industria, en particular, en el proyecto político de la oligarquía. La revisión de las convenciones partidistas celebradas entre 1891 y 1920, permite sacar la conclusión siguiente[15]. El tema del fomento de la industria nacional está presente en todos los partidos políticos en que se expresa la oligarquía. Que los "países jóvenes" deberían industrializarse es una opinión bastante generalizada y que, a nivel programático, se traduce en enunciados de corte proteccionista. Ello no significa que la oligarquía haya abandonado su profesión de fe en la doctrina económica liberal. Muy por el contrario, es un lugar común de la época afirmar que "el camino más corto para el libre cambismo es el proteccionismo". No es del caso entrar aquí en mayores digresiones. Bástenos acotar lo siguiente.

---

14 Joaquín Edwards Bello, *Crónica del Centenario,* Empresa Zlg-Zag, Santiago, 1968

15 Una descripción detallada del contenido de las convenciones partidistas de la época se encuentra en la publicación de los autores sobre *Las ideologías de la clase dominante: Chile 1891 - 1925,* FLACSO, 1972 (mimeo).

En primer lugar, el tema de la producción, en general, y de la industrialización, en particular, no es lo que acapara la atención de los asambleístas de la época. Por el contrario, ocupa un lugar secundario y, en relación a otros temas, recibe escasísima atención. En segundo lugar, estos tópicos no sólo reciben una atención residual, sino que tampoco suscitan discusión.

La asamblea designa un relator quien expone brevemente ciertas ideas sobre la industrialización y termina proponiendo un conjunto de medidas programáticas. Su exposición no despierta polémica y sus conclusiones se aprueban sin que medie un debate que sume nuevos puntos de vista o ahonde en lo expuesto. Por último, las ideas vertidas sobre la industrialización son muy generales e imprecisas. A nivel programático lo más frecuente es encontrarse con declaraciones del tipo: debe fomentarse la industria nacional mediante leyes de protección. El tema de la industrialización no se verbaliza como un proyecto social que exigiría evaluar las posibilidades del país, así como las consecuencias que acarrearía. Tampoco se entregan opiniones que fluyan de un diagnóstico de la realidad económica nacional. Por el contrario, ciertos hechos apuntan a que lo poco que se dice sobre estas materias no va más allá de lo puramente retórico. Resaltan en este sentido tanto la repetición sistemática de las mismas ideas y resoluciones, como su absoluta falta de traducción práctica. El Manifiesto Electoral del Partido Liberal de 1896 suscribe, por ejemplo, la necesidad de la "revisión del régimen aduanero, otorgándole a éste un carácter tal que no permita la competencia desleal de la industria extranjera frente a la naciente industria nacional". Veintidós años después, es decir en 1918, la Convención del Partido Conservador incluye en sus resoluciones el "fomento de las industrias nacionales por medio de leyes de protección". Estas consignas se reiteran de convención en convención y de partido a partido por aproximadamente veinte años. No obstante, en este periodo no se registran iniciativas que signifiquen un real fomento y protección de la industria nacional. El discurso político de la oligarquía siempre hace mención a dicho fomento. Esta preocupación, sin embargo, no se en-

carna en sus decisiones ni en su acción política[16]. En resumen, el debate político manifiesta la escasa relevancia que se otorga a la producción y a la industria. Quienes integran la élite política de la época muestran una marcada indiferencia respecto de estas materias. La industria no se percibe como un elemento importante de la organización económica. De allí que, pese a las reiteradas manifestaciones de preocupación por estos asuntos, no se decida ni se actúe en consecuencia.

La irrelevancia acordada a la actividad productiva determina que tanto el ahorro con miras a la capitalización, como el uso de la técnica, aparezcan igualmente insignificantes. Después de todo, ambos están absolutamente supeditados a la valorización y al auge de la labor productiva. Cabe simplemente acotar que, a la luz del material simbólico de la época, la tecnología se muestra carente de significado. En lo que atañe al ahorro, la valorización del derroche que conlleva la actividad del buen tono, descalifica la austeridad en el consumo como vía de acumulación.

El ideal aristocrático tolerará al avaro, pero nunca a quienes como nuestro buen inmigrante alemán sacrifican el consumo en aras de la inversión reproductiva. No es en la transformación del dinero en más dinero donde éste adquiere cariz aristocrático. Muy por el contrario, el colmo de lo aristocrático lo encarnará alguien de quien pueda decirse lo que se dijo en Madrid, del duque de Osuna: tierras, casas, bonos, coches, caballos, joyas, todo lo había derrochado, menos su alma al diablo.

---

[16] El Partido Nacional constituye la excepción. La industrialización fue precisamente el leit motiv de su única convención celebrada en 1910. Llama la atención no sólo el énfasis puesto en esta materia, sino también, el pragmatismo con que se la aborda. El debate fluye de un diagnóstico de la situación de la economía nacional, planteándose la industrialización como una alternativa viable y eficaz de desarrollo: "El progreso se asegura impulsando las industrias y protegiendo el comercio". La asamblea se preocupa principalmente de justificar este aserto, así como de tender las líneas de acción adecuadas al fomento de una industria nacional. EI gran defensor de la tesis de la industrialización es Francisco Antonio Encina. Este ampliará los puntos de vista vertidos entonces en su libro *Nuestra inferioridad económica* (1911), obra que corresponde, sin duda, al primer diagnóstico del subdesarrollo chileno. En todo caso, las ideas del Partido Nacional son las de un grupo de intelectuales y de hombres de negocios de mentalidad marcadamente capitalista, pero que no encuentran eco ni influyen mayormente sobre el grueso de la oligarquía.

Un nuevo aspecto que cabe considerar es el de las relaciones laborales. La literatura no abunda en elementos de juicio sobre esta materia. Las contadas referencias apuntan sólo a las relaciones entre patrón e inquilino. Esta omisión es en sí misma significativa. Hemos visto ya cómo la actividad del buen tono trae consigo la desaparición del otro a los ojos de la oligarquía. Cuando tratemos del dinero y la identidad social, veremos que la valorización aristocrática del dinero implica algo similar. Pero nuestro interés se centra ahora en el significado que cobran las relaciones laborales cuando son percibidas. Y que esta percepción sea tenue, muchas veces esfumada, no es razón para no abordar el tema.

La novela nos entrega un pasaje que hace patente el significado que recibe la remuneración, contribuyendo así a esclarecer el sentido de las relaciones laborales. Se trata de la carta con que el patrón acompaña el primer salario que paga a una joven, hija de antiguos inquilinos, y empleada ahora en su servicio doméstico. " Te envío lo tuyo, lo que te pertenece. Tus padres fueron fieles servidores y gracias a su abnegación poseo estas tierras. Tú sigues sus pasos; recibe este dinero como una prueba de cariño y como devolución de lo mucho que mi familia debe a los Ulloa"[17].

La remuneración exterioriza aquí una relación que poco o nada tiene de mercantil. Lo que se valoriza y remunera es el vínculo de leal servidumbre que ha existido tradicionalmente entre inquilino y patrón. Ambos no concurren libremente al mercado para pactar allí la compra y venta de fuerza laboral. Tras ellos pesa una dinastía de patrones y una dinastía de inquilinos, un deber ser ancestral que impone a unos y otros derechos y obligaciones. "Tus padres fueron fíeles servidores... Tú sigues sus pasos; recibe este dinero... como devolución de lo mucho que mi familia debe a los Ulloa". La remuneración aparece entonces como urdida en el pasado, como la expresión genérica del vínculo ya legendario entre patrones a inquilinos. Si el trabajador se hace acreedor de una remuneración es por su condición de servidor. Y lo sustantivo de esta condición no es tanto la capacidad de trabajo, medida en du-

---

17 M. L. Fernández, *op. cit.*

ración y calidad, como la fidelidad a la persona del patrón. He aquí lo que debe retribuirse. Si el patrón paga, sea en dinero o en especies, es porque la sumisión del trabajador lo obliga a asumir la dependencia de este último de su persona.

Este significado para la remuneración encuentra su razón de ser en la valorización que la oligarquía hace de su propia dominación. Ella proyecta sobre la remuneración la idea de superioridad moral de que está imbuida. Remunerar equivale a proveer la subsistencia de quienes por su naturaleza embrionaria y primitiva requieren de protección. Remunerar cobra entonces el sentido de actuar un papel providencial frente a los sectores desvalidos. Conviértese así en otro acto más de los que permiten exteriorizar el sentimiento de excelencia de la oligarquía. De allí que la remuneración no aparezca como una obligación, sino más bien como algo que se otorga, como el don que dispensa el padre a quienes saben portarse como buenos hijos. No se ve la necesidad que hay en la relación laboral, ignorase la relación de intercambio que ella implica. La conciencia oligárquica transforma esta relación en una relación de índole sobre todo moral: es desde su bondad que es capaz de ver y de proveer las necesidades de sus inferiores. Su gesto entraña la gratuidad propia de aquellos cuya perfección les hace bastarse a sí mismos. No hay más obligación que la de su propia magnanimidad, si asisten al necesitado es por vocación de superioridad. Por eso exigen gratitud y lealtad. Es esta valorización la que nos explica la fuerte connotación afectiva con que se perciben las relaciones laborales... "Recibe este dinero como una prueba de cariño". He aquí lo esencial de la actitud paternalista.

Cabe reiterar que este significado de las relaciones laborales apunta explícitamente a las relaciones entre patrón e inquilino. Carecemos de la información que nos permitiría concluir si el mismo se proyecta o no a las relaciones en el ámbito urbano, en particular, a las relaciones con obreros industriales. En todo caso, la valorización que la oligarquía hace de su propia dominación es algo tan central en el mundo de significados de la época, que no creemos aventurado suponer que la connotación paternalista marca con su sello al conjunto de las relaciones laborales. Y conviene subrayar que ello implica conferirle a estas últimas un cariz

tal, que sus aspectos propiamente mercantiles, por ejemplo, precio, valor de uso, rendimiento, tienden a perder relevancia.

Ahora bien, todo lo dicho hasta aquí configura lo que podríamos llamar la mentalidad económica de la oligarquía. Los rasgos más esenciales de esta mentalidad serían la valorización aristocrática del dinero; el desprecio por las actividades empresariales, tanto productivas como comerciales; la irrelevancia acordada a la producción, en general, y a la industria, en particular, en la organización del trabajo social; el caso omiso que se hace de la ciencia y de la tecnología; la valorización del derroche y del consumo conspicuo; la connotación paternalista que tiñe las relaciones laborales cuando ellas son percibidas.

Esta mentalidad se aviene bien con las prácticas económicas de la época. Y para reseñar estas últimas nada mejor que preguntarse: ¿qué hacen los miembros de la oligarquía cuando deciden ganar más dinero?

La escalada hacia la riqueza está prácticamente asegurada si se tiene el camino expedito para acceder al crédito bancario o si se es alguien que cuente con información para actuar sagazmente en el juego de la Bolsa.

El crédito bancario equivale a gozar de una fuente de ingreso adicional. La piedra angular en pro del enriquecimiento oligárquico es el régimen de papel moneda a cambios bajos y variables. Sólo la depreciación del peso puede salvar a los deudores. Estabilizar el circulante equivalía a atentar contra las posibilidades del lucro. El crédito es un privilegio que conquista para sí un sector de la oligarquía y para hacer efectivo este privilegio recurre a su influencia en la política monetaria. Las sucesivas emisiones y devaluaciones explican la paradoja que el deudor sea un hombre afortunado.

La oligarquía está, hacia el novecientos, fuerte y permanentemente endeudada. Mientras que a nivel del país no se registra una capitalización acorde a los otorgamientos de crédito. La liquidez del dinero bancario no puede menos que sorprender. La tasa de créditos otorgados sube a un ritmo de casi un 10% anual y esta alza no puede ligarse a una expansión

de las actividades productivas, ya que es de sobra conocido que hacia esa fecha éstas experimentan un estancamiento considerable.

Los criterios de asignación del crédito refuerzan lo anterior. Para los préstamos no se exigían mayores garantías, ni menos un aval. La solvencia reconocida del solicitante basta para la concesión.

La actividad especulativa ofrece mayores posibilidades y a más corto plazo. El corredor de la Bolsa es una pieza clave para esta alternativa. En ella el oligarca se volcará a suscribir acciones de sociedades anónimas de reciente formación y que gozan del patrocinio de personas de conocido buen nombre y prestigio. La solvencia de los patrocinadores hará que sean muchos los que se apresuren a colocar sus dineros en ellas. A poco andar se conocerá la verdad del negocio y la cotización bursátil se vendrá por los suelos. Obviamente, cuando eso ocurre sus primitivos suscriptores se habrán deshecho ya de sus haberes, obteniendo en la transacción suculentos premios. Serán otros los que afrontarán las pérdidas.

La especulación desenfrenada caracteriza los inicios del siglo. Muchos autores consignan este hecho. Los años críticos en esta materia son 1904, 1905 y 1906. A modo de ejemplo podemos entregar el dato siguiente: de 32 sociedades salitreras organizadas en ese período, hacia 1908, sólo dos se cotizan con premio; 5 se mantienen a la par y los 25 restantes se transan con descuentos de hasta un 95%. La tónica es crear sociedades anónimas para la explotación de rubros inexistentes, dotadas de capitales fantasmas, para posibilitar el traspaso del dinero de manos de muchos a manos de unos pocos.

Esta actividad no recibe sanción negativa alguna. Más aún, parece ser merecedora de estímulos. Conocidos pagadores de la Bolsa llegaron a ocupar los más altos cargos del país. De uno de nuestros Presidentes de la República, un ensayista dice: “No se le conocían más vicios que el juego de la política y de la Bolsa”.

Lo novedoso del momento es que el enriquecerse no requiere de horarios rígidos ni menos de esfuerzos sostenidos, regulares o programados. Por

el contrario, bajo ciertas circunstancias un momento basta para lograr una gran ganancia.

Las fórmulas empleadas para aumentar la fortuna son relativamente simples y no requieren de conocimientos o técnicas avanzadas. Basta gozar de una posición social descollante y llevar a cabo ciertas acciones económicas cuyo éxito está garantido por la propia capacidad de conducir al Estado y a los demás relativamente a su antojo[18].

3. CONSECUENCIAS SOCIALES DE LA ARISTOCRAZACION DEL DINERO

Hemos visto que la situación de clase ociosa es una situación ya tradicional para la oligarquía. No puede decirse lo mismo de la situación de opulencia de que goza la oligarquía del novecientos. Esta situación es reciente, pudiendo distinguirse en su génesis dos momentos sucesivos: en primer lugar, y desde la década del 30 hasta aproximadamente 1880, está el desarrollo de las exportaciones mineras y agrícolas por parte de los productores nacionales; luego, y a partir de 1880, está la riqueza proveniente del enclave salitrero. Puede entonces afirmarse que el dinero en cantidad es algo novedoso para la oligarquía.

Ahora bien, dadas las condiciones del mercado internacional que frustraron definitivamente las posibilidades de exportación de los productores nacionales, hacia fines del siglo pasado queda en pie sólo el enclave como fuente de riqueza. La relevancia que cobra entonces la instancia política como medio de apropiarse de una parte de las riquezas generadas por el enclave, implica que el dinero, tanto en su destino, como en su valorización, quede subordinado a las condiciones generales de la dominación oligárquica. De allí que el dinero, pese a su reciente

---

18 Las ventajas que conlleva la política monetaria como instrumento del lucro personal, están claramente expuestas en la obra de Agustín Ross. Con respecto a la fiebre especulativa la obra de Julio Zegers entrega amplia información (consultar apéndice bibliográfico). La novela de la época predica estas mismas pautas de comportamiento para el oligarca que desee hacerse rico. Es el caso, por ejemplo, de Ángel Heredia de *Casa Grande* y de Willy Irigoyen de *Alborada*

irrupción en la vida nacional, no signifique una solución de continuidad. Muy por el contrario, el dinero logra integrarse tanto a la organización tradicional de la dominación, como a la conciencia oligárquica de la época. Su utilización en las actividades y el consumo de buen tono, así como el valor aristocrático que se le confiere, nos hablan precisamente de esta integración. Podemos sostener, en consecuencia, que el dinero viene a reafirmar tanto la situación de clase ociosa heredada del pasado, como la representación aristocrática que la oligarquía ha construido de su dominación.

Pero, ¿esta integración del dinero al estado de cosas tradicional es tan perfecta como para no entrañar ninguna contradicción o ambigüedad? El dinero, ¿no tiene acaso ningún efecto distorsionador? De la yuxtaposición del dinero a los elementos tradicionales, ¿surge acaso un todo absolutamente armónico?

La hacienda configuró tradicionalmente una oligarquía muy homogénea. Bastaba la calidad de propietario de la tierra para compartir el privilegio de ser miembro de una clase relativamente ociosa. Por otra parte, la estrechez del mercado determinaba que se explotase un mínimo de la superficie disponible. De allí que los niveles de renta fuesen modestos y se dieran con bastante independencia del tamaño de la hacienda. Si pudiera así decirse, el tener más o menos tierra no hacía gran diferencia en cuanto al ingreso. La modestia económica era entonces un denominador común[19]. De suerte que el gran privilegio no fue tanto el dinero,

---

19 De esta modestia económica dan testimonio las casas y el mobiliario de la época. Trátese de la ciudad o del campo, las casas eran de adobes, los muros blanqueados y sin más ornamentación que algún estuco y las rejas de hierro labrado. La cerradura en vez de la tranca en la puerta, el brasero de plata en vez del de cobre, la alfombra de llana en vez de la estera, constituían signos de opulencia. En este sentido cabe recordar la anécdota siguiente. Ramón Subercaseaux Vicuña, miembro conspicuo de la oligarquía, hace memoria de que su familia se muda en 1858 a una casa recién construida y cuya arquitectura y distribución parecían entonces como una novedad de lujo. Es tal el revuelo que despierta en Santiago el embaldosado de mármol de los patios y el decorado de los salones hecho por un pintor francés, que Subercaseaux, entonces un niño, cuenta cómo en el colegio los demás le informan que de su casa se dice que las tejas son unas de oro y otras de plata (R. Subercaseaux V., *Memorias de ochenta años*, Tomo I. Ed. Nascimento. 2ª edición, Sgto.,1936

que era más bien escaso, como la situación de clase ociosa. Es por eso que el ocio se cubre de la connotación de superioridad con que la oligarquía se representa su dominación. El sentimiento de superioridad ligase entonces a una calidad que comparten todos los miembros de la oligarquía por igual. Resulta difícil, sino imposible, encontrar una expresión cuantitativa para el ocio de que goza la oligarquía, un más o menos que viniese a discriminar entre sus miembros. El ocio de la oligarquía no corresponde a más o menos tiempo libre. Equivale a la exoneración del trabajo productivo y en estos términos se disfruta o no se disfruta de ocio. No hay entonces otra alternativa de establecer un ordenamiento entre los individuos, que aquella que distingue entre clase ociosa y clase trabajadora. Así, desde el momento que el ocio se percibe como el signo irrefutable de excelencia, todos los miembros de la oligarquía son iguales.

Pero, ¿sucede lo mismo en el caso del dinero? El dinero es expresión de la riqueza material. Sea como moneda, sea como precio de los bienes que se posee, el dinero es siempre un asunto de cantidad. Se tiene tanto dinero y es posible establecer un más o menos entre sus poseedores. No es sólo cuestión de distinguir entre ricos y pobres, cabe igualmente introducir un orden entre más o menos acaudalados y definir incluso cuánto más opulento es uno que otro. Esta propiedad del dinero se proyecta, sin duda, sobre la valorización que se hace de él. Así, desde el momento que el dinero pasa a encarnar lo aristocrático, habrá dentro de la oligarquía algunos miembros más aristocráticos que otros según el peculio de que dispongan. Si se considera además que es en la actividad y el consumo de buen tono donde se consagra la aristocratización del dinero, queda en claro que la cantidad de este último confiere a unos más que a otros el título de aristócratas. Para los más afortunados, el buen tono será el quehacer cotidiano, encarnando así el ideal aristocrático. Para los demás, la cantidad de dinero disponible constituirá un obstáculo a la realización plena de la vida mundana. Para los más modestos el buen tono será algo ocasional, limitado incluso a la celebración de ciertas ceremonias, tales como matrimonios, aniversarios y los estrenos en sociedad de las niñas de la casa en el baile de alguna muchacha más rica.

La entronización del dinero rompe, en cierta medida, la homogeneidad tradicional de la oligarquía. El dinero irrumpe en ese todo más o menos indiferenciado que era hasta entonces la oligarquía, arrogándole a los más opulentos la encarnación del ideal aristocrático y condenando a los más modestos a una situación muy ambigua. El dinero no sólo viene a distorsionar las relaciones de antaño en el seno de la oligarquía, sino que también introduce una cierta ambivalencia en los significados más centrales de la época. Por una parte, la aristocratización del dinero reafirma la valorización tradicional del ocio. El caso del nuevo rico, obligado a convertirse en rentista y a olvidar su pasado productivo, rubrica precisamente la idea que se ha forjado del ocio en tanto la condición necesaria para la expresión de lo aristocrático. En este sentido el dinero aparece como un elemento accesorio que pone, pero no quita al ocio su carácter de signo esencial de superioridad. Por otra parte, la misma aristocratización del dinero tiende a negar la suficiencia del ocio en la expresión de tal superioridad. Desde el momento que el dinero se cubre también de la connotación de excelencia, la mera calidad de miembro de la clase ociosa no basta ya para exteriorizar lo aristocrático. Esta calidad puede corresponder a una situación de modestia económica incapaz de satisfacer los requisitos del buen tono. Se puede ser hacendado y percibir, sin embargo, una renta de magnitud tal como para no poder traspasar los umbrales del viejo modo de vida patriarcal y acceder al nuevo estilo mundano. ¿En qué medida se es o no entonces aristocrático? Si trazamos un paralelo entre el nuevo rico y el sujeto decadente, debemos concluir que parece más fácil conquistar desde el dinero la situación de ocio, que transformar en holgada una situación de ocio modesta. Recordemos aquí que muchos de los personajes decadentes que nos pinta la literatura, deben resignarse a vegetar en sus campos o a conseguir en la ciudad algún empleo público. Es decir, la falta de dinero condenaría, en el mejor de los casos, al ostracismo de la vida mundana, y en el peor, a la pérdida incluso de la condición de clase ociosa. Vemos, en consecuencia, que la aristocratización del dinero, si bien reafirma la necesidad del ocio, tiende a relativizar considerablemente su suficiencia en la manifestación del sentimiento de superioridad que anima a la oligarquía.

Frente a lo dicho hasta aquí podría argüirse lo siguiente. Hacia el novecientos el dinero en cantidad proviene fundamentalmente del enclave. Es entonces el Estado quien percibe y controla esta riqueza. En la medida que éste es la expresión cabal de la oligarquía en cuanto clase dominante, podría pensarse que los recursos fiscales benefician a la oligarquía en su conjunto y que se distribuyen de manera lo suficientemente equitativa como para no discriminar marcadamente entre sus miembros.

Es cierto que la oligarquía disfruta como un todo de la parte de las riquezas del salitre que cubre los gastos de administración de su dominación. Pero, ¿sucede igual cosa con el remanente que queda una vez financiado el aparato de Estado? Si bien la irrupción del dinero es algo reciente, ello no quita que tenga una historia. Y es justamente esta historia la que determina que los dados de la fortuna se carguen más hacia ciertos sectores de la oligarquía en desmedro de otros.

No es del caso detallar lo que fue el desarrollo del sector exportador nacional, tanto minero como agrícola. Bástenos, por ahora, recordar que este desarrollo fue breve e inestable. No consolidó, por consiguiente, una clara diferenciación económica en el seno de la oligarquía; tampoco permitió una acumulación importante de capitales. Por el contrario, la crisis del sector exportador nacional significó la ruina para muchos, salvándose sobre todo quienes habían invertido en la compra de tierras y logrado así la condición tradicional de hacendado. Pero nuestro interés se centra ahora en lo siguiente. Este desarrollo dio pie para que surgieran en el país las instituciones financieras y comerciales. Hacia mediados del siglo pasado se crean los primeros bancos. Las instituciones bancarias proliferan desde entonces y a su función original de casas de cambio y de agentes comerciales, van agregando las funciones de emisión, de crédito y de depositaria de los dineros fiscales. No es del caso entrar aquí en detalles sobre el giro y el monto de sus operaciones. Tampoco interesa consignar las consecuencias que para ellas acarreó la crisis del sector exportador ni cómo hicieron para subsistir. Cabe, eso sí, subrayar que al momento de constituirse el enclave salitrero, la banca privada aparece como el medio institucionalizado que controla y administra la circulación del dinero en el país y que ejerce estas funciones en un

contexto de franco laissez-faire en lo que atañe a la posible ingerencia del Estado. Ahora bien, si se considera que el enclave implica abordar la tarea de cómo distribuir la parte de las riquezas del salitre retenida por el Estado, salta a la vista la importancia que cobran entonces las instituciones bancarias. Es suficiente señalar que en la distribución de los dineros fiscales tiene un papel capital la política monetaria, política que administra y, en gran parte define, precisamente la banca nacional. Es en la banca donde el Estado coloca los pagarés y letras del salitre; es a la banca a quien el Estado autoriza la emisión de papel moneda; es la banca quien controla el crédito nacional; es la banca quien tiene la experiencia y las vinculaciones comerciales para actuar como gestor del capital, tanto extranjero como nacional. Nadie como la banca está entonces en condiciones de montar toda suerte de especulaciones y de llevar así a su propio molino un considerable caudal. De allí que quienes controlan la actividad bancaria están en una situación de claro privilegio frente al resto de la oligarquía. Ellos, más que otros, sacan una buena tajada en el reparto de las rentas del salitre. Y esto ocurre en circunstancias que la banca es ya una actividad lo suficientemente cristalizada como para no estar abierta a la competencia ni a la incorporación de nuevos miembros. De hecho ya están constituidos lo que podríamos llamar los clanes financieros de la época.

Junto a lo anterior cabe consignar otro hecho histórico. Simultáneamente al desarrollo del sector exportador nacional, se desarrollan los partidos políticos. No corresponde entrar a discutir aquí la posible relación entre ambos acontecimientos. En todo caso, hacia mediados del siglo pasado surgen y se van organizando los partidos en que se expresará la oligarquía. De todo ello nos interesa sólo retener lo siguiente. Hacia 1891 los partidos aparecen ya como auténticas asociaciones de poder, están perfectamente institucionalizados y controlan y administran los cargos de autoridad de la época. Ellos protagonizan el proceso de toma de decisiones y es a través de su acción que la oligarquía realiza su dominación política. La fórmula genérica que afirma que el Estado es entonces la expresión cabal de la oligarquía, gana en precisión si se afirma que la conducción del Estado es asunto de los partidos en que

ésta se manifiesta. Ahora bien, si se considera que la parte de las riquezas del enclave retenida en el país adopta la forma de un tributo al Estado, queda de relieve la importancia decisiva de los partidos políticos en lo que concierne a la distribución de esta riqueza. Y esto sucede en circunstancias en que, tanto la organización partidista, como el estilo político, son de naturaleza tal que han cimentado una élite política cerrada al extremo de monopolizar los cargos de autoridad y de perpetuarse en ellos vía la herencia y el compadrazgo. Si bien las directivas partidistas aducen actuar en términos de representación, se comportan de hecho más como delegados que como representantes. Es decir, nombrado alguien como dirigente, actuará con prescindencia de quienes estarían a la génesis de su autoridad, ejerciendo esta última como si fuese una cuestión de interés y de responsabilidad fundamentalmente personales. No buscará tanto el vínculo con quienes se supone son sus representados, como con quienes constituyen la camarilla partidista y con quienes forman su propio séquito. Sería salirnos de nuestro tema si entrásemos a analizar aquí cómo y por qué acontece esto. Para nuestro interés basta señalar que dentro de la oligarquía ha cristalizado una élite política, cuya estabilidad es suficiente como para estar relativamente cerrada a la competencia y a la incorporación de nuevos miembros. Existen de hecho verdaderas tribus políticas que monopolizan el ejercicio de la autoridad, relegando al resto a una situación más bien pasiva[20]. Este sector dirigente está también en una situación de privilegio frente a la distribución de las riquezas del enclave. En sus manos está la conducción

20 La familia Errázuriz Echaurren refleja muy bien el carácter tribal del quehacer político del novecientos. Se trata de los hijos y parientes de don Federico Errázuriz Zañartu, uno de los fundadores del Partido Liberal y Presidente de la República (1871-1876). Federico Errázuriz Echaurren es también Presidente (1896-1901). Tres de sus hermanos, Ladislao, Javier y Rafael Errázuriz Echaurren fueron parlamentarios. Entre sus cuñados se cuentan don Germán Riesco Errázuriz, quien le sucede como Presidente (1901-1906); Fernando Lazcano Echaurren, senador y líder del Partido Liberal; Carlos Aldunate Solar, destacado senador conservador. Primos suyos son los hermanos González Errázuriz, también parlamentarios y altos dirigentes del Partido Conservador; Silvestre Ochagavía Echaurren y Javier Eyzaguirre Echaurren, ambos senadores conservadores. Su tío es el Arzobispo de Santiago, Crescente Errázuriz Valdivieso. Por último, varios de sus sobrinos desempeñaron también cargos dirigentes; bástenos consignar que el primero en llegar al Parlamento es Ladislao Errázuriz Lazcano, elegido diputado en 1918.

de los asuntos del Estado y qué hacer con las rentas fiscales del salitre es justamente uno de estos asuntos. Vemos entonces cómo este sector y el sector bancario, aparecen como privilegiados con respecto al resto de la oligarquía. Más aún, entre ambos sectores se da una suerte de retroalimentación. La banca incorpora en sus directorios a miembros de la élite política y, viceversa, muchos banqueros pueden con su dinero hacerse un lugar en el sector dirigente. No viene al caso estudiar esta dinámica, cabe simplemente constatar el hecho que los sectores dirigentes y bancarios aparecen amalgamados a la época[21].

Lo anterior nos permite la conclusión siguiente. La opulencia que trae consigo el enclave salitrero ha venido a alterar la homogeneidad económica tradicional de la oligarquía. Desde el momento que esta riqueza aparece como un fruto de la dominación, podría pensarse que ella es patrimonio de la oligarquía en su conjunto, es decir, como clase dominante. Ocurre, sin embargo, que ciertos sectores de la oligarquía, sea por su calidad de dirigentes, sea por su control de las instituciones financieras, logran una mayor ingerencia en la distribución de las rentas fiscales. Quienes, por razones que no es del caso entrar a hurgar, quedan al margen de la élite política y bancaria, se ven relativamente discriminados en el reparto de los beneficios del enclave.

Esta discriminación afectará con más fuerza a las viejas oligarquías de provincia. El desarrollo político acusa desde sus orígenes un marcado centralismo. La élite política se gesta, se organiza, evoluciona y cristaliza en Santiago. Ya desde mediados del siglo pasado la capital es la sede indiscutida del quehacer político. Hacia el novecientos las oligarquías provincianas están, en general, relegadas al papel de séquito de los dirigentes santiaguinos. Es cierto que para ellas están abiertas las puertas de los cargos municipales, pero la autoridad municipal es nimia y no tiene ingerencia alguna sobre la conducción del Estado. De hecho, sus posibilidades de influir sobre el proceso de toma de decisiones a nivel

---

21 La constatación histórica de este aserto puede verse en el trabajo de los autores: "La Guerra Civil del 91 y la instauración del parlamentarismo en Chile", *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales,* N° 3, junio de 1972. FLACSO.

del Estado están supeditadas al vínculo que pueden establecer con los dirigentes capitalinos. Si no consideramos los lazos de parentesco o de amistad, este vínculo se reduce, en la mayoría de los casos, a la calidad de agentes electorales y propagandistas de los sectores dirigentes[22].

Las instituciones bancarias y comerciales se crean y prosperan fundamentalmente en Santiago y en el puerto de Valparaíso. Los bancos regionales aparecen más tardíamente y el monto de sus operaciones están muy por debajo de aquel de sus congéneres de Valparaíso y Santiago. Sin entrar en detalles, baste apuntar a que el Estado es cliente casi exclusivo de estos últimos. Esta situación, junto al centralismo político que acabamos de reseñar, nos explican el hecho que los miembros de las oligarquías de provincia sean los más excluidos de los sectores dirigentes, así como de los clanes financieros de la época y, por ende, los más discriminados, con respecto a la distribución de los beneficios del enclave. De suerte que, hacia el novecientos, el grueso de esta oligarquía conserva la modestia del estilo de vida tradicional. Su peculio no va más allá de las rentas de la tierra, rentas que, en la mayoría de los casos, no alcanzan a cubrir las necesidades del buen tono.

El fasto y la elegancia de las familias adineradas de la capital les resulta imposible, confinados como están a la austeridad del estilo de vida patriarcal. Son clase ociosa en virtud de su propiedad de la tierra,

---

22 Un buen indicador del centralismo político de la época se tiene en el hecho de que los cargos parlamentarios son llenados casi exclusivamente con personeros de la élite dirigente capitalina. Así, senadores y diputados que figuran como representantes de las diversas provincias, no tienen arraigo alguno en ellas. Tampoco se trata de perpetuarlos como representantes de una misma provincia, cosa que, a la larga, pudiesen darle cierto contenido regional a su labor política. Por el contrario, la tónica es más bien "pasear" a los parlamentarios por las más diversas provincias. Así, Manuel Recabarren, conspicuo dirigente radical, aparece en su larga carrera parlamentaria representando sucesivamente a Illapel, Talca, Arauco y Concepción. Vicente Reyes, líder liberal, también de prolongada trayectoria parlamentaria, actuó como representante de Ovalle, Talca, Valparaíso, Coquimbo y Santiago. Ramón Barros Luco, quien llegara a la Presidencia de la República (1910-1915), no les va a la zaga: es nombrado sucesivamente parlamentario por Casablanca, Caldera, Curicó, Valparaíso, Santiago, Tarapacá y Linares. Huelga decir que los tres son santiaguinos.

propiedad que en muchos casos se arrastra ya por varias generaciones. El buen tono, sin embargo, les resulta algo difícil, sino imposible de realizar. Encarnan así una de las paradojas de la época. Su ocio apunta a esa idea de superioridad que es la esencia de lo aristocrático, pero su falta de dinero les impide cubrirse de las apariencias del buen tono.

Ahora bien, ¿cómo registra la conciencia oligárquica la discriminación que introduce el dinero? ¿Explícita o no y en qué forma la ambigüedad que engendra la aristocratización del dinero con respecto a la suficiencia del ocio en la percepción de lo aristocrático?

Hemos citado ya en varias oportunidades el personaje literario del venido a menos. Conviene traerlo nuevamente a colación, pues él nos habla precisamente de cómo la oligarquía percibe la discriminación introducida por el dinero. En todos los casos, el venido a menos acusa el orgullo herido por el desprecio de los demás[23]. Resiente el vacío social hecho a su alrededor. Debe lamentar no sólo la falta de dinero, sino también que quienes fueran sus amigos le vuelvan ahora las espaldas. Desde el momento que no puede más hacer alarde de buen tono, su nombre deja de circular socialmente, cae en el olvido. De allí que su nostalgia no se refiera tanto al dinero, como al prestigio perdido. Ahora sabe, eso sí, cuánto dependía su rango de su fortuna.

Si se decide a luchar en pos del dinero, será justamente por el deseo de conquistar nueva aceptación. Su experiencia le ha enseñado que el reconocimiento ajeno cuesta dinero. Mientras siga decadente podrá esperar sólo el desdén de los demás, desdén que puede llegarle incluso de su propia parentela. "Los Medina habían sido ricos en otro tiempo... habían ido a menos hasta llegar a la pobreza. Sin embargo, uno de ellos, don José... habiendo podido formar una gran fortuna, pasó a ser todo un personaje. Poco a poco se había ido apartando de sus hermanos, hasta desligarse de tal manera de ellos, que en el colegio los hijos de

---

[23] Los sentimientos del venido a menos cobran vida en personajes como Antonio Fernández de *Un idilio nuevo* (L. Orrego Luco); doña Magdalena García del Valle de *En familia* (L. Orrego Luco); la familia Tagle Pérez-Cotapos de *Cuando mi tierra era niña* (Iris).

don José pasaban por ser de otros Medina que el pobre Manuelito Medina (su primo)"[24].

Cabe enfatizar lo siguiente. El sentimiento de ser visto en menos embarga por igual a quienes decaen al extremo de tener que conseguir un empleo para subsistir, como a quienes conservan algún fundo cuya renta les permite vivir y donde suele ir a encerrarse. Es decir, la condición de clase ociosa no evita la pérdida de reconocimiento social que acarrea la falta de dinero.

El personaje del venido a menos podría, sin embargo prestarse a equívocos. Después de todo no se trata de alguien originalmente modesto, sino de alguien que ha perdido su fortuna. Cabe entonces preguntarse si se le repudia por su actual estrechez económica o si es su caída, su fracaso, lo que lo hace menospreciable. Esta idea de fracaso que se asocia a su falta de dinero, introduce una cierta ambigüedad con respecto al significado que tendría el desdén que resiente en los demás. En todo caso, es un hecho que el venido a menos es objeto de rechazo. ¿Sucede lo mismo con aquellos cuya falta de dinero no es producto de una caída y que simplemente nunca han tenido mucho más dinero del que poseen?

¿Cómo se percibe a quienes no han podido empinarse hasta el consumo de buen tono y siguen más bien confinados a la austeridad tradicional?

Es ya un hecho significativo que este personaje esté prácticamente ausente de la literatura oligárquica. Por sus páginas desfilan el aristócrata acaudalado, el nuevo rico y el venido a menos y con ellos parecerían agotarse los tipos sociales relevantes para la oligarquía. Ignora además al mundo provinciano. Hay, sin embargo, una excepción. Se trata de la obra de un autor, miembro de una conspicua familia de Talca, que pinta precisamente al mundo provinciano. Si bien su conciencia crítica lo lleva a centrarse en el tema de la explotación de que es víctima el inquilinaje, en una de sus obras trata del encuentro de un joven aristócrata santiaguino con la llamada sociedad talquina. Allí se deja entrever

---

24 Mercedes Vial de Ugarte, *Vida del corazón y vida del alma*, Pacifico Magazine, septiembre de 1918

el sentimiento de superioridad que embarga al primero y el servilismo con que la segunda se empeña en demostrarle que está entre iguales. Estos sentimientos encontrados quedan al desnudo cuando la madre del joven llega desde Santiago para asistir al matrimonio de su hijo con una señorita de la provincia. Mientras las matronas de Talca se maravillan con la elegancia de la santiaguina y se pelean el privilegio de agasajarla, ésta última" ... tenía la profunda convicción de que fuera de Santiago no había ni distinción ni elegancia y muchas veces había llamado siúticas a las provincianas ..."[25] ¡Siútico!, he aquí un adjetivo cuyo significado vale la pena rastrear. Para ello debemos desbordar no sólo la novela de la época, sino también el medio oligárquico y recurrir a autores que por su posición social no gozan de la calidad de clase ociosa.

"Quiero y no puedo ser o aparecer rico, noble, distinguido... quiero y no puedo pertenecer o introducirme en una sociedad que no me corresponde"[26]. Estas son las calificaciones del siútico. Para precisar su significado, detengámonos en el análisis de dos narraciones breves.

Don Faustino es el alcalde y mayor contribuyente de un pueblo de provincia. Dueño de tres fundos con cuarenta o cincuenta inquilinos. Sus apellidos, Contreras y Zagal, hablan de su descendencia de los más antiguos propietarios del lugar. Su estilo de vida conserva todo el sabor de antaño y la modestia tradicional. En su calidad de edil le corresponde organizar los festejos de Fiestas Patrias. Estas se han celebrado año a año a la vieja usanza campesina: palo ensebado, carreras de burro, ramadas, salvas... Pero ocurre que ahora ha llegado al pueblo el hijo mayor de Don Faustino. Estudia desde hace siete años en la capital y viene acompañado de tres amigos santiaguinos. Ellos enmiendan todo el programa de festejos por encontrarlo "demasiado anticuado y muy aldeano". Así se organiza un baile según los cánones del buen tono santiaguino, debiendo Don Faustino y sus invitados improvisarse en estas nuevas formas de elegancia y distinción. Frente a estos nuevos hábitos

---

25 Francisco Hederra Concha, *El tapete verde,* Imprenta Talca, Talca, 1910

26 Alberto Edwards Vives, *La felicidad en la vida modesta,* Pacífico Magazine, junio de 1914

mundanos todos pierden naturalidad, empaquetados los hombres en su primer smoking, medio ahogadas las mujeres en sus boas recién estrenadas, confundidos todos en los pasos de una habanera que no saben bailar... Detengámonos aquí. Si bien la anécdota sigue y su autor apunta hacia un otro sentido, podemos concluir que, frente al espectáculo de Don Faustino y sus invitados, tan hechos a las viejas usanzas y poco diestros en, las nuevas formas de sociabilidad, los jóvenes santiaguinos pensarán que se trata de unos siúticos[27].

La segunda narración pretende dar cuenta, según intención manifiesta de su autor, de los efectos que ha traído el dinero en la vieja oligarquía de Chillán. Para ello se figura la sociedad como un gallinero. La Pachacha es una gallina rústica, del más auténtico *pedigree* criollo. Es comilona, sanota, amistosa y muy limpia. Tiene la sencillez de quien se sabe gallina por muchas generaciones y no necesita innovar con respecto a maneras de ser gallina. El hecho es que un buen día la Pachacha aparece en un corral de aves finas. Leghorn, Rhode Island, Mallorquinas… la Pachacha está impresionada de lo novedoso y deslumbrante de sus plumajes y formas. Ellas se saben finas y se pavonean vanidosas, examinando con desprecio a la Pachacha. Esta se siente tímida y permanece en un rincón frente a la indiferencia de las demás. Cuando llega la hora de comer, la Pachacha se avalanza y picotea con gusto los granos, mientras las demás van con suprema distinción picoteando apenas un grano de aquí y otro de allá. Cuando uno de los gallos se acerca a la Pachacha, el gallinero entero cae desdeñosamente en cuenta que se trata de una gallina que ignora lo que es un flirt. Y lo mal visto llega a su colmo cuando la Pachacha se echa en un nido a empollar. Podemos suspender aquí la narración. Demás está decir que la Pachacha representa al provinciano y las gallinas finas al gran mundo de la capital. Y podemos agregar que para estas últimas la Pachacha resulta siútica[28].

¿A quiénes designa entonces el calificativo de siútico? En primer lugar,

---

27 Manuel Jesús Ortiz, *Cartas de la aldea,* Empresa Zig - Zag, Santiago, 1965 (3° edición).

28 Rafael Maluenda, *La Pachacha,* en Pacífico Magazine, mayo de 1918.

cabe subrayar que éste es un calificativo que se arroja desde las cimas del buen tono.

Son quienes gozan plenamente de la vida mundana, es decir, de la opulencia, los que tildan otro de siútico. Es siútico aquél cuya falta de dinero le impida seguir los vaivenes de la moda y estar al corriente de las novedades en el vestir y en cuestiones de etiquetas. Es siútico aquél cuya modestia evita que frecuente los lugares donde se celebra el rito mundano, ignorando así los últimos giros y decires elegantes. En fin, es siútico aquél cuya estrechez le impide mudar de apariencia tantas veces como lo impongan las fantasías del buen tono. Si resulta ridículo es precisamente por el contraste entre lo anticuado y rígido de sus costumbres y la versatilidad de la moda. Lo elegante es ahora ebullición, capricho, importación permanente de estilos y actitudes. Si pudiera así decirse, la distinción es ahora una suerte de secreto que se revela día a día. De allí que vayan acumulando misterios quienes no pueden frecuentar asiduamente el gran mundo. Aquel que participa muy de tarde en tarde en el rito mundano constata que sus expresiones de elegancia ya no son tales, resultándole difícil salir airoso de la situación: ora se resigna a aparecer pasado de moda, ora actúa de prestado. En ambos casos arriesga el ridículo, vale decir, el mote de siútico.

Vemos entonces como no hay mejor candidato al título de siútico que los miembros de las viejas oligarquías de provincia. La mayoría de ellos han sido discriminados económicamente, conservando así la situación de clase ociosa tradicional, vale decir, modesta. Para ellos siguen vigentes las costumbres y el estilo de vida de antaño. Su relativa estrechez económica los mantiene apegados a los añejos moldes patriarcales, allí donde priman la austeridad y formas poco sofisticadas de sociabilidad. Ellos no sabrían muy bien qué elegir de un menú francés, acostumbrados como están a cebar el mate y a comer cazuelas. Su mundo resulta ajeno al buen tono que se importa ahora de París y que poco o nada tiene que ver con las tradiciones del campo.

No hay duda entonces que aparecerán ridículos a los ojos de quienes exhiben un consumo conspicuo y hacen gala de “savoir-faire”.

Lo anterior nos aclara también por qué no debemos confundir al siútico con el venido a menos. Después de todo este último es alguien que ha hecho la experiencia del buen tono, al punto de haber interiorizado esa actitud versátil propia de quienes viven al ritmo de la moda. Habrá perdido su fortuna, pero conservará esa suerte de olfato que le permite ponerse rápidamente a tono con las circunstancias. Tampoco debe confundirse al siútico con el nuevo rico. Este último puede acaso al comienzo parecer siútico. Su dinero, sin embargo, le garantiza el aprendizaje sistemático de las fórmulas del buen tono. Y como se trata sobre todo de apariencias, el dinero basta para cubrirlas.

De lo dicho hasta aquí cabe reiterar lo siguiente: la imagen del siútico nos habla no sólo de la discriminación que ha introducido el dinero al interior de la oligarquía, sino también, de la ambigüedad que existe con respecto a los signos que expresan lo aristocrático. El siútico niega abiertamente la suficiencia del ocio como expresión de superioridad y pone de relieve la importancia decisiva del dinero en la exteriorización del ideal aristocrático. La expresión patriarcal, aquella que fincaba en el ocio y en la calidad de patrón –los signos de la superioridad social– pierde ahora validez en "... una sociedad en que la única distinción es el dinero, y el más preciado signo de nobleza el exhibirlo y derrocharlo"[29].

Pero conviene señalar algo más antes de sacar conclusiones. La imagen del siútico es una imagen creada por los sectores más opulentos de la oligarquía para referirse a sus congéneres menos afortunados.

Corresponde entonces interrogar a la conciencia de quienes reciben tal epíteto. ¿Cómo perciben la discriminación de que son objeto? ¿Ven o no amagada su propia identidad de aristócratas? Para encontrar respuestas escudriñemos en la conciencia de las oligarquías de provincia, en cuanto ellas, más que otros sectores, son blanco de la mofa mundana. Para ello debemos contentarnos, a falta de otros materiales, con las manifestaciones de la prensa de provincia.

[29] Alberto Edwards Vives, *La felicidad en la vida modesta*, Pacífico Magazine, enero de 1913

En general, la prensa provinciana acusa la discriminación que ha traído consigo la irrupción del dinero. No es tema central ni el más frecuente de sus editoriales, pero cuando se aborda cobra la forma de una protesta airada. Resulta significativo que tales protestas estén casi siempre despersonalizadas. Quién se queja y plantea reivindicaciones es la provincia y lo hace frente a Santiago. Nunca se explicita a quiénes encarna la provincia, de qué sectores sociales provienen las protestas. "Las provincias tiene derecho también a que se les arroje una migaja de la mesa del festín perpetuo donde se liba la savia monetaria de la nación"[30]. "Las provincias tienen cerebros capaces de dirigirlas y orientarlas y no es tolerable que Santiago siga pensando por todas ellas"[31]. Podríamos entregar muchas citas en los mismos términos. Lo que interesa destacar aquí es la expresión impersonal que adoptan las oligarquías provincianas para resentir la discriminación en su contra. Tampoco identifican a quiénes serian los privilegiados, encubriéndolos bajo el término genérico de Santiago. En resumen, hay conciencia de que existe discriminación, ésta, no obstante, se expresa de una manera desdibujada y sin que se perfilen nítidamente quiénes son los perjudicados y quiénes los beneficiados.

La oposición entre la capital y las provincias podría interpretarse tal vez como una forma de amortiguar la conciencia que se tiene de la discriminación, en cuanto rehúsa situar a esta última a nivel de los sectores sociales y la ubica en un plano mucho más abstracto, a saber, la capital versus la provincia.

Toca, por último, indicar lo siguiente. Por una parte, las oligarquías provincianas resisten la discriminación económica y política de que son objeto. Por otra, no muestran indicios de que estas diferencias se traduzcan en un sentimiento de relativa inferioridad. Su modestia económica no parece ponerles en duda su propia identidad como aristócratas. Ellos se reconocen tan superiores como cualquier otro oligarca más afortunado. Se perciben como "la sociedad", por ejemplo, de Curicó,

---

30 *La Provincia*, Curicó. Editorial del 3 de julio de 1904

31 El Sur, Concepción, Editorial del 3 de enero de 1915.

de Talca.... lo que en el decir de la época equivale a identificarse como la casta superior. Podrán saberse menos opulentos, incluso postergados, pero manifiestan un orgullo que no va a la zaga de cualquier santiaguino de buen tono. Las jerarquías del dinero parecerían dejar incólume la imagen de su propia excelencia. No acusan recibo del epíteto de siúticos con que otros suelen descalificarlos. En ellos parecería que este término no encuentra oídos ni tiene réplica. Se sienten “la sociedad” y este sentimiento parece tener la fuerza de lo absoluto, al extremo de prescindir de las distinciones del dinero. En síntesis, saben que son otros y no ellos quienes realizan plenamente el buen tono. Este conocimiento, sin embargo, no parece opacar la conciencia de su propia superioridad; las diferencias del dinero no parecen cuestionar su propia identidad de aristócratas. Y esto en circunstancias que la aristocratización del dinero ha llevado a los actores más afortunados a restringir el concepto de aristócrata.

¿Cómo entender entonces esta contradicción? ¿Por qué mientras algunos ponderan el dinero, otros aparecen relativizándolo? ¿Por qué la discriminación que introduce el dinero, tan tajante en el plano del buen tono, no menoscaba con la misma intensidad la conciencia aristocrática de los sectores menos afortunados de la oligarquía? Para intentar una respuesta debemos introducir un nuevo elemento, a saber, el apellido, cuyo significado pasaremos a analizar a continuación.

CAPITULO III

El Apellido

Alguien que supo en sus mocedades de la opulencia y del buen tono nos entrega el recuerdo siguiente: estaba por asistir al baile que ofrecía un gran señor de la época cuando un compañero le advirtió que dicho señor "... antes de la salida de sus hijos a sociedad, les daba a leer un libro que era el "Gotha" chileno, advirtiéndoles que a su casa sólo debían entrar los miembros de las familias allí nombradas". Esto produjo gran inquietud en nuestro personaje, pues en aquel tiempo nada sabía de abolengos y pensaba que había sólo ricos y pobres. Fue pues a buscar el famoso libro que era "Mayorazgos y Títulos de Castilla" y, al ver que en él campeaban sus apellidos paterno y materno, pudo ir tranquilo al baile en cuestión[1].

La literatura nos habla de otro personaje. Se trata esta vez de una monja carmelita. Es la tornera del convento, dado que sus compañeras de claustro estiman que no sirve para ningún otro oficio. Así, mientras las demás se turnan en las funciones de priora, de directora de novicias o tienen a su cargo la capilla, nuestra monja permanece relegada al papel de simple recadera. A veces, a solas en su celda, se canta sus sonoros apellidos: Andia, Irarrázaval, Lisperguer y Gallón de Celis. Esto la consuela de la humillación de que se siente víctima. "Una Gallón de Celis bajo la toca. ¡Qué honor para la Iglesia! Y el eco de sus nombres le devuelve la propia estima[2].

Esta preocupación por el apellido es constante. De hecho, todos los personajes que la literatura oligárquica pinta como encarnaciones

---

1 Balmaceda, *Un mundo que se fue, op. Cit.*

2 Iris, *Tomo II. op. cit.*

acabadas del ideal aristocrático, combinan el apellido con el ocio y el dinero. "Nosotros (la oligarquía) no aceptamos sino a los bien nacidos, a los adinerados ...; a los de cuna dorada, a los que pintan halagos de juventud y de dinero al prestigio del nombre heredado y formado desde antaño"[3]. Así, un buen partido será invariablemente aquel que una "las cuantiosas talegas a los laboriados blasones", "la mejor prosapia y mucho dinero"[4]. Ello en cuanto lo que daría importancia en sociedad es la fortuna y la alcurnia distinguida de los abuelos[5]. Lo aristocrático aparece entonces como un crisol donde deben fundirse, al menos idealmente, dinero y buen nombre.

Ahora bien, ¿qué ecos despierta el apellido en la conciencia oligárquica? ¿Qué significa el nombre heredado? Sólo en la medida que esto se aclare, podremos comprender su valor, así como su ponderación en la definición de lo aristocrático.

1. LINAJE, TRADICION Y DINERO

Hemos dicho ya que quienes personifican lo aristocrático en la literatura de la época son siempre portadores de un apellido tenido por noble. Pero a la literatura no le basta consignar estos apellidos y destina algunos párrafos a la crónica de estos nombres considerados ilustres. En ella se observa que el apellido señala invariablemente a la descendencia de algún conquistador o encomendero, de algún oidor o mayorazgo, de algún miembro del Cabildo o antiguo propietario de la tierra y vecino fundador de alguna ciudad o pueblo. Es decir, apunta siempre a alguien que, por una u otra razón, se destacó socialmente y consiguió para sí la estima de los demás. La distinción del apellido se finca precisamente en este prestigio del antepasado, su sonoridad evoca los honores alcanzados por el fundador de la estirpe. Y al prestigio original va sumándose el prestigio que hayan podido lograr sus descendientes, así va dorándose el apellido hasta convertirse en una especie de titulo de nobleza. Constituyese entonces en una suerte de derecho adquirido,

3 Orrego, *Casa Grande, op. cit*
4 Iris, *Tomo II, op. cit.*
5 Orrego, *En Familia, op. cit.*

basta poseerlo para arrogarse prestigio y exigir el reconocimiento de los demás. Sucede así la paradoja de que algo absolutamente histórico en su génesis y desarrollo, cobra visos de trascendencia. El pasado se proyecta sobre el presente, ungiendo al individuo con el honor de sus ancestros. De suerte que el sujeto de alcurnia, más allá del prestigio que pueda conquistar a título personal alcanza, por arte de su apellido, estatura de privilegio, permuta su propia individualidad por la gloria de sus antepasados. He aquí lo que hay de más esencial en la idea de linaje y es justamente esta connotación de linaje la que adquiere el apellido en el contexto oligárquico.

Que el apellido cristalice en un derecho adscrito, que llegue un momento en que por si mismo sea fuente de prestigio, no debe ocultarnos, sin embargo, la raigambre histórica de que se nutre. Su significado en términos de linaje se refiere a un antepasado más o menos remoto, pero que nada tiene de legendario. Por el contrario, con mayor o menor dificultad, podremos trazar su historia y saber quién fue y qué hizo. Hay, sin duda, la posibilidad de tergiversarla, de exagerar su importancia y su prestigio, pero no es menos cierta la posibilidad de reconstruir fidedignamente esta historia. Si pudiera decirse así, el linaje confúndese con la crónica social. De suerte que pueden registrarse los hechos y situaciones que fueron acuñando en el tiempo la alcurnia del apellido. El linaje no alega entonces una supuesta superioridad, reclama más bien que se reconozca el prestigio histórico de quienes lo fundaron y consolidaron. De allí que no puede improvisarse y que remita a un pasado sobre el cual pueden tejerse muchas leyendas, pero que es imposible inventar de punta a cabo[6].

Ocurre, además, que a medida que va consolidándose el linaje, éste termina por confundirse con la tradición. Llega un momento en que

---

[6] Cabe destacar que hacia el novecientos cunda el interés por las investigaciones genealógicas, es decir, por la crónica histórica de los linajes. Domingo Amunátegui Solar publica entre 1901 y 1904 su obra *Mayorazgos y Títulos de Castilla*; Tomás Thayer Ojeda investiga entre 1908 y 1913 sobre *Los Conquistadores de Chile*. En 1911 se funda la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, institución que edita la *Revista Chilena de Historia y Geografía*. En sus páginas campean con frecuencia los estudios genealógicos a cargo de autores como los hermanos Thayer Ojeda, Guillermo Cuadra Gormaz, Juan L. Espejo, Fernando Márquez de la Plata y otros.

el prestigio acumulado de generación en generación se interpreta en términos de que tanto el fundador, como los seguidores del linaje, encarnan los valores que configuran la tradición dominante. Si pudiera decirse así, el argumento de ahora es del tenor siguiente: si nuestros antepasados fueron estimados socialmente, fue porque los demás reconocieron en ellos la manifestación de las más altas virtudes sociales. Si nosotros invocamos el derecho a ser igualmente estimados, es porque ellos nos enseñaron cuáles son estas virtudes y cómo debemos hacer para realizarlas. He aquí el legado que hemos recibido. Es a nosotros a quienes se ha inculcado la fe en la virtud, así como la costumbre de ejercerla. Si nuestro nombre es bueno, es precisamente porque él simboliza esta ejecutoria de nobleza y de excelencia heredada ejemplarmente de nuestros antecesores. Ellos y nosotros encarnamos los más altos valores; somos la tradición en lo que ella tiene de mejor.

Lo anterior permite comprender por qué el linaje se percibe simultáneamente como un derecho y un deber. En la medida que se le asocia la idea de virtud, de superioridad moral, implica el derecho a ser respetado por los demás, a gozar del prestigio que se otorga a quienes aparecen como los mejores. Pero esta idea de virtud ata a quienes se sientan así señalados a la tradición. Entraña entonces, y al menos idealmente, un deber ser. Los descendientes del linaje deben acreditar su buen nombre, permaneciendo fieles a los valores tradicionales y ciñendo su conducta a lo que se toma por buenas costumbres. No basta ser alguien de prosapia, hay también que parecerlo. Es así como el linaje obliga a un acto de fe en las creencias y principios de la tradición y a la observancia de las normas y preceptos que definen el campo de lo virtuoso.

Si el significado que acabamos de entregar para el apellido fuese cierto, la literatura oligárquica debería mostramos lo siguiente: aquellos personajes que se distinguen por su alcurnia y cuyo linaje se enfatiza, deberían caracterizarse por su apego a la tradición, por lo que podríamos llamar su fe de caballero. Igualmente, su orgullo, su sentimiento de superioridad moral, debería aparecer fincado en el cumplimiento cabal de las reglas de conducta impuestas por la tradición. Ellas constituirían una suerte de código de honor. Por el contrario, cuando un personaje de abolengo

aparece más o menos díscolo con respecto de la tradición, llegando incluso a violar algunos de sus preceptos, debería pintársele con los tintes oscuros del oprobio y ser considerado indigno de su linaje. Y esto es precisamente lo que encontramos en la literatura de la época.

"De aquellos perfiles emanaba... por sobre todo la conciencia de vida honrada, del deber cumplido, la pureza de almas que nada tienen que reprocharse en las cosas de la existencia, en la cual han seguido siempre la línea recta, sin desviaciones en su conducta"[7]. "...no solamente debemos ser honrados en la vida sino también debemos tratar de parecerlo... hay muchas cosas serias y problemas graves que de todas partes nos cercan a los creyentes por convicción, por tradición y por raza... el deber, la conciencia, el honor"[8]. La tradición aparece como "...la fuerza sobrenatural que infunden las costumbres, la herencia que eleva a la creatura por todo lo alto". Así, se pone en boca de un personaje que "... toleraría con paciencia reveses de fortuna, pérdidas de dinero, pero no caídas que afectasen la dignidad o comprometieran el honor"[9]. Por último, un personaje de vida disipada recuerda cómo su padre dividía a los hombres en cumplidores o violadores del Decálogo y piensa que "... si él, un aristócrata, pudo caer en tales fangos, ¿qué sería de los plebeyos sin nombre que respetar, sin buenos instintos heredados, sin freno religioso, ni tradición de hábitos que facilitaran el cumplimiento de los deberes?"[10]

Esta imagen se refuerza con la opinión adversa que merecen generalmente aquellos personajes que aparecen sin guardar la compostura tradicional. Así, por ejemplo, a un señorito que engaña y seduce a una joven campesina se le pinta como un tipo ruin y lleno de defectos[11]. Otro personaje, esta vez una joven, está dispuesta a abandonar al hombre que quiere, acatando así la voluntad de sus padres que se oponen a él por considerarlo de costumbres relajadas. Lo aceptará sólo en la

7 Orrego, *En familia, op. cit.*
8 *Ibíd.*
9 Fernández, *La María del Carmen, op. cit.*
10 Orrego, *En familia, op.cit.*
11 Iris, *Tomo II, op. cit.*

medida que él se vuelva más serio y honesto, pues "así se lo impone una ley suprema de moralidad"[12]. En fin, está el caso de un par de señoras que viven alejadas de la vida mundana y entregadas a sus inquietudes esotéricas; su estilo de vida hace que los demás auguren "mucho mal para aquella hacienda en que tan olvidadas se tienen ya las tradiciones familiares"[13].

Vemos entonces que la literatura confirma el nexo estrecho que hemos establecido entre linaje y tradición. De hecho, cada vez que se nos pinta a alguien cuya identidad aristocrática se nutre fundamentalmente del linaje, su retrato corresponde al de alguien apegado a los valores ancestrales y que observa escrupulosamente las normas y convenciones impuestas por la tradición.

Ahora bien, cabe preguntarse qué ponderación recibe el linaje en la definición de lo aristocrático. ¿Cómo se combina el prestigio de la alcurnia con el prestigio de los demás signos de aristocracia? Y dado que, por una parte, el ocio se percibe como una condición sine qua non en la definición de lo aristocrático y, por otra, el buen tono aparece absolutamente supeditado al dinero, para dar respuesta a estos interrogantes podemos centramos sin más en el significado que cobran las relaciones entre linaje y dinero.

Que la imagen ideal de aristócrata conjugue dinero y prosapia, no debe llevamos a concluir que ambos elementos pesan con la misma fuerza en la definición de lo aristocrático. Sería igualmente apresurado aducir que la fortuna y el linaje deben integrarse necesariamente para producir el tipo superior. Para aclarar esto es conveniente plantearse frente a dos casos extremos. ¿Qué sucede cuando sobra el linaje y falta el dinero? y viceversa, ¿qué ocurre cuando abundan los medios económicos y se carece de abolengo? En otras palabras, y pese al riesgo de ser reiterativos, debemos traer nuevamente a colación a los personajes del venido a menos y del nuevo rico.

---

12 Fernández, *La María del Carmen, op. cit.*

13 Orrego; *En familia, op. cit.*

Detengámonos brevemente en la historia de "...las armas de la familia de Valcarcal, hoy tan decaídas y menoscabadas como la fortuna material de ella". Don Santos Orbegoso, último descendiente del linaje, ha perdido su herencia. Uno de sus hermanos lo arrastró en su quiebra "... acaso hubiera podido salvar mucho, pero prefirió el buen nombre de su hermano, que era el de su familia: se pagó hasta el último centavo. Esto puso muy en alto su honorabilidad... le atrajo pruebas de simpatía de algunos amigos de su tiempo y luego, ligera nube de imperceptible indiferencia, casi de menosprecio, en los más, a medida que su fortuna decaía"[14]. Vimos ya las discriminaciones introducidas por el dinero, lo que interesa destacar aquí es cómo los blasones no logran equiparar los reveses de fortuna. Allí están el linaje y su lustre de generaciones, pero la falta de dinero ha menguado la imagen de aristócrata del venido a menos.

Su nobleza es ya una página que está doblándose. Sus relaciones de parentesco, sus conocidos de tiempos mejores, podrán ayudarlo a no perder del todo su identidad aristocrática, pero su rango no será ya el mismo de antes. Que no pueda hacer ostentación de buen tono ni gala de derroche, significa para muchos dejar de acordarle el prestigio de otrora. La enjundia de su apellido no basta y la escasez de sus medios opaca así su figura de aristócrata.

¿Y qué hay del nuevo rico? Sabemos que puede limpiar su dinero de las connotaciones del trabajo productivo y conquistar una situación de ocio. Sabemos también que tiene abiertas las puertas del buen tono. Lo único que le falta es linaje y éste no se compra. Tras él no hay generaciones de conquistadores ni de encomenderos, de funcionarios de la Corona ni de viejos terratenientes. Cuenta sólo con su bolsa y es posible que ni siquiera conozca los nombres de sus abuelos. El brillo de la riqueza le augura, sin embargo, una rápida escalada al mundo aristocrático. Su dinero ya relativamente ocioso es razón suficiente para que la mayoría le acuerde rango de aristócrata. La atención se pondrá en el inventario de sus bienes y no en averiguaciones sobre sus antepasados. El fasto de sus fiestas, lo dispendioso de su tren de vida, aparecerán como signos

[14] Iris, *Cuando mi tierra nació*, Edit. Nascimento. Santiago, 1930.

irrefutables de excelencia. Así, muy pronto se codeará con los más linajudos caballeros y podrá incluso casarse con alguna de sus hijas. Se dice, por ejemplo, que la viuda de un nuevo rico que "...es la dama que goza de más prestigio, por tener la primera fortuna bancaria de Chile. El nombre suena cual dorado cóndor y alegre como un cheque a la vista"[15].La opinión que merece otro personaje de igual condición es aún más decidora. "La leyenda nobiliaria de Irma no había sido tragada en el país por la aristocracia, pero la dejaban circular pues en el Palacio de Schneider, con o sin escudos legítimos, se daban suntuosas fiestas..."[16] Huelgan comentarios.

(15) Iris, "Cuando mi tierra fue moza". Tomo II, op.cit.

Lo anterior manifiesta la muy desigual ponderación que reciben el linaje y el dinero en la definición de lo aristocrático. El buen nombre no sólo se muestra incapaz de conferir por sí mismo rango de aristócrata, sino que aparece como algo incluso prescindible. Mientras el venido a menos nos habla de la insuficiencia del linaje, el personaje del nuevo rico nos revela su prescindibilidad. Esto en circunstancias que el dinero despunta con la fuerza incontrastable de una condición no sólo necesaria, sino también suficiente. Su aristocratización no implica que deba integrarse necesariamente al linaje, pudiendo constituirse en signo cabal de excelencia incluso al margen del nombre heredado. Es decir, el linaje, más que combinarse con el dinero, es algo que puede sumársele, dándole así mayor brillo. Pero la falta de alcurnia no mengua las posibilidades aristocráticas que otorga la fortuna[17].

---

15 Orrego, *En familia, op. cit.*

16 *Íbid.*

17 Resulta significativo revisar cuál es el origen social de los miembros del Parlamento hacia el novecientos. Si se considera el conjunto de senadores elegidos durante el periodo de 1891 a 1925 y de diputados tres o más veces electos durante el mismo período, puede concluirse que aproximadamente un quinto de ellos son primera o segunda generación en Chile. Es decir, tras un número considerable de ellos no hay una sucesión de antepasados ilustres cuyo apellido tenga valor de linaje en el país. Esto en circunstancias que, tanto por sus cargos de autoridad, como por sus múltiples vinculaciones a las actividades financieras, están encumbrados en la cima del prestigio social. De más está decir que, en todos los casos, se trata de gente muy enriquecida

¿Por qué se insiste entonces en que lo aristocrático debe aunar apellido y dinero? Esto en circunstancias que la aristocratización de este último puede hacer caso omiso del buen nombre. En otras palabras, ¿por qué, de un lado, se afirma la necesidad del linaje y, del otro, se la niega?

El personaje del siútico da muy bien cuenta de esta ambigüedad. Quiénes perciben al siútico como tal son aquellos que vivencian lo aristocrático en términos fundamentales del buen tono. Es desde la cima de su opulencia que desprecian al otro. Para descalificarlo les basta saber de su relativa modestia, sin siquiera hacer cuestión de su apellido. Si pudiera decirse así, la imagen del siútico surge desde el momento que los más adinerados pretenden para si el monopolio de lo aristocrático. Imponen como vara decisiva las posibilidades de derroche y de fasto, desprestigiando a todo aquel que no puede hacer del buen tono su actividad cotidiana. Y no talla aquí el linaje: al buen tono le basta el dinero relativamente ocioso, mientras que al siútico puede sobrarle el buen nombre. Vale decir, lo que está presente en la conciencia de quienes construyen y proyectan la imagen del siútico es sobre todo el dinero.

Cabe recordar, sin embargo, que quiénes reciben el epíteto de siútico no sienten por ello menoscabada su propia identidad de aristócratas. Reconocen que hay otros más afortunados que ellos y que llevan un estilo de vida al que ellos pueden asomarse sólo ocasionalmente. Muchas veces resienten esta diferencia económica y hemos visto que reivindican incluso una mayor igualdad. Pero esto no da pábulo para que merme en ellos el sentimiento de su propia superioridad. Paradójicamente se saben distintos más no desiguales. Ellos continúan percibiéndose como la sociedad, vale decir, miembros de la casta superior. Dentro de ciertos límites, el tener más o menos dinero no pasa de ser un accidente que deja incólume su propia identidad de aristócratas. Tanto es así, que quiénes constituyen el blanco favorito para el descalificativo de siútico, vale decir, las oligarquías provincianas, despersonalizan completamente las diferencias económicas de la época. Su conciencia sitúa las diferencias económicas en el plano de la capital versus las demás regiones del país. No se percibe un nosotros y ellos, sino la ciudad sede administrativa versus las demás regiones, tanto más abandonadas

mientras más lejanas y despobladas. Las diferencias aparecen entonces de orden fundamentalmente administrativo y sin parangón desde el punto de vista de la jerarquía social. Y ¿si no es en el dinero y el buen tono donde las oligarquías de provincia fincan su identidad aristocrática, dónde pueden fincarla que no sea en el linaje? Tras ellos hay precisamente generaciones de hacendados, remontándose su propiedad muchas veces a algún conquistador y encomendero. Es frecuente que desciendan de los fundadores del pueblo y que cuenten entre sus antepasados a más de algún miembro del Cabildo o corregidor de la localidad[18]. Por otra parte, la misma permanencia en la hacienda y la misma modestia de las rentas que los apartan del buen tono, los mantienen apegados a los valores y costumbres de la tradición. ¿No hemos visto ya que el mote de siútico ridiculiza justamente esta afición a los viejos usos campesinos? Estamos aquí frente a quiénes encarnan, acaso mejor que nadie, la idea de linaje en su doble connotación de prestigio heredado y de identificación con la tradición. Y sin duda que es esta idea de linaje la que nutre sobre todo sus sentimientos de aristocracia.

Es así como el personaje del siútico, y más específicamente quiénes constituyen su referente más usual, a saber, las oligarquías provincianas, no sólo nos ilustran la ambigüedad existente entre el linaje y el dinero, sino que nos ayudan a comprender qué hay su raíz. La figura del siútico rompe con la imagen de lo aristocrático en términos de una síntesis entre el apellido y el dinero.

No nos habla de una integración más o menos armónica entre ambos elementos, sino más bien de dos puntos de vista incluso opuestos. De un lado, se percibe lo aristocrático fundamentalmente a partir del dinero, afirmando su necesariedad y suficiencia. De otro, se enfatiza el linaje como condición obligada de lo aristocrático. Vemos entonces que el dinero y el apellido no están necesariamente integrados en la conciencia oligárquica de la época y que ésta, por el contrario, acusa dos puntos de vista que tienden a negarse recíprocamente.

---

18 Resulta muy significativa al respecto la *Historia de Curicó,* René León Echaiz.

La literatura atestigua la presencia de ambos puntos de vista. Bástenos, a modo de ejemplo, las citas siguientes: "El dinero no sólo proporciona riquezas materiales, sino calidad, respeto... Todas las antiguas aristocracias han venido a refundirse en ésta... (La nuestra es) una sociedad en que la única distinción es el dinero y el más preciado signo de nobleza el exhibirlo y derrocharlo... El dinero abre todas las puertas y la pobreza ha de disimularse como estigma de oprobio. La señorita mejor nacida ha de dejar su puesto a ricachonas sin más antecedentes que los pesos de sus padres"[19]. Para otros, sin embargo, la imagen de aristocracia se confunde con aquellos que "...saben conservar el porte de gran tono, el perfume aristocrático, el no sé qué refinado e inimitable que constituye la fuerza y la esencia de las clases sociales superiores, esencia tan perdurable y poderosa que no han podido borrarlas ni las invasiones omnipotentes del dinero"[20]." En las viejas familias prima el linaje, la religiosidad y no el dinero"[21].

Para entender esta divergencia debemos remitirnos a lo que fue el modo de ser tradicional de la oligarquía.

La tradición a que liga el linaje, no es otra que los valores y costumbres que han ido cristalizando junto con la vieja estructura de la hacienda. Por generaciones y generaciones la hacienda ha marcado la experiencia de vida de quienes constituyen hoy el grueso de la oligarquía. Los linajes se confunden con una larga sucesión de propietarios de la tierra cuya máxima expresión social no ha sido otra que el ejercicio de la condición de hacendado. Han sido años y años de vida en el campo, a lo más invernando en algún pueblo o en una ciudad capital que hasta bien entrado el siglo XIX no pasaba de ser una aldea grande; de modestia económica, muchas veces incluso de estrechez; de ociosidad sin sobresaltos y de un casi total aislamiento de cualquier influencia cultural que no fuese la de la Iglesia y la fe católica. La sociabilidad se

---

19 Alberto Edwards Vives, *La felicidad en la vida modesta*, Pacifico Magazine, enero de 1913 y agosto de 1914

20 Orrego, "Casa Grande", op. cit.

21 Orrego, *En familia, op. cit.*

circunscribe a las relaciones familiares, de parentesco y de vecindario. El dinero es escaso y no ha permitido sino un estilo de vida sencillo, apegado a usos artesanales y ajeno por completo al fasto. La visión de mundo se agota en la utopía religiosa, con sus puertas abiertas al cielo, y la historia enmudece ante el imperio de un orden providencial determinado por entero. Y es precisamente en estas condiciones de vida donde la oligarquía ha fincado desde antaño su identidad. Desde ellas ha ido plasmando las peculiaridades de su modo de ser, modo de ser que se resume en la imagen de patrón. Hurguemos pues, aunque sea sólo superficialmente, en la figura del patrón. Ello nos permitirá desentrañar los contenidos más esenciales de la tradición.

Para reconstruir la idea de patrón conviene partir de la representación del padre de familia en una organización patriarcal. El padre es quien debe asistir a las necesidades de sus hijos. Su obligación es la de protegerlos de los avatares de la existencia. Para ello no basta abastecerlos materialmente, hace falta también proveerlos moralmente. Es preciso inculcarles las virtudes de la tradición, arraigarlos a las buenas costumbres, a fin de que puedan integrarse más tarde a su medio social. Este deber de enseñanza es primordial. Únicamente transmitiendo a los hijos la fe en los valores ancestrales y comprometiéndolos al respeto a las normas de la tradición, éstos podrán luego reclamar para sí un lugar en la sociedad con la seguridad que otorga un derecho y la certidumbre propia de lo natural. Para esto el padre está imbuido de plena autoridad. Su potestad es de por vida y debe ejercerla constantemente, infundiendo, vigilando y juzgando la lealtad de sus hijos a las creencias y usos seculares y sancionando cualquier infidelidad. La legitimidad de su poder descansa precisamente en la idea de que él es quién personifica la tradición y tiene la misión de mantenerla viva. Y puesto que la tradición se percibe como la expresión de un orden providencial, la figura del patriarca aparece entonces como la del representante de dicho orden aquí en la tierra. De allí que su autoridad se tome por un derecho natural. Depositario de la tradición significa que está en el secreto de los más altos designios; transmitirlos significa una misión que linda ya en lo sagrado. Pero al patriarca no le basta con saberse

portavoz y ejecutor de la tradición, debe también manifestar signos que permitan a los demás reconocerlo como vehículo de una voluntad trascendente. En consecuencia, está obligado a asumir plenamente los valores y preceptos que traducen supuestamente el plan sobrenatural y a enseñarlos ejemplarmente.

Lo anterior nos revela algunos de los contenidos más esenciales de la tradición patriarcal, tradición que es, en buena medida, aquella de la hacienda y con la que se identifica, a su vez, el linaje. El eje de la tradición es una idea religiosa. Sus valores y mandatos se tienen como inmanentes a un orden sobrenatural que remite a una voluntad divina. En nuestro caso se trata obviamente de la fe católica. Lo único que conviene destacar aquí es que esta idea religiosa consagra el estado de cosas institucionalizado por la tradición como lo moralmente bueno. Conformarse a él es ceñirse a los mandatos de la Providencia. La idea de una jerarquía natural está estrechamente vinculada a esta concepción. Cada cual tiene su lugar señalado de antemano. Sólo unos pocos aparecen distinguidos como los depositarios y ejecutores de la tradición. Ellos monopolizan la autoridad y su poder está revestido de una connotación moral. Deben, por consiguiente, encontrar una obediencia ciega en los demás. Y llegamos así a la idea de dignidad. Quiénes por selección natural han sido investidos de la autoridad patriarcal, son los dignatarios de la tradición. Ellos han merecido ser los iniciados en los arcanos del orden sobrenatural. Su excelencia es la que corresponde a los voceros y administradores de estos valores. He aquí que su dignidad y sus signos son, de un lado, la identificación con la tradición y, del otro, el dominio que ejercen sobre los demás. Religiosidad, jerarquía, dignidad, constituyen lo medular de la tradición patriarcal. Bástenos agregar la idea de deber que todo ello implica, así como las virtudes domésticas propias de quienes han de velar material y moralmente por su familia, para resumir lo que hay de más sustantivo en la conciencia patriarcal.

Desde esta perspectiva podemos asimilar la hacienda a la familia patriarcal y concluir que la imagen del patrón no es otra cosa que la

proyección de la figura del patriarca a las relaciones entre el propietario de la tierra y sus inquilinos. Hay, sin embargo, una diferencia fundamental. En el seno de la familia patriarcal, las relaciones que mantiene el padre con sus hijos son relaciones básicamente entre iguales. Las diferencias son más bien accidentales y corresponden, si pudiera decirse así, a aquellas que se dan entre maestro y discípulo, entre un iniciado y quienes están por iniciarse. Junto con adentrarlos en la tradición dominante, el padre está invistiendo a sus hijos con su propia dignidad. De suerte que, llegado el final de su aprendizaje, el hijo podrá asumir por si mismo la calidad de patriarca. Esta última no es dignidad de un sujeto, sino de una estirpe en que cada generación recibe y debe ejecutar los dictámenes de la tradición ancestral. El patriarca y su descendencia son entonces jerárquicamente iguales, puesto que gozan de un destino común: encarnar el orden superior tenido como natural. Muy distinto es el caso del patriarca como patrón. Su familia son ahora sus inquilinos, vale decir, la estirpe señalada como inferior. Se trata de una humanidad embrionaria, abismada en sus instintos primitivos. Están lejos de encarnar los valores de la tradición dominante y su lugar es el de servidores de quienes aparecen como sus superiores. Incapaces de asumir por sí mismos la tradición en todo lo que ella supone de excelencia, su bondad radica en acatar leal y sumisamente los designios de quienes monopolizan la virtud. Su naturaleza inferior determina que la imagen de patrón deba combinar las calidades de patriarca y de señor. Como patriarca, el patrón debe velar física y moralmente por sus inquilinos. Debe proveer subsistencia y asistirlos en sus enfermedades. Moralmente no se trata de imbuirlos de una tradición cuya dignidad les está negada dada su condición de inferiores, pero sí de templar sus pasiones e instintos. Cabe apartarlos del alcohol, apaciguar su carácter pendenciero, ajustar su sexualidad a las buenas costumbres. Como señor, el patrón debe ejercer plenamente su dominio y servirse de sus inquilinos. Debe exigirles obediencia absoluta a sus mandatos y fiscalizar el acatamiento de su autoridad. En resumen, debe ser caritativo y poderoso. Y en la medida que asuma cabalmente su condición de patrón y ejerza paternalmente su señorío, estará realizando los valores de la tradición. La fe en un orden provi-

dencial, el respeto a la jerarquía, las virtudes domésticas, el sentido del deber, todo ello está personificado en el patrón. He aquí la dignidad de su condición. Y puesto que el linaje se identifica con la tradición patriarcal, en ella radica también la dignidad del buen nombre. Vemos entonces como el sentimiento de superioridad que se condensa en la alcurnia, se vincula a un larga sucesión de patriarcas y señores de la tierra. El linaje es sobre todo la nobleza de la hacienda.

Es en este contexto donde irrumpe el dinero, inicialmente como resultado del desarrollo de un sector exportador nacional y luego a consecuencias de la constitución del enclave salitrero. En todo caso, la rapidez y la cantidad con que fluye el dinero a partir de entonces son tales, que bien puede hablarse de su invasión en el mundo tradicional. Es cierto que, por su origen y destino, el dinero que circula hacia el novecientos deja incólume la organización de la hacienda. La opulencia que ha traído consigo el enclave no sólo no altera el régimen y las relaciones de producción de la hacienda, sino que –y como lo hemos afirmado repetidas veces– requiere para poder realizarse que ésta última se mantenga. Lo que hemos llamado la aristocratización del dinero no es otra cosa que el intento, tanto a nivel de los hechos, como a nivel de la conciencia, de integrar el dinero a las condiciones de la dominación tradicional. Podríamos concluir entonces que el dinero no niega en nada la estructura de la hacienda y que ésta sigue siendo lo que siempre ha sido. Pero ocurre que la hacienda no es sólo una organización. Acabamos de ver que ella es también un universo de significados, una serie de ideas que conforman toda una tradición. De allí que quepa preguntarse, ¿qué impacto ha tenido el dinero sobre esta tradición? ¿Se mantiene acaso igualmente incólume lo que podríamos llamar el espíritu de la hacienda?

Los mecanismos que aseguran que la organización de la hacienda salga relativamente ilesa de la invasión del dinero, son paradójicamente los mismos que afectarán la tradición patriarcal. La actividad y el consumo de buen tono distraen al dinero de una posible inversión reproductiva, inversión que, de un modo u otro, alteraría el régimen y las relaciones de producción de la hacienda. El mismo buen tono, sin embargo, im-

plica actitudes y hábitos que no sólo son ajenos a la tradición, sino que incluso la contradicen.

El ceremonial mundano es un rito fundamentalmente urbano. Su marco adecuado es la gran ciudad. Requiere de barrios suntuosos, de teatros, de clubes, de un comercio nutrido y aparatoso. Su sociabilidad impone traspasar los umbrales de la familia y el vecindario e ir a mezclarse en una suerte de farándula. Es un espectáculo permanente y que necesita de una vasta concurrencia. La residencia a firme en la capital es pues una obligación para quiénes desean cultivarlo. De allí que una buena parte de la oligarquía haya abandonado definitivamente la hacienda y viva ahora exclusivamente en Santiago. Volverán al campo sólo en los meses de verano y lo harán, sobre todo, bajo el influjo de la moda que impone la temporada veraniega lejos de la ciudad. Para ello harán acompañarse de un buen número de invitados. Su estadía transcurrirá así entre paseos, meriendas, tertulias y bailes. Será una suerte de réplica, en tono menor, de la vida mundana que llevan en Santiago. Para estos efectos, los más ricos han reemplazado las viejas casas patronales por otras nuevas. Las casas antiguas, rodeadas por las casas de inquilinos y donde se confundían la casa habitación con bodegas, talleres y dependencias, se sustituyen por otras que imitan palacetes y cuyos amplios parques las aíslan olímpicamente, tanto de las faenas agrícolas, como de la vida doméstica del inquilinaje.

Por otra parte, el buen tono actúa y consume básicamente de prestado. Importa cosas, decires, etiquetas. Se pretende abierto a las influencias de la moderna cultura europea, al menos en lo que ésta tiene de exterior. Lo que se llama el gran mundo acoge sin reservas los dictámenes de la moda de París y Londres. El cotidiano se transforma entonces al influjo de una serie de usos y hábitos que resultan absolutamente novedosos con respecto a los modos de hacer tradicionales. Hasta el día se ordena de manera original, siguiendo el ritmo de la hora del aperitivo, del *five o'clock tea*, de la *soirée*".Podríamos entregar un sinfín de detalles en este sentido, pero bástenos señalar que desde estas novedades las viejas costumbres se perciben como algo rústico y desdeñable. El "savoir-faire" y el "savoir-vivre" rotulan a muchas de las prácticas de

antaño con el estigma de tradiciones populares. Quedan de este modo vedadas para quienes pretenden hacer alarde de buen tono[22].

Otro ejemplar de la misma revista caricaturiza lo que fue ayer y es hoy, del modo siguiente. Ayer, en un 18 de Septiembre, se muestra a un caballero entrando a una fonda popular. Va a caballo y en tenida de huaso e irrumpe gritando, ¡yo pago todo!; hoy, con ocasión también de las Fiestas Patrias, se pinta al mismo caballero. Viste ahora terno inglés, va a pie con bastón a la mano y clavel al ojal. Entra a la fonda, bebe un *drink* y se va sin pagar[23]. Esta caricatura revela irónicamente cómo el buen tono ha aislado el mundo oligárquico del mundo popular. En la pintura del mundo pasado, patrón y trabajadores se confunden en las celebraciones del 18, compartiendo los mismos signos de chilenidad. Esto ha cambiado a vuelta de siglo y así, en el segundo cuadro, se nos pinta a un caballero que ve en los festejos populares algo que le resulta extraño, casi exótico, y que no puede ni quiere compartir.

Que el buen tono lleve, en muchos casos, a ausentarse de la hacienda y a despreciar muchas de las formas de hacer tradicionales, no basta, sin embargo, para comprender hasta qué punto niega la conciencia patriarcal. Lo decisivo, en este sentido, es el tipo de relaciones que el buen tono percibe como el contexto donde ha de manifestarse el

---

22 Al respecto resulta significativa la evolución de las celebraciones del 18 de Septiembre o aniversario patrio. Antaño, tanto en las zonas rurales como en los centros urbanos, incluso en la capital, con ocasión de estas festividades, autoridades, clase alta y pueblo se mezclaban codo a codo para presenciar rodeos, bailar cueca al son del arpa y la guitarra, entonar canciones tradicionales y festejarse con los platos y bebidas criollas. Ya hacia el novecientos este encuentro es cosa del pasado. Mientras en la capital el pueblo sigue celebrando dichas fiestas a la usanza campesina, la oligarquía ha abandonado la tradición, dándole a las Festividades Patrias el carácter de una oportunidad más de celebrar el rito mundano. Una revista de la época describe cómo se divertirá la oligarquía en los días del 18. "La sociedad acudirá el 18 y el 20 a las carreras del Club Hípico, verdaderos torneos de elegancia primaveral, donde se exhiben las últimas modas, quedando consagradas aquellas que dan el buen tono social. Otro punto aristocrático de reunión es la ópera, que en esas noches de gala presenta soberbio aspecto con tanta juventud, hermosura y riqueza aprisiona en su recinto". (*Revista Zig-Zag*, año XI, N° 552, 18 de Septiembre de 1915)

23 *Revista Zig-Zag*, Año IX, N 448, 20 de Septiembre de 1913

colmo de lo aristocrático. Hemos visto ya que el buen tono implica un ceremonial exclusivamente entre iguales. Asistir a esta ceremonia y ejecutar lo prescrito por la moda, es suficiente para ver reflejada allí la propia imagen de aristócrata. De allí que quienes son vistos como inferiores, resultan absolutamente insignificantes en este contexto. En suma, la exteriorización de lo aristocrático vía el buen tono prescinde por completo de la relación con quienes son tomados por inferiores.

¡Qué distinto es esto al modo patriarcal de manifestar la idea de superioridad! Hemos visto recién que la tradición define al quehacer patronal como encarnación máxima de la idea de superioridad, que finca la realización de lo aristocrático precisamente en la relación de dominación que mantiene el patrón con sus servidores. Mandar y hacerse obedecer es prueba fehaciente de la dignidad de señor. La servidumbre del otro confirma la propia elevación, refleja nítidamente la propia imagen de excelencia. Y en la medida que el patrón ejerza paternalmente su autoridad, se verá a sí mismo como mandatario y guardián de un orden providencial. Al poner en práctica su calidad de patrón, vislumbra la trascendencia de su misión. He aquí la esencia de lo aristocrático, según la tradición patriarcal. Desde esta perspectiva no puede haber entonces otro signo más cabal de excelencia que no sea la figura del patrón, padre y señor de sus inquilinos.

Ahora bien, ¿qué significa que el buen tono realice lo aristocrático al margen de las relaciones que supone el patronazgo? Si bien el buen tono descansa en las relaciones tradicionales de dominación, ocurre que las da por supuestas, al extremo que la oligarquía hace caso omiso del papel que ellas le asignaban. El origen del dinero que fluye hacia el novecientos juega en esto un papel importantísimo. Sucede que la opulencia que da ahora impronta de aristocrático no es producto directo de la hacienda ni resulta del ejercicio de la calidad de patrón. Ella proviene, por el contrario, del control estatal que ejerce la oligarquía. Y, dado lo hegemónico de su poder, la oligarquía ve en el Estado su propia organización, pudiendo interpretarlo así como una prolongación de sí misma. De allí que perciba las riquezas que obtiene vía su control del Estado como una mera consecuencia de ser ella quien es. Su opulencia

no fluye tanto de las relaciones de explotación económica que mantiene con sus trabajadores, como del vínculo político que ha establecido con el enclave. Este origen del dinero ofusca la visión de la oligarquía, al extremo de poder hacer caso omiso de las relaciones laborales que mantiene con los sectores dominados. Tanto es así que, para realizar la idea de aristocracia que ha asociado al dinero, le basta con exhibir el consumo que hace de su fortuna. Más allá de las contingencias de su dominación, goza ahora del sentimiento de bastarse por entero a sí misma. He aquí su nueva idea de perfección. Que así sea significa negar uno de los elementos esenciales de la tradición patriarcal, a saber, la idea de misión. La tradición deriva la noción de superioridad de la idea de destino: son superiores quiénes han sido llamados a realizar y transmitir el orden natural. La superioridad no es otra cosa que la dignidad que confiere esta misión. Quiénes están asignados a cumplir esta tarea mal pueden encerrarse en el Olimpo; por el contrario, su misma misión los vincula definitivamente con el mundo. Únicamente ejerciendo las calidades de padre y señor, de patriarca y patrón, podrán garantizar la obediencia a esa disposición concertada de las cosas. Es en este punto donde el dinero y el buen tono niegan la tradición. Ambos reducen la idea de aristocracia a la de autosuficiencia, a la de una perfección acabada en sí misma al extremo que para realizarse le basta con exhibirse. Mientras la tradición identifica lo aristocrático como el camino para ganar el cielo, el buen tono ve la perfección en haberlo ya alcanzado. Mientras para la tradición lo aristocrático implica actuar como representantes del orden superior, el buen tono da por descontada su propia superioridad y le basta con lucirse. Mientras una supone deberes, el otro es sobre todo entretención.

Lo expuesto hasta aquí permite responder a la que fuera nuestra pregunta inicial: ¿por qué coexisten en la conciencia oligárquica dos puntos de vista opuestos para definir lo aristocrático? ¿Por qué unos enfatizan el linaje y otros el dinero y el buen tono? Que así sea no es otra cosa que un reflejo de las contradicciones que ha generado el dinero con respecto a la tradición. Acabamos de ver que la valorización aristocrática del dinero y su realización en el buen tono, niegan muchas de las concepciones

tradicionales. El dinero no logra traspasar los confines de lo mundano y se mantiene fuera del territorio ético-religioso donde arraiga la tradición. De suerte que la conciencia oligárquica no puede llegar a sintetizar estos elementos y aparece escindida por la idea de una aristocracia del linaje, vale decir, de la tradición, y otra del dinero. Insistiremos en esto al tratar el mito aristocrático. Bástenos, por ahora, reiterar que el dinero rompe con la tradición en la medida que no logra cubrirse de la connotación moral que permea todo el mundo patriarcal.

Corresponde, por último, incluir aquí otro de los contenidos tradicionales de la conciencia oligárquica, a saber, lo que el decir de la época da en llamar la sangre, y que, como veremos a continuación, es sinónimo de raza.

2. EL VALOR DE LA RAZA

Sangre limpia, pura, rica, noble, buena... Estas son expresiones bastante frecuentes en la literatura de la época y que, obviamente, se refieren a la oligarquía.

Parecería, a primera vista, que el vocablo sangre no fuese otra cosa que la designación metafórica del linaje. La sangre sería la sangre del antepasado, nutriendo el prestigio de su descendencia. El buen nombre tendría entonces la fuerza de lo genérico, de lo atávico. La reproducción biológica sería también reproducción de cualidades morales, de buenos instintos heredados. "Creía en la excelencia virtual de la sangre. Por lo menos pensaba que si la suya, tan pura de escorias y siempre transmitida en sacramentales alambiques... ¿qué serian aquellas otras, pasadas por charcas y envilecidas de cieno?... atribuía su rectitud de proceder a la elevación de su naturaleza privilegiada por la sangre"[24].

Si bien la sangre apunta a la idea de linaje, éste no es, sin embargo, su significado más usual. De hecho la sangre recibe sobre todo la connotación de raza. La "pureza de sangre" es la manera figurada de designar a quienes son de ascendencia europea y acusan los rasgos

[24] Iris, *Tomo II. op. cit.*

físicos del blanco. Señala ese fenómeno natural que ejecuta en algunos ciertos rasgos faciales y cierto colorido, distintos a los de otros. Sólo que la oligarquía va mucho más allá de las meras diferencias físicas que distinguen a los hombres. Su interpretación de la raza es tal, que transforma el simple hecho biológico en un hecho moral, la ejecutoria natural en un designio sobrenatural. Veamos pues cuál es esta idea de raza que anida en la mentalidad oligárquica. La literatura nos ofrece una escena reveladora.

Se trata de un aristócrata que conoce por vez primera a un religioso franciscano tenido por santo. Grandes son su sorpresa y desencanto cuando ya en presencia del buen varón comprueba que éste es mestizo. La fama del religioso no es entonces obstáculo para el desprecio que despiertan sus rasgos indígenas en nuestro personaje.

"Por lo feo, calculó que era Fray Andresito. Aquel lego afamado por su santidad, hería de lleno sus prejuicios... Estaba convencido que hasta el Espíritu Santo precisa de sangre secularmente filtrada y vaciada en limpios vasos para realizar sus prodigios. Repugnaba a su sentimiento de orgullo racial que un hombre tan tosco alcanzara plenitud de gracia"[25]. Queda aquí en claro que la raza entraña la idea de selección. La raza europea es superior a las otras y los rasgos físicos que la evidencian no son otra cosa que signos de la naturaleza privilegiada que se encarna en ella. El aspecto europeo no marca sólo una diferencia física, sino que delata la excelencia de una naturaleza moralmente superior. Sus facciones más finas y el colorido más claro manifiestan una mejor pasta espiritual, son cauce de nobles virtudes e ideales. Y si se afirma que hasta el Espíritu Santo requiere de sangre europea para realizar sus prodigios, es porque en la selección racial se percibe la voluntad del Creador. El argumento sería del tenor siguiente. La raza, al igual que todo fenómeno natural, refleja los designios de un plan sobrenatural. Sus orígenes se fincan pues en un gesto providencial, es la divinidad misma quien ha dispuesto que los hombres se distingan por el color de su piel. Ahora bien, dado que la perfección está absolutamente reñida

---

[25] *Ibíd.*

con el capricho o el absurdo, todo acto divino debe tener necesariamente un sentido. ¿A qué designio obedece entonces el hecho de la raza? El color de la piel nos descubre metafóricamente este sentido. La claridad de la piel nos habla que allí habita con más fuerza la luz del espíritu. Por el contrario, el tinte oscuro nos dice que allí el espíritu es apenas una larva, aprisionada en la animalidad de la materia. Sin duda que el espíritu divino anima toda la creación, sólo que a algunos los ha hecho más responsables del orden providencial.

Para ello ha tenido que abrirlos al caudal de su espíritu, dotándolos de una conciencia moral capaz de trascender la materia y de vislumbrar la voluntad divina para así perpetuarla aquí en la Tierra. He aquí la dignidad del blanco. Por el contrario, el destino de las demás razas es fundamentalmente el de reproducir las condiciones materiales de la creación, de allí que estén sobre todo dotadas de la fuerza del instinto e inmersas en la animalidad. Su conciencia es rudimentaria en la medida que les basta acatar el orden natural de las cosas y someterse a la tutela de quienes están imbuidos de una plena conciencia moral. Reina así la más completa armonía: mientras a unos les basta vivir para realizar su destino, a otros les cabe descubrir y mantener encendido el sentido de la vida. La idea de fraternidad universal resulta pues ingenua. "En vano la amable sencillez de las mujeres blancas destruía barreras, pues, la naturaleza porfiada, marcaba en color, tosquedad y rudeza de gestos, su oscura voluntad de dominación y servidumbre"[26]. Por el contrario, está en lo cierto quién "...desconfía de la masa inconsciente que forma el pueblo (indio o mestizo), no otorgando fe a cualidad alguna que no viniera por clara selección racial"[27].

El racismo que acusa la conciencia oligárquica se manifiesta no sólo en la literatura propiamente tal, sino que también en la obra de los historiadores, así como en las opiniones de la prensa de la época. Es frecuente encontrarse, por ejemplo, con argumentos que explican la pretendida superioridad social chilena sobre otros países del continente

---

26 Iris, *op. cit*

27 Iris, *Tomo II, op. cit*

por el hecho que aquí habría una mejor selección racial: el grueso del pueblo lo constituirían mestizos con una proporción relativamente alta de sangre europea, el indio habría sido diezmado y el negro estaría prácticamente ausente: "...en esta colonia nunca adquirieron gran fuerza esos elementos heterogéneos, como los negros y mulatos, que en otros países hispanoamericanos han sido gérmenes fecundos de contiendas civiles"[28]. Es también usual encontrarse con opiniones que ven un hecho feliz en la prolongada guerra entre españoles y araucanos en cuanto ello habría mantenido aislado al más numeroso de los pueblos aborígenes, evitando así un mayor mestizaje. "...la separación entre españoles y araucanos (produjo) la integridad originaria con que las razas se mantuvieron en Chile, la falta de mestizaje, y, por lo mismo, la característica de nuestra superioridad étnica. Indios y españoles daban un producto degenerado, toda esa arrastrada población de mulatos y cuarterones..."[29] Abundan, por último, los juicios que asocian los vicios que se perciben en los sectores populares al origen étnico de los mismos. "En cuanto se substrae al control y al contacto de los elementos sociales superiores más civilizados que él, el campesino, cargado de sangre araucana, desciende en moralidad, en cultura y en todo lo que constituye la civilización. Se hace perezoso, aventurero y ladrón"[30].Acaso ninguna otra manifestación expresa el desprecio racial de manera tan desembozada como la anécdota siguiente: Ciertos empresarios de espectáculos se preparan para llevar a la Gran Exposición Universal de París (1900) a un grupo de araucanos. Este hecho despierta tenaz oposición en un diario de la capital. Alega que ello no sólo atenta contra la caridad, sino que también desacredita al país: "...¿qué interés nacional se sirve acarreando para exhibirlo en París como muestra de Chile, un puñado de indios casi salvajes, embrutecidos, degradados, de repugnante aspecto?"[31]. ¡Qué vergüenza que en París puedan identificar a Chile con los miembros de una raza inferior!

---

28 Domingo Amunátegui Solar, *Las encomiendas de Indígenas en Chile*, Imprenta Cervantes, Santiago, 1910.

29 Benjamín Vicuña Subercaseaux, *Las Crónicas del Centenario*, Sociedad Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1910

30 Francisco A. Encina, *Nuestra Inferioridad económica* (1911). Editorial Universitaria, S, A. Santiago, 1955

31 Diario *El Porvenir* de Santiago, Editorial del 21-IV-1900.

Ahora bien, en la medida que el linaje nos evoque sólo al antepasado histórico, entre el buen nombre y la idea de raza zanjará ciertamente una diferencia esencial. Mientras el linaje se nutre de los méritos del antecesor histórico, la noción de raza remite a la divinidad misma y a los designios del Creador. Mientras el linaje cifra su orgullo en el prestigio social, acumulado al extremo de constituir una suerte de nobleza hereditaria, la superioridad de la raza estriba en la condición de creatura favorecida por Dios. Basta recordar, sin embargo, que el linaje significa también apego a la tradición, para que quede en evidencia el vínculo que ata las nociones de linaje y de raza. Hombre blanco, patriarca y patrón son ideas que fluyen de un mismo cauce, ramas de un mismo tronco. Todas ellas no hacen otra cosa que cubrir aspectos de aquella cosmovisión en que la naturaleza y la historia emanan de un orden providencial y en que la discriminación social se confunde con la calidad de creatura consciente o inconsciente de tan altos designios. Así, la distancia entre la raza y el linaje no es otra que la de ubicarse a distintos niveles de abstracción: la raza es lo genérico, mientras que el linaje importa una mayor especificación. Es precisamente por su grado de generalidad que la idea de raza nos adentra ya en los terrenos del mito. Internémonos pues en el terreno de lo mítico.

CAPITULO IV

EL MITO ARISTOCRÁTICO

Una novela de la época nos ofrece el pasaje siguiente: Se trata de la celebración en el campo del 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción. Al repique de las campanas los feligreses van llenando la pequeña iglesia campesina, la aldea está enclavada en las tierras de la más grande hacienda de la zona. Los parroquianos son pues los inquilinos, trabajadores y empleados del hacendado Don Francisco de Maceda. Don Francisco ha hecho construir la iglesia y asiste con sus limosnas al cura, de modo que éste pueda remediar en algo la miseria de tantas manos extendidas. Son las nueve de la mañana y centenares de hombres de trabajo se alinean ya al fondo de las naves. Han dejado en el rancho sus miserias, revistiéndose de júbilo para venir en pos del caudal de la misericordia. El Cristo, majestuoso en su dolor, recibe sus súplicas, trastocando en promesa de eternidad aquel desgajarse de gemidos por las crueldades de la vida. La sangre de Cristo les desvuelve el deseo de vivir, no temen los días amargos de trabajo ni los sacrificios, armados ya del lema consolador: mañana será el descanso. Ellos han mirado siempre las llagas de Cristo crucificado. Es más, su propia miseria los identifica con Cristo en la cruz y por virtud de aquel martirio arráncanse de la brutalidad de sus instintos, haciéndose buenos y sufridos... Son ahora más de la nueve de la mañana y no asoma aún Don Francisco y su familia. ¿Se habrán olvidado de la gente que aguarda la misa de función? Un grito de alegría va a animar el cansancio de la espera. ¡Va viene el breack del patrón, ya viene! ¡Todo sonríe en la milagrosa mañana! Envuelto en la polvareda llega el breack. Descienden Don Francisco y su familia. Los trabajadores les abren camino hasta la fila de reclinatorios dispuestos justo frente al altar. Comienza entonces la ceremonia. Cánticos, sermón, oraciones... Ha terminado

la misa. Los trabajadores acuden ahora al patio de la iglesia donde se les sirve un suculento desayuno, chocolate y dulces, regalo también de Don Francisco. Mientras, éste y su familia conversan un rato con el cura, rodeados por los empleados de mayor confianza. Al momento de despedirse, Don Francisco entrega un papel al párroco. ¡Diez mil pesos para los pobres! ¡Bendito sea Don Francisco! La noticia cunde entre las gentes y todos corean el nombre del patrón. Don Francisco se ha portado como un gran cristiano que devuelve a su Señor el préstamo de las dádivas recibidas. La fiesta ha terminado[1].

Esta escena nos revela toda una cosmovisión que no deja dudas acerca del lugar y la misión de cada cual aquí en la tierra. Los hombres de trabajo, el así llamado pueblo, se vacían en la imagen de Cristo crucificado. Su destino es la redención. Para ello deben imitar la pasión de Cristo y asumir una vida de trabajo y de penurias.

Así como el dolor divino les abre las puertas del cielo, su propio dolor humano los limpia de su naturaleza bestial y primitiva. De ellos y para ellos es el valle de lágrimas. Sufridos se harán buenos, crucificados al trabajo y a la pobreza serán salvados al momento de la muerte. La sangre de Cristo les ha abierto virtualmente las puertas de la eternidad, pero su redención se juega aquí en la Tierra. Cristo ha querido, sin embargo, darles no sólo la esperanza de salvación, sino también el ejemplo de cómo hacer para convertir esta esperanza en realidad. Templando su naturaleza en los esfuerzos del trabajo y en las aflicciones de la pobreza, lograrán sublimar la depravación de sus instintos. He aquí su camino de redención. He aquí la responsabilidad que tienen frente al plan divino y frente a sí mismo. Pues "... el pueblo no alcanza todavía a la redención de Cristo"[2]. Su naturaleza sigue siendo de barro y "...se parecen a los animales en la mentalidad"[3]. "Domar en ellos la bestia primitiva..."[4] es su misión aquí en la Tierra, su propia labor de redención. Cristo en la cruz les ofrece únicamente una guía y una recompensa. Sólo una vida resignada

---

1 Fernández, *La María del Carmen*, op. cit.

2 Iris, *Cuando mi tierra nació*, op. cit

3 Vicuña, *Días de campo, op. cit.*

4 Iris, *Cuando mi tierra era niña, op. cit.*

al sufrimiento puede hacer el milagro de trastrocar su naturaleza innoble en un alma inmortal. Para ellos la felicidad es definitivamente algo de otro mundo. De allí que las causas de su dolor sean también las fuentes de su esperanza. Su servidumbre, su sumisión, su miseria, entrañan la posibilidad de transfigurarse en hijos de Dios. En suma, la creencia y el sentimiento religioso prescriben para el pueblo una ética del dolor.

¡Qué distinto es el caso de las altas clases sociales! Para un Don Francisco y sus congéneres no hay tal identificación con el Cristo en agonía, Su naturaleza ha sido ya redimida.

La gracia divina ha convertido su vil materia en naturaleza espiritual. El don de una conciencia trascendente ha cortado en ellos las ataduras del instinto. Mientras el pueblo es una humanidad en cierre, una humanidad a ser purificada, ellos son una humanidad ya plena. La divinidad ha querido reconocerlos en vida como hijos suyos. De allí que no les corresponda identificarse con el dolor de Cristo, sino más bien con la gloria de Dios Padre. La dádiva del espíritu los ha convertido en depositarios de la verdad divina. Su conciencia accede a los designios del Todopoderoso y su misión aquí en la Tierra es cumplir con la fidelidad del hijo, la voluntad del Padre. "Venimos a la Tierra por breves años y muy estrecha será la cuenta que debemos dar a Dios por los bienes recibidos"[5]. "Venimos a la Tierra....", es decir, no nacen de la tierra, no están hechos de animalidad, son, por el contrario, encarnaciones del espíritu y en ellos sopla el hálito divino. He aquí el bien recibido. Pero este bien, que no es otro que el de su semejanza con Dios, implica un deber: ser mandatarios del orden sobrenatural aquí en la Tierra. He aquí la cuenta que deben rendir. Para ello deben actuar el rol providencial en este mundo. A imagen de Dios Padre, deben comportarse paternalmente frente al pueblo que se debate aún entre su animalidad y sus posibilidades de redención. Tiene pues la obligación de disciplinar con su autoridad los bajos instintos del pueblo, de templar su naturaleza con el trabajo, de hacerles comprender el milagro moral que surge de la resignación, así como de castigar cualquier rebeldía, de inculcarles costumbres domésticas acordes con los preceptos de la ley

---

5 Iris, *Cuando mi tierra era niña, op. cit*

divina. Deben, por último, actuar misericordiosamente y asistir con su caridad a esa humanidad que sufre en pos de su redención.

Estos derechos y deberes corresponden a su condición de dignatarios de Dios. Así, la ética que prescribe la creencia religiosa para ellos es justamente una ética de la dignidad.

Lo dicho hasta aquí nos habla de una visión religiosa del mundo que escinde a la humanidad en dos partes bien diferenciadas, según su naturaleza y destino. Mientras el pueblo se corresponde con la imagen de Cristo Crucificado y debe ceñir su comportamiento a una moral del dolor, las clases privilegiadas se asemejan a Dios Padre y deben amoldar su conducta a una moral del honor. Mientras el pueblo concurre al templo para pedir misericordia y ofrecer su sacrificio, el señor asiste para dar gracias y ofrecer limosna. Hay un diálogo que creemos preciso como manifestación de lo que venimos diciendo y que transcribimos a continuación:

"El mayordomo se presentó a don Evaristo, que le recibió con saludo paternal".

-Buenas tardes, Eusebio, ¿se mejoró tu chiquilla?

-Un poco más alivia patrón a Dios gracias... los remedios que le llevó misiá Elisita la han güelto el alma al cuerpo... que Nuestro Señor se lo pague"[6].

Don Evaristo y Eusebio creen, sin duda, en un mismo Dios, como que el mayordomo lo llama "nuestro". Pero la actitud del primero, así como las palabras del segundo, dejan en claro que ambos tienen una relación muy distinta con la divinidad. La aflicción del trabajador desencadena el gesto paternal del patrón. Y a la caridad de este último, el trabajador responde dando las gracias primero a Dios y luego al señor. Es decir, el pobre ve la presencia de Dios en la acción del patrón, percibe en ésta un reflejo de la Providencia, como si tras la mano del patrón estuviese la mano de Dios.

6 Orrego, *En familia, op, cit.*

Al vincular en sus agradecimientos a Dios con la persona del patrón, el trabajador no hace otra cosa que reconocer que este último actúa en nombre de aquél. Y ese "que Dios se lo pague", expresión final de la gratitud del hombre del pueblo, es como una afirmación rotunda de la estrecha relación que se percibe entre Dios y el patrón: su proximidad es suficiente como para que entre ambos quepa pedir y rendir cuentas respectivamente, vale decir, la relación propia de un señor con sus dignatarios.

Puede que esta concepción religiosa no corresponda a ninguna teología o doctrina explícita. Más aun, puede incluso que se la juzgue aberrante o falsa desde el punto de vista de los dogmas oficiales. En todo caso, es ésta y no otra la concepción que encontramos animando las creencias y sentimientos religiosos de la época[7].

---

[7] Cabe distinguir tajantemente entre el mito aristocrático y la doctrina del Orden Social Cristiano formulada en las encíclicas de León XIII. Esta última, que es la doctrina oficial de la Iglesia Católica hacia la época, difiere del mito, a lo menos, en dos puntos esenciales. En primer lugar, según el Orden Social Cristiano los hombres son iguales en Dios. No hay pues la idea de una jerarquía espiritual basada en la conciencia moral de unos pocos señalados y el primitivismo del resto. Hay, sin embargo, la idea de que entre los hombres no son iguales ni el ingenio ni las fuerzas, de que esta desigualdad es natural y que de ella síguese que hayan mandatarios y súbditos, patrones y trabajadores, ricos y pobres. Pero la distribución del talento entre los hombres no es algo dado definitivamente, ni marca para siempre a generaciones sucesivas. El talento y la fuerza no se heredan necesariamente y los más capaces pueden nacer de ricos y pobres. De allí que la discriminación social se considera justa sólo en la medida que corresponda a las diferencias naturales entre los hombres y que no consagre ningún privilegio hereditario. De más está decir que esta idea de justicia es por completo ajena al mito aristocrático. En segundo lugar, si bien el orden social cristiano sostiene también que la autoridad tiene su origen en Dios, piensa que son todos los hombres los mandatarios de la ley divina aquí en la Tierra. De suerte que es en la comunidad humana donde reside la facultad de decidir quiénes han de ejercer la autoridad civil. Esta concepción democrática nada tiene que ver con el mito. Ahora bien, pese a que es a esta doctrina a la que adhieren los elementos confesadamente católicos de la oligarquía, la voz oficial de la Iglesia permanece como una suerte de barniz que no logra penetrar la conciencia oligárquica. Esta última está aún llena de las resonancias del mito aristocrático. Así, los sectores confesionales de la oligarquía acogen y repiten las palabras del orden social cristiano, pero son incapaces de aprehender el sentido que las anima. Su conciencia está demasiado impregnada de las creencias del mito como para poder aproximarse a la doctrina de otra manera que no sea la meramente retórica.

Ahora bien, es desde esta perspectiva religiosa que el mundo oligárquico se integra y legitima tradicionalmente. Que esta idea conciba la realidad como al mero reflejo de un orden sobrenatural, que no vea en ella más que la voluntad inmutable, absoluta e imperiosa de un Creador, implica atribuir a la realidad un carácter inmanente que la determina por entero. La complejidad de lo real se reduce así a un cúmulo de signos de la obra de Dios. Y como el significado de esta última ha sido revelado, al menos en sus aspectos más fundamentales, la realidad puede darse por conocida. El gesto creador confiere un sentido único y último a la realidad; cuanto en ella se manifiesta y acontece, encuentra necesariamente su razón de ser en la voluntad del Creador. Se trata pues de una episteme que parte de una verdad tan primera, determinante y universal, como para poder deducir de ella el significado de cualquier ámbito de lo real. Desde el momento que a los hombres les ha sido revelada su particular relación con Dios, ellos conocen su naturaleza y su destino. Y premunidos de este conocimiento, pueden explicarse, a su vez, las relaciones que observan tanto entre sí, como con las cosas.

Para los pocos elegidos como dignatarios de Dios aquí en la Tierra, esta misma revelación les dice que su naturaleza ha sido ya redimida y que su misión no es otra que la de asumir la representación de Dios Padre frente al resto. Se aclara entonces de golpe el sentido que tienen sus relaciones con los demás y con los bienes de este mundo. Que concentren el poder en sus manos, que posean la tierra, que se sirvan del trabajo de los otros para su propia subsistencia, que se impongan el deber de la caridad... todo ello no es más que un reflejo de la superioridad moral con que los ha agraciado el Creador. Toda su experiencia se funda al fulgor de la creencia religiosa en este sentimiento único que lo comprende todo. Las discriminaciones que ocurren en el ámbito político, económico y social, calcan simplemente la jerarquía espiritual que Dios ha querido establecer entre sus creaturas. Los hombres nacen y mueren, sea a la sombra de Dios Padre, sea a la sombra de la Cruz, y esta verdad explica rotundamente la dignidad de unos y el dolor de otros. Pretender buscar en la historia de los hombres el porqué del lugar que aparece ocupando cada cual, sería un pecado de soberbia, sería desconocer que

la humanidad no es más que arcilla en las manos de su Hacedor. En suma, la construcción social se vierte por completo en los designios de Dios, sintetizándose así en la idea de una jerarquía espiritual que marca la superioridad de unos pocos y la inferioridad de los más.

Al hablar del ocio y del apellido, sobre todo de este último, insinuamos ya el papel que le cabría a la creencia religiosa en la integración de significados tan diversos como los atribuidos al ocio, al trabajo, al linaje, a la raza, al patrón, al inquilino, a la autoridad patriarcal, etc. No es del caso volver sobre lo dicho ya. Conviene, sin embargo, puntualizar que desde el trasfondo de todos estos significados surge precisamente la idea de superioridad moral, que sabemos ahora es de inspiración religiosa. Que hayamos hablado de mito aristocrático al encabezar estas páginas, obedece a que el sentimiento de excelencia con que la oligarquía ha identificado tradicionalmente lo aristocrático, fluye justamente de la concepción religiosa descrita aquí. "La superioridad jerárquica basada en buena sangre, **que sirve de cauce al Espíritu,** y fundada también en capacidad, inteligencia y bondad de corazón, es absolutamente legítima"[8]. La superioridad social, el valor de lo aristocrático, corresponde... "a la diferencia anímica –única verdadera– y a las diversas edades espirituales en que venimos al mundo las creaturas humanas"[9]. Es esta fe "...parte integrante de la educación, algo inherente a la estirpe, resabio aristocrático"[10], que reviste con una connotación moral a la superioridad social que goza de hecho la oligarquía. Así, el edificio de su propia dominación se resume entero en la idea de su mejor pasta espiritual. Y esta idea no sólo confiere un sentido único al mundo oligárquico, sino que legitima además el estado de cosas que lo expresa. La organización social cobra un carácter sagrado en la medida que se la confunda con los designios de Dios. Transgredir el orden social es ya un asunto moral y que trasciende las relaciones entre los hombres, remitiendo al vínculo con la divinidad. Vemos pues la trabazón que existe entre la concepción religiosa y el sentimiento tradicional de lo aristocrático. Ello provee a la

---

8 Iris, *Diario Intimo*; las negrillas son de los autores

9 *Ibíd.*

10 Orrego, *En famılla, op, cit,*

conciencia oligárquica de una visión coherente del mundo en que vive y justifica tanto a los ojos de la oligarquía como a los de los sectores dominados, las formas en que la primera ha organizado su dominación sobre estos últimos.

No es del caso preguntarse aquí sobre los orígenes de esta creencia religiosa. Lo que si cabe mencionar es que ella, cualesquiera hayan sido los avatares de su construcción, cristaliza junto con la organización de la hacienda. Es en la experiencia social que determina esta última donde el mito encuentra su asidero. La hacienda, a su vez, halla en el mito la posibilidad de proyectarse en un mundo de valores que la justifica moralmente, la reciprocidad entre estas dos dimensiones de la realidad social queda en evidencia al analizar la relación entre patrón e inquilino. Bástenos recordar la vivencia que entraña esta relación para sus participantes. El patrón posee la tierra, se sirve del trabajo del inquilino casi a su entera voluntad, su voz es voz de mando que encuentra obediencia. Su cotidiano es ver cómo otros laboran sumisamente para él. Y al contemplar ese trozo de humanidad afanada en torno suyo, no puede dejar de constatar cuánto los diferencia. Sus trabajadores son mestizos, ignorantes, sucios, miserables. "Creen en apariciones, se curan con meicas o brujas y se beben en el bodegón su jornal de la semana"[11]. No constituyen regularmente sus hogares y procrean en casi total promiscuidad. Entre ellos son pendencieros y hasta sanguinarios y muchas veces el patrón debe intervenir para impedir que uno le pegue a su mujer o acuchille al vecino. Si hasta el idioma se deforma en sus lenguas, como si fuese algo que estuviesen recién aprendiendo. ¡Y qué decir de su educación religiosa! La fe, eso que en el patrón es acervo de generaciones y generaciones, no es en ellos más que un cúmulo de supersticiones. "La palabra divina rebota en el corazón de piedra de esta pobre gente y se necesitaría un milagro, un milagro enorme, para sacarle del reino animal... son demasiado ignorantes, están demasiado degenerados..."[12]

---

[11] Iris, *Cuando mi tierra era niña, op. cit.*

[12] Juan Barros Moreira, *Don Lindo*, Talleres Gráficos La Nación, segunda edición, Santiago, 1936.

Estas mismas gentes, sin embargo, se muestran frente al patrón como peones esforzados y pacientes que sirven para todo. De allí que el patrón les tenga cierto afecto: "Lo querían; habíase criado en la casa, en el tercer patio, con los perros de los que tenia la índole chacotona y fiel"[13]. Vemos pues con qué facilidad pueden extrapolarse los términos de esta relación al mito religioso. La experiencia de superioridad social que hace el patrón calza a maravillas con la imagen de superioridad moral que dibuja el mito. Así, la analogía que pueda establecerse entre la realidad y el mito, permite que ambos se confundan. La adecuación, la correspondencia, entre la experiencia social y la creencia religiosa es tal, que la primera puede verterse en la segunda sin que ello implique forzar en demasía a la una ni a la otra. Esta suerte de trasvasije hace que la experiencia se tiña con la moralidad del mito y que este último cobre visos de realidad.

EL MITO Y LA PERCEPCION DEL PODER

Corresponde ahora detenerse en las proyecciones del mito sobre ciertos ámbitos de la realidad social. No es del caso reiterar aquí lo que acontece con las relaciones entre patrón e inquilino. Tampoco creemos necesario agregar más a lo dicho o sugerido ya con respecto al ocio, al trabajo, al apellido o a la raza. Pero sí queremos explayarnos sobre el influjo que ejerce la creencia religiosa en la manera de percibir el poder.

Mandar u obedecer no es algo librado a las circunstancias, no es algo que los hombres puedan dirimir según los avatares de su historia. Mandar u obedecer es cuestión de destino, de un destino que señala inexorablemente el lugar de cada cual aquí en la Tierra. Mandan los agraciados con una conciencia trascendente y obedecen quienes han de redimir su naturaleza. Que así sea fluye de la jerarquía que el mismo Creador ha querido establecer entre sus creaturas. El poder no es un privilegio que los hombres pueden conquistar por sí mismos, no es fruto ni de la astucia ni de la fuerza de unos sobre otros. El poder es la voluntad misma de Dios. Si algunos hombres aparecen con potestad sobre los

---

13 Vicuña, *Días de Campo, op. Cit*

demás es porque Dios ha querido revelarles sus designios y depositar en sus manos la tarea de cumplirlos. Conviene recordar al respecto que el término de señor corresponde etimológicamente al de señalado, a aquel que lleva las señas del Espíritu. Que a esos hombres que imponen su voluntad sobre los demás se les llame señores, no significa otra cosa que reconocer en ellos la calidad de mandatarios de la potestad divina.

A la luz de esta creencia, el poder que se juega e instaura entre los hombres cobra significados muy particulares. En primer lugar, la situación de poder no fluye de las vicisitudes entre los hombres, sino de la pasta espiritual de que está hecho cada uno. De allí que el poder sea genéticamente autoridad, es decir, que esté plenamente justificado por su mismo origen. De esta idea se desprende que la legitimidad no es asunto que se juegue en el ámbito de las relaciones sociales. La validez del poder no estriba en que unos tengan que ganarse la voluntad de otros. No es cuestión de que el poderoso deba convencer a los demás de la bondad de su mandato para lograr su respeto.

La autoridad no es algo dispensado por quienes se le someten. Ella es, muy por el contrario, dignidad que viene de lo alto. Mal puede entonces fincarse en el juicio de los hombres. Percibir la legitimidad como algo que surge de las relaciones entre poderosos y dominados, como un cierto acuerdo que van urdiendo ambas partes, sería ignorar no sólo la propia dignidad, sino también la inferioridad espiritual que caracteriza a los sometidos. Es pues deber del dignatario asumir su carácter de ungido y actuar con absoluta prescindencia de quienes lo obedecen.

Es esta concepción la que anima opiniones como la siguiente: Con motivo de la celebración del centenario de la Independencia Nacional, un destacado hombre público escribe elogiando lo que ha sido el gobierno de Chile: "Ese gobierno fuerte y aristocrático se apoyó en los elementos conscientes del país y ha sido un producto legitimo del medio"[14].Gobierno fuerte y aristocrático es aquí sinónimo de autoridad

---

[14] José A. Alfonso, Al través de los 100 años, en *El Ferrocarril*, Edición del 18-IX-1910

excluyente, de mando que se atiene exclusivamente a las consideraciones de sus personeros y que prescinde por completo de sus dirigidos, dando por descontada su obediencia. Esta autoridad, que podríamos tildar de autosuficiente, descansa y se nutre de los "elementos conscientes", término en que va comprendido el desarrollo natural de cada cual. Vale decir, esta autoridad parte reconociendo la distancia que media entre los hombres y que no es otra que la que va de la conciencia a la inconsciencia. De allí que se estime como un producto legítimo del medio, medio que no es otro que la oposición natural que existe entre una humanidad ya evolucionada y otra que está aún en ciernes.

Esta misma idea podemos descubrirla en el retrato que hace un político de la época de uno de los presidentes de Chile.

"No buscaba al pueblo ni trataba de halagarle con frases o promesas. Sólo salía del círculo elevado en que se desarrollaba su vida, para atravesar cada mañana el Mapocho e ir allá a la calle de los Olivos a ejercer la dirección de la Casa de Orates y a ocuparse, paternalmente, de la situación de los alienados"[15]. El texto se presta, sin duda, a interpretaciones maliciosas. Pero nuestra intención no es la ironía, sino la comprensión... y en este retrato creemos ver una síntesis acabada de lo que venimos diciendo. La figura del mandatario se nos presenta imbuida plenamente de su dignidad, al extremo que su relación con quienes dirige se agota en la acción de mandarlos desde arriba y de bajar a ellos sólo para aliviar caritativamente algunas de sus miserias.

Otra de las proyecciones del mito apunta a que la autoridad es tenida como algo natural y, por ende, predeterminado. Si la autoridad no es más que un reflejo de las diferencias que zanjan en la naturaleza de los hombres, mandar u obedecer pasa a ser algo consubstancial a cada uno. Desde el momento que el poder y la autoridad se definen como inmanentes, no corresponde asociarles la idea de competición o de logro. Después de todo, no puede tenerse o hacerse más de lo que se

---

15 Manuel Rivas Vicuña, *Historia política y parlamentaria de Chile*, Tomo I. Ediciones de la Biblioteca Nacional, Santiago. 1964. El retrato corresponde a la figura de Don. Pedro Montt, presidente de Chile entre los años 1906 y 1910.

es y se es o no señor por nacimiento. De allí que la autoridad cobre un carácter adscrito, visos de una verdadera dinastía. De esto dan testimonio los personajes de la novela oligárquica. Es frecuente encontrar entre ellos a quienes piensan que ha llegado el momento de ocupar un cargo de autoridad en las esferas del Estado. Este trance les parece algo absolutamente natural y legítimo.

Se trata de miembros de la casta superior cuya experiencia de patronazgo se remonta a varias generaciones... ¿Por qué entonces no aspirar a una senaturía? Y en esta aspiración no media más que el hecho de desear o no tal cargo. En ningún caso se la plantea como una meta por la cual habrá que luchar y para la cual cabrá prepararse. La senaturía, o cualquier otro cargo, se percibe simplemente como una prolongación del mando que se ejerce en la hacienda, como un corolario de la condición de señor. Esta última constituye en sí un derecho, dando además por descontada la idoneidad para cualquier expresión de mando. De suerte que el acceso a algún cargo formal de autoridad aparece como algo para lo cual basta hacerse presente y, a lo más, esperar un turno entre quienes aspiran a él.

Junto a lo anterior, y ligado íntimamente a ello, el mito proyecta un significado muy particular sobre las relaciones de poder. En primer lugar, la idea de una jerarquía espiritual hace impensable concebir las relaciones de poder en términos de dominación, es decir, como el privilegio de unos a expensas de otros. En el plan providencial el señor aparece como el mediador entre Dios y el pueblo que falta redimir. Mandar cobra entonces, y desde el sentido más profundo del mito, la connotación de enseñar al pueblo sus posibilidades de trascendencia, de velar para que sus pasos sigan dicha meta, de aliviar las penurias de su senda. La trabazón entre mandante y sometido es pues de índole moral. Mandar es actuar como una suerte de tutor y obedecer es dejarse guiar hacia un destino superior por una mano protectora. Mal pueden entonces pensarse las relaciones de poder en términos del provecho de unos a partir de la privación de otros. El sentido de tutela moral que se confiere al poder, rechaza de plano la visión de vencedores y vencidos.

Desde esta perspectiva resulta igualmente impensable concebir las relaciones de poder en términos de un pacto social. La idea de un acuerdo más o menos tácito entre los hombres supone atribuir al poder un origen humano. Tal supuesto choca abiertamente con la creencia religiosa. Si se admite una jerarquía espiritual es en cuanto ella fluye del mismo Dios, fuente única del poder. El poder no ata luego tanto a los hombres entre sí, como a cada uno con el Todopoderoso, y no es cuestión de que los hombres amarren o aflojen a voluntad este vinculo sagrado. Que cada cual ocupe su lugar en la jerarquía es un imperativo moral en el que los hombres se juegan su destino de trascendencia. Mal pueden entonces negociar entre ellos la autoridad, transarla sucesivamente según el estado de sus fuerzas e intereses. Desde las profundidades del mito la libertad se transforma en libertinaje y la iniciativa en soberbia. El sentido de destino que reviste a las relaciones de poder, destierra la imagen de una alianza construida por los hombres.

Lo que sí afirma el mito es una imagen de armonía en las relaciones de poder. Esta armonía nace paradójicamente de las diferencias que acusa la naturaleza de los hombres. La autoridad aparece como la instancia que une a quienes precisan de tutela, el pueblo, con aquellos que están en condiciones de dispensarla, los señores. Y si en esta relación reina la concordia, es porque la debilidad intrínseca de unos necesita de la salvaguardia de los otros, cuya mayor estatura moral los obliga, a su vez, a protegerlos. Se trata, por consiguiente, de una unión análoga a la del padre con el hijo, del adulto can el niño. La inconsciencia del pequeño requiere el apoyo del mayor y, viceversa, la conciencia de este último la dicta el deber de asistirlo. Es en este doble sentido de entrega infantil, por una parte, y de responsabilidad paternal, por otra, donde el mito percibe la armonía de las relaciones de poder.

Tal vez donde mejor se refleja el sentido mítico que adoptan las relaciones de poder, sea en la interpretación que suele darse al conflicto social. Desde comienzos de siglo, cuando se registran los primeros síntomas de malestar popular en las salitreras del norte del país, hasta avanzados los años veinte, cuando se da una considerable movilización popular en torno a un proyecto de reforma social, surgen de entre los elementos más

tradicionales de la oligarquía opiniones tendientes a interpretar las causas del conflicto. La línea de argumentación es del tenor siguiente. Desde el momento que tanto la autoridad como las instituciones que la expresan fluyen de un orden moral, las causas del conflicto han de ser también morales. Si se aflojan las ataduras entre el pueblo y la clase dirigente es porque una crisis de moralidad ha hecho presa entre los hombres. En primer lugar está la acción corrosiva de los "envenenadores del pueblo". Se trata de gentes sin Dios ni ley que susurran sus consignas maléficas al oído de los trabajadores. Falsos profetas de una pretendida igualdad que desconoce toda jerarquía espiritual, los anima el odio y la envidia. El veneno que destilan encuentra terreno fácil en la naturaleza primitiva del pueblo, sus voces despiertan a la bestia dormida y las clases inferiores sucumben a sus bajos instintos. "...ya no es como antes entre superiores e inferiores, la armonía entre una cabeza que manda y miembros que obedecen ciegamente. Los trabajadores exigen, apuran, amenazan a veces, y hay que poner mucha atención en ellos... Los patrones debemos vigilar y cuidar almas enfermas e inquietas y curar ciertas llagas de los corazones... respirar en la atmósfera socialista creada por otros... Ellos oyen y se hacen un criterio aliado con sus pasiones. Y he aquí, como estos corazones se enferman"[16]. Si el pueblo se agita y pretende desconocer la jerarquía espiritual, única verdadera, es simplemente porque ha dejado de oponer resistencia a su baja índole moral. Ofuscado en la búsqueda de satisfacción para sus apetitos mundanos, olvida su camino de redención. Sus luchas y reivindicaciones burlan la condición de mansedumbre que lo hace bueno a los ojos de Dios. Porque "es cristiano que los caballeros quieran nivelar las clases levantando a los de abajo... Lo diabólico es cuando los rotos imponen la nivelación por fuerza"[17].

Que el pueblo se deje arrastrar por sus pasiones no es ajeno a la crisis moral que puede afectar igualmente a la clase superior. Esta puede caer en el egoísmo y olvidar sus deberes para con los pobres. Ofuscada por los halagos y placeres mundanos, deja de asumir el rol providencial que le corresponde. Preocupada únicamente de gozar de si misma, afloja

---

16 Mariana Cox Méndez. *La vida íntima de María Goetz,* 1909.

17 Iris, *Cuando mi tierra era niña, op. cit.*

su tutela sobre el pueblo, abandonándolo a sus instintos y miseria. "Las calamidades públicas, las desgracias, las enfermedades de sus servidores e inquilinos no la inmutan. Cumple sus deberes religiosos maquinalmente, sin penetrar su importancia"[18]. Así caracteriza la literatura a un personaje aquejado por esta crisis moral. El contenido de esta última no es otro que la ruptura con la tradición patriarcal, la desnaturalización del vínculo paternal que debe el señor a su pueblo. El privilegiado debe saber "...que Dios lo ha puesto en alto para que, inclinándose con amor, tome de la mano a los que han sido menos acariciados que él por los bienes de la fortuna y los levante dirigiendo su corazón, ilustrando su inteligencia y curando sus miserias. Esa es la función de los miembros de la aristocracia... Si eso no hacen, si no saben amar, si no son capaces de sacrificarse por los demás y traicionar su función social, son responsables ante Dios..."[19] Que se destruyan los antiguos lazos de caridad que hacían de patrones y trabajadores una sola familia, tiene mucho que ver con el apego a la vida mundana y con la extranjerización de las costumbres. Abundan ahora los "flamantes señoritos de París", ensimismados en sus placeres y con los ojos puestos en las modas venidas desde Europa. Es bajo este influjo que se corrompe la clase dirigente, olvidando la tradición patriarcal y su vinculación con el pueblo. Así, por ejemplo, la literatura nos pinta en los términos siguientes la reacción de uno de estos "señoritos" frente al espectáculo de una fonda popular. "Y todo este conjunto de soledad en compañía, de corrupción y tormento, pasaba ante los ojos del vulgar vividor sin hacerle vibrar la sensibilidad. Sólo el estómago se resentía; sólo la repugnancia física traía a su mente la idea de comparar tanto salvajismo con la vida bohemia parisiense donde el libertino ahogaba en baile y en desvergüenza bulliciosa su locura. Y sentía nostalgia de aquella corrupción europea que él traducía en cultura"[20].

Hemos visto ya cómo el buen tono desarraiga a sus cultores de la tradición patriarcal. Hemos visto igualmente cómo desde las cimas del

---

18 Fernández , *La María del Carmen, op. cit.*

19 Diario *El Porvenir,* editorial del 19-IV-1903

20 Fernández*, op. cit.*

gran mundo el pueblo se torna insignificante, al extremo de desaparecer prácticamente de la vista de la aristocracia. Lo que cabe subrayar aquí es que ciertos elementos de la oligarquía no sólo perciben esta situación, sino que ven en ella una de las vertientes del conflicto social. De allí que algunos piensen que "...es necesario volver atrás; a la fe y al amor de Cristo, única salvación de las sociedades"[21].

Ahora bien, todo lo dicho hasta aquí sintetiza en la actitud fuertemente autoritaria que acusa tradicionalmente la oligarquía. El mito la ha encumbrado a alturas que lindan con lo sagrado. Desde allí el poder y la autoridad le parecen de su patrimonio natural, exclusivo y permanente. Desde allí los sectores dominados, el pueblo, aparecen como una masa incapaz de autonomía y cuya inconsciencia hace imperioso el someterla. Si pudiera decirse así, sólo la oligarquía, la casta superior, es capaz de discernir entre el bien y el mal. De ahí que el pueblo deba entregarse ciegamente a su tutela. Sería irresponsable pretender consultar al pueblo, dejar que éste se exprese y abrirse al influjo de sus posibles reivindicaciones. No hay dudas acerca de la baja índole del pueblo, como que con frecuencia se habla de la necesidad de regenerarlo y se le llama la clase inferior. ¿Cómo atribuirle entonces un papel, por muy secundario que sea, en la génesis, en la institucionalización o en la toma de decisiones de la autoridad? ¿Cómo reconocerle cierta capacidad de discernir frente a los designios de la autoridad? La respuesta a estos interrogantes es la total exclusión de los sectores dominados y la afirmación de que el poder y la autoridad incumben únicamente a la clase superior.

La idea de jerarquía espiritual que subyace en el autoritarismo de la oligarquía, confiere a éste ciertas particularidades que conviene destacar. Desde el momento que la oligarquía concibe su poder como un atributo natural, hereditario y moralmente justificado, mal puede plantearse su propia dominación como algo construido históricamente. Su poder es cosa de destino. Esta suposición le hace difícil, si no imposible, percibir su dominio como conquista del pasado, que debe esforzarse por mantener en el presente y proyectar hacia el futuro. Muy por el

[21] Diario *El Porvenir,* editorial del 19- IV -1903

contrario, la oligarquía siente que su poderío trasciende las contingencias de la historia y que se ubica en ese continuo presente que es el tiempo propio de aquello que está determinado de una vez por todas. De allí que al autoritarismo de la oligarquía sea notablemente rígido, esto es, con grandes dificultades para revisar los supuestos de su dominación, para evaluar el estado de las relaciones con los sectores dominados, para vislumbrar posibles tensiones y desarrollar estrategias de mantención. Ofuscada por el mito, la oligarquía no ve un quehacer en su dominación, sino más bien un estar permanente. Está lejos, válganos la expresión, de una filosofía como la del príncipe de Lampedusa que piensa que llega un momento en que algo debe cambiarse para que todo siga igual. Esta rigidez es fruto no sólo de la imagen que la oligarquía tiene de sí misma como clase dominante, sino también de la imagen que proyecta sobre los sectores populares. Convencida como está de la debilidad intrínseca de estos últimos, le resulta prácticamente inconcebible esperar de ellos otra actitud que no sea la de mera obediencia. Que el pueblo quiera expresar una voluntad propia, cualquiera sea el contenido de esta expresión, es algo que entra difícilmente en la mentalidad oligárquica. Desde su punto de vista, lo natural entre los hombres es la armonía entre una cabeza que manda y los demás miembros que acatan incondicionalmente. Tanto es así, que, en general, el conflicto se percibe sólo al momento de producirse y que se registra únicamente en tanto hecho consumado. La falta de una categoría mental para definir este aspecto de la realidad social, impide vislumbrar la posibilidad de una tensión y prever las condiciones que pueden desatarla. El conflicto es algo completamente anormal, una verdadera enfermedad de las almas. Frente a él no corresponde más que rechazarlo y reafirmar los principios de jerarquía ya consagrados. Esta rigidez impide manejar la expresión popular en términos estratégicos, es decir, elaborarla con un mínimo de realismo como para encauzarla ventajosamente dentro de los límites de la dominación. Aferrada a su propio mito, la oligarquía carece de la flexibilidad necesaria para actuar más maquiavélicamente frente a las tensiones populares.

Así como la interpretación del conflicto nos ayudó a comprender el sentido atribuido a las relaciones de poder, el comportamiento frente

al conflicto nos ayuda a comprender lo rígido del autoritarismo de la oligarquía. De hecho la oligarquía reacciona ante las primeras manifestaciones de descontento popular reprimiéndolas simplemente. Esta es invariablemente la suerte que corren las primeras huelgas de los obreros del salitre. La autoridad no se detiene a evaluar las peticiones de los trabajadores, permanece sorda a sus razones y no vacila en recurrir a la fuerza para reintegrarlos al trabajo. Sólo cuando los conflictos laborales se suceden con mayor frecuencia y de forma más organizada, la autoridad acepta a regañadientes recurrir al arbitraje entre las partes en conflicto. Pero "... de ninguna manera ha de pretenderse hacer del arbitraje el medio único de lograr el acuerdo mutuo en las cuestiones del trabajo, pues esto valdría tanto como confiar a elementos extraños la armonía que según el orden provincial ha de nacer de la buena inteligencia y de la caridad recíproca de los mismos que en el trabajo intervienen"[22]. El arbitraje no es más que un recurso forzado por las circunstancias y está muy lejos de fluir del reconocimiento de ciertos derechos de los trabajadores. Así cuando la rebeldía de estos últimos cobra el peso de los hechos consumados y la represión no basta para acallarla, se procede a designar a un grupo de ciudadanos ilustres, los llamados "hombres buenos", para que juzguen la situación sin más guía que su propio criterio. Por mucho tiempo la autoridad rehusará convertir el arbitraje en un procedimiento legal, oponiéndose igualmente a todo tipo de legislación laboral. Sólo hacia 1920, y cuando la movilización popular en torno a un proyecto reformista amenaza desbordar los cauces de la dominación tradicional, la oligarquía aceptará estudiar una legislación del trabajo.

¿Cómo conciliar el marcado autoritarismo que acusa la oligarquía con las reformas liberales que ella misma introdujera a mediados del siglo pasado? Conviene recordar que una de las transformaciones más importantes ocurrida hacia 1850 fue la instauración del asambleismo y el reconocimiento del libre juego partidista como mecanismos legítimos del proceso político. Todo esto que podríamos llamar la liberalización del poder, no contradice el autoritarismo de la oligarquía desde el

[22] Diario *El Porvenir*, editorial del 27-V-1903

momento que tiene lugar exclusivamente al interior de la clase dominante. La institucionalización del principio de representatividad, de los partidos políticos y del derecho de asociación, así como el régimen de asamblea y la libertad de expresión, se adoptan sin desbordar el contexto oligárquico. En otras palabras, se mantuvo el carácter excluyente de la dominación y los sectores dominados continuaron absolutamente al margen de lo político. Es cierto que una de las reformas de corte liberal fue el voto universal. Pero las condiciones de miseria e ignorancia en que se mantenía al grueso de los sectores populares, quitaron todo viso de realidad a esta medida. "...un día sin que el pueblo lo pidiera, sin que él supiera lo que se le daba, porque no se le había enseñado, se le dijo que tenía derecho a voto, que podía elegir representantes, que era soberano. El no pudo comprender el alcance de semejante concesión..."[23] He aquí la opinión de un político liberal de la época y que consideramos ajustada a los hechos. Después de todo una parte importantísima de los sectores populares permanecía atada a los vínculos señoriales propios de la hacienda y del servicio doméstico. Y basta recordar lo dicho ya acerca de la naturaleza de esas relaciones, para ver en ellas una barrera casi infranqueable para el surgimiento incluso de inquietudes políticas dentro de la masa campesina. Junto a esta situación de hecho, se alzaba un muro de orden jurídico. La ley excluía del derecho a sufragio, e indirectamente del de asociación con fines políticos, a los analfabetos y servidores domésticos, borrando así de una plumada la posibilidad de expresión de la inmensa mayoría de la población. Pero acaso nada aclare tanto el alcance social de la liberalización política de entonces, como la reacción de la oligarquía frente a las primeras manifestaciones populares. Mencionamos ya que éstas surgieron entre los obreros del salitre y que apuntaron a reivindicaciones estrictamente laborales. La respuesta de la oligarquía fue invariablemente la represión, acusando así que no estaba dispuesta a permitir más expresión que la de sus propios miembros.

Que la liberalización del poder se haya confinado a la clase dominante, pone límites a la influencia de las transformaciones políticas. Si pu-

23 José Maza Fernández, *Sistema de sufragio y cuestión electoral,* Santiago, 1913

diera decirse así, la oligarquía está ahora entre dos aguas: se es liberal entre oligarcas y señor frente a los sectores populares. Su concepción del poder y de la autoridad aparece fraccionada, apelando a categorías diversas según se trate de la relación entre iguales o del vinculo con el pueblo. Podría argüirse que el mito cobra entonces un valor sobre todo instrumental y que sirve para garantizar la sumisión del pueblo.

Existe, sin duda, un cierto maquiavelismo en este sentido. Así, por ejemplo, Enrique Mac-Iver, líder indiscutido del radicalismo hasta 1905, estimaba que no debía perseguirse el sentimiento religioso porque eso entrañaba un peligro en la medida que "...hay que tomar en cuenta que una gran masa de ciudadanos sigue por ese camino y también por él va la masa débil ..."[24]. Pero el mito sigue siendo una vivencia para el grueso de la oligarquía en lo que atañe a su imagen del pueblo. La inferioridad que se atribuye a este último tiene el carácter absoluto e irremediable que supone una tajante jerarquía espiritual.

Ahora bien, corresponde preguntarse cuál es la imagen que tiene la oligarquía del político. Después de todo, este último personifica las ideas que se tienen acerca del poder y la autoridad. Conviene, por consiguiente, indagar sobre su imagen y ver si ella se corresponde o no con el espíritu aristocrático que alienta a la oligarquía.

La literatura de la época adjetiva al político como alguien de juicio equilibrado, prudente y mesurado. El "buen sentido" aparece como su gran virtud. ¿Qué significa esto del buen sentido? Equivale a actuar movido sólo por la fuerza de las cosas, a reaccionar frente al peso de las circunstancias. Para el buen sentido no existen problemas mientras los hechos no demuestren lo contrario. Las dificultades no surgen de las necesidades de realizar ciertos ideales, ni se plasman por la evaluación doctrinaria de la realidad. Tampoco es cuestión de vislumbrar ciertas tendencias y proyectarlas como problemas del futuro. El buen sentido, válganos la expresión, piensa que el orden de cosas actual es el mejor de los mundos.

---

[24] Partido Radical, III Convención, 1906

La gran tarea es pues conservar este estado de cosas, y para ello nada más conveniente que dejarse simplemente estar. Que algo venga a alterarlo debe ser visto más como un accidente que como un obstáculo permanente. De ahí que no sea procedente encarar este tipo de hechos con premura. Es aconsejable dejar correr el tiempo para ver si lo novedoso constituye o no un problema y, en caso afirmativo, saber cuál es su magnitud. Es más, el transcurso del tiempo permite no sólo dilucidar los problemas, sino también, y al dejar madurar los acontecimientos, encontrar su solución en los hechos mismos. Desde el punto de vista de este buen sentido, no tiene cabida la disposición política que define los problemas confrontando lo que es con lo que podría ser. Por ello, este político del buen sentido resulta chocante al hombre sensible a las corrientes doctrinarias, al hombre que se deja arrastrar por ideales que suponen un mundo futuro distinto, al que es el llamado "proyectista" y que se le considera la antítesis del buen político. El buen sentido desconfía del celo doctrinario y tilda de imprudentes a quienes pretenden forzar el curso de los acontecimientos a partir de conceptos que rebalsan el momento que se vive. Las cuestiones de doctrina están reservadas para los discursos y la redacción de programas; la acción debe remitirse a las necesidades de la administración y a la distribución equitativa de los diversos bandos de influencia en los organismos administrativos. He aquí el grado sumo del buen sentido político.

Los discursos y comentarios políticos de la época, así como las memorias de algunos hombres públicos de entonces, abundan en ilustraciones de lo que acabamos de decir. Así, por ejemplo, se dice de un connotado político que es la encarnación viva del buen sentido nacional, pasando luego a caracterizarlo en los términos siguientes: "...se destaca ante la opinión como un buen administrador, como un hombre ecuánime y bien ponderado; su personalidad corresponde al tipo del hombre práctico, sin odios y pasiones, indicado para llevar la calma en los momentos difíciles..."[25]. Al hacer el elogio fúnebre de un ex Presidente de la República, se ensalza el hecho que "no tuvo jamás las grandes audacias que perturban y trastornan; tuvo siempre las patrióticas previsiones; la

[25] Rivas Vicuña, *Historia política y parlamentaria de Chile, op. cit.*

tranquilidad para esperar; la decisión para aprovechar la oportunidad; la energía para proceder cuando ya no era posible conciliar"[26]. Al dirigirse a sus correligionarios, el presidente de uno de los partidos fija rumbos de la manera que sigue: "Marchando siempre por el camino que debe recorrerse, no hay que dar gran importancia a la rapidez de la marcha ... si una conquista realizada hoy contraría a mucha parte de la opinión, y en pocos años más, mediante la propaganda o la natural evolución de las ideas, hubiera de encontrar general aceptación, vale más esperar... Conviene ir copiando a la naturaleza que no se transforma a saltos, sino que evoluciona con la suficiente lentitud..."[27]

La conciencia crítica da también múltiples testimonios sobre lo que significa el buen sentido, sólo que en vez de exaltarlo, lo fustiga acremente. Así, y a título de inventario, una autora bastante crítica de su medio compone la imagen de un político de éxito en los términos siguientes: "Carece de iniciativa, pero es prudente y sabe arreglar las situaciones escabrosas por la mediocridad de su carácter que, sin contentar a nadie, tampoco a nadie hiere"[28].

Otro retrato literario nos muestra al político como a "un figurón de grandes bigotes y buena presencia ... equilibrado, sano, de honradez intachable, incapaz de grandes concepciones. Durante medio siglo se había ocupado de cortejar y adular a presidentes y visitar a los jefes de partido. Capeaba siempre las situaciones difíciles, reservaba sus opiniones, tenía para todos la benevolencia vacía...y ese figurón egoísta, helado, insignificante... ese personaje lo había sido todo en Chile"[29].

La literatura nos muestra otro rasgo del político además del buen sentido. Se trata esta vez de algo que no apunta tanto a la persona del político, como al estilo de sus relaciones. La novela costumbrista no

---

[26] *Ibíd.* El elogio se refiere a la figura de Don Ramón Barros Luco, Presidente de Chile entre los años 1910 y 1915

[27] Ismael Valdés Valdés, *Discurso inaugural a la Convención Liberal de 1907*. Imprenta y Encuadernación Barcelona, Santiago,1908

[28] Iris, Tomo II, *op. cit.*

[29] Orrego, *Casa Grande, op. cit*

pinta al hombre público como alguien que mantiene una relación especial con los demás miembros de su clase. La investidura y funciones del político parecen no agregar gran cosa al modo habitual de vincularse que tiene la oligarquía. Muy por el contrario, la figura del político corresponde a algún hermano, tío o pariente muy próximo, que participa de las tertulias y festejos familiares. No se guarda con él ningún miramiento ni se le tiene una consideración particular. Hay con él la misma familiaridad que se tiene con los parientes y amigos de la casa. Así como se espera que algunos hablen de su salud, de su último viaje o de algún escándalo social, del político se espera que cuente pormenores de la administración, alguna anécdota de lo ocurrido últimamente en las cámaras o las maniobras de zutano para conseguir algún ministerio o embajada. De hecho, el personaje del político aparece siempre en la escena de la tertulia familiar, compartiendo el tono coloquial y mundano que caracteriza a la sociabilidad de la época. Se celebra su elocuencia, su dicción, haciendo caso omiso de sus posibles virtudes como hombre de doctrina o realizador. Su éxito parecería fincarse sobre todo en sus cualidades de hombre de mundo. Su oratoria conmueve más que sus principios, sus anécdotas interesan más que sus obras. Si encuentra apoyo no es tanto por sus energías de conductor, como por los favores y prebendas que puede dispensar.

Su prestigio no se juega tanto en el Congreso o en la convención partidista, como en el recinto del Club de la Unión o en los salones de sus amistades o parentela. "He determinado abrir mi casa para recibir a los amigos y dejar venir las cosas", escribe un connotado político que aspira a la Presidencia de la República[30]. De otro político, igualmente destacado, se dice que es "afable, simpático, jovial, gran figura colocada al alcance de todos... "[31] Vemos pues cuán familiar resulta la figura del político para la oligarquía, tanto que puede considerársela como un elemento más del gran mundo. Los lazos de sangre, de amistad, de

---

30 Federico Errázuriz Echaurren, correspondencia. Citado por Jaime Eyzaguirre, *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren (1896-1901)*. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago, 1967

31 Rivas Vicuña, *op. cit.*

compadrazgo, relegan a un segundo plano las posibles vinculaciones en términos de adhesión doctrinaria o del reconocimiento a un determinado liderazgo. El político es uno más y no hay casi nada de particular en la relación que se tiene con él.

Tanto el buen sentido, como la familiaridad del político, se avienen con el sentimiento de superioridad que anima a la oligarquía. No es de extrañar que quiénes se perciben como depositarios de todas las dignidades y ven en el orden en vigor una prueba fehaciente de su propia y natural excelencia, están convencidos que éste es el mejor de los mundos .¿Qué necesidad tienen entonces de replantearlo?

¿Qué sentido tiene lucubrar ideas nuevas y criticar lo conocido? ¿Por qué dudar de la armonía imperante y vislumbrar posibles tensiones? ¿Cuál sería el provecho de salirse del cauce natural de las cosas y forzar otros rumbos a costa de voluntad? El mejor de los mundos es para estar en él y disfrutarlo; más que una relación activa, supone un gesto reiterado de aceptación. Y si surge algún problema, quienes creen en su propia superioridad tienen la confianza en sí mismos como para estar ciertos que encontrarán la manera de salir del paso. Tampoco sorprende que quienes comparten este sentimiento de aristocracia, no distingan mayormente a aquellos que asumen funciones políticas. La identidad aristocrática los hace intrínsecamente iguales. De allí el espíritu de cuerpo y la familiaridad que reina entre ellos.

* * *

Las creencias religiosas dieron tradicionalmente a la oligarquía una visión integrada de su mundo. Las transformaciones económicas y sociales acaecidas hacia mediados del siglo pasado abren, sin embargo, una brecha en la vigencia del mito religioso.

Como expusiéramos ya en los capítulos referentes al dinero y al apellido, la opulencia a que accede la oligarquía introduce una serie de contradicciones. La aristocratización del dinero vía el buen tono aísla a la oligarquía de los sectores populares, rompiendo de hecho el vínculo

patrón-inquilino y restándole validez a la idea de tutela, vale decir, a la imagen religiosa de la supuesta superioridad oligárquica. Por otra parte, las discriminaciones que introduce el dinero en el seno mismo de la oligarquía, tienden a quitarle fuerza moral a la imagen del señor: lo aristocrático no se juega ya tanto en las supuestas virtudes señoriales definidas por el mito, como en el tamaño de la bolsa de cada cual. Estas ambigüedades no encuentran fácil solución. El origen y el destino del dinero niegan de plano la entronización de un mundo de valores que supere las concepciones tradicionales. Si pudiera decirse así, el fracaso productivo de la oligarquía impide que surja una ética del trabajo, del logro y la competencia individuales. En suma, el dinero acarrea resultados paradojales. Dicho en términos muy simples, la calidad del dinero que fluye hacia el novecientos invalida ciertos aspectos del mito, condenando, a su vez, a la incapacidad de superarlo.

Las contradicciones del mundo oligárquico, tanto a nivel de la conciencia, como de las condiciones sociales en que ésta se ha ido plasmando, limitan las posibilidades futuras de la oligarquía. De hecho la dominación oligárquica hace crisis hacia 1920. La crisis no expresa otra cosa que el cúmulo de contradicciones generado por el mundo del novecientos.

El mundo oligárquico consolidado hacia el novecientos entraña desde sus orígenes las semillas de su propia ruptura. La aristocratización del dinero no sólo va desplazando antiguos sectores de la oligarquía de su condición de tales, sino que por la misma falta de dinamismo económico que conlleva, no ofrece salida alguna para quienes se sienten discriminados socialmente. Las oligarquías de provincia, por ejemplo, resienten cada vez más su deterioro social. Pero para ellos el mundo del novecientos no ofrece alternativas. El enclave salitrero y las actividades extractivas han ido, a su vez, consolidando un sector obrero para el cual no hay definición alguna. Tratase de hecho de una fuerza laboral entregada al arbitrio de los empresarios extranjeros. Desde el punto de vista de la oligarquía, los problemas de este sector son asimilables a aquellos que ocurren en territorio extranjero. Por otra parte, tanto la ruptura del vínculo patrón-inquilino, como la pérdida de relevancia

económica de la hacienda, han fomentado la emigración campesina a la ciudad. Allí, el mundo del buen tono absorbe a unos pocos en el servicio doméstico y permite para otros la calidad de artesanos, pero condena a la mayoría de los emigrantes a la condición de lumpen. De hecho Santiago aparece hacia el novecientos rodeada de una población de origen campesino que vegeta en condiciones misérrimas. Esta masa, no incorporada en términos económicos, ni captada ideológicamente, vive en total abandono. Para ella el medio urbano no tiene otra definición que la de paria.

La crisis del veinte no es una crisis de crecimiento, de expansión, de superación. Sus protagonistas no encarnan una nueva racionalidad económica, no representan actividades nuevas que entrañen, a su vez, nuevas valoraciones. No se trata del enfrentamiento entre sectores sociales emergentes que ven en el orden tradicional un freno a su proyecto de acción. Muy por el contrario, es una crisis de estancamiento, de descomposición. Es la reacción frente a un orden de cosas que ha entregado todos los privilegios a una minoría cerrada absolutamente en sí misma, al extremo de dejar sin definición social al resto. Los antagonistas de la oligarquía no son otros que todos aquellos desplazados por la solución seguida por la oligarquía frente a ese hecho decisivo que fue la constitución del enclave.

LOS AUTORES HOY, EN CINCO PREGUNTAS FINALES SOBRE SU OBRA

I. ¿Por qué escribieron el Modo de ser Aristocrático? (en adelante, MSA) ¿cuáles fueron sus motivaciones, preguntas, inquietudes, etc. que jugaron a favor de su escritura?

En 1970 nos iniciamos profesionalmente como profesores- investigadores de la Escuela de Sociología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) de cuyo programa de Magíster acabábamos de egresar. Soplaban entonces fuertes aires de cambio social y a nosotros, animados, como buenos primerizos, por una mezcla de ingenuidad, omnipotencia y entusiasmo, nos surgió el interés de comprender la dinámica de un proceso de cambio. No era el caso estudiar a la Unidad Popular que recién daba sus primeros pasos. De ahí que decidiéramos centrarnos en el proceso que entronizó el capitalismo de Estado en Chile entre las décadas del 20 y del 40. Sabíamos que el primer gobierno de Alessandri Palma había intentado una serie de reformas tendientes a modificar el orden tradicional y que la dictadura militar de Ibáñez había acabado imponiéndolas, pavimentando así la obra posterior de los primeros gobiernos radicales. Se trataba de un período cuyos protagonistas impusieron en lo económico el protagonismo del Estado en el desarrollo económico y el fomento y la protección de una industria nacional; en lo social la creación de la salud y la educación públicas, de la previsión social y de otras medidas de bienestar social; en lo político la legitimación democrática de la autoridad. Comenzamos entonces a leer diversos materiales sobre ese período. Pero fuimos dándonos cuenta que para entender el período debíamos dar una vuelta atrás. Sus propios actores hacían continuas referencias a los vicios del parlamentarismo, al significado económico y político del enclave salitrero, al espíritu retró-

grado de la oligarquía. Todo insinuaba que la construcción de lo que reconocíamos como capitalismo de Estado era una respuesta crítica al orden de cosas vigentes con anterioridad. De ahí que se nos planteara la necesidad de retroceder en el tiempo y estudiar la llamada República Parlamentaria. Comenzamos leyendo las convenciones partidistas de esa época, así como el debate parlamentario en torno a algunas leyes de tipo asistencial. Nos sorprendieron muchas de las opiniones vertidas por las elites políticas de entonces: proyectaban una imagen por completo ajena a las imágenes de la historia oficial que se nos había enseñado. Nos pasó lo mismo cuando comenzamos a leer editoriales y comentarios de prensa. Esa experiencia nos hizo dar un vuelco en nuestro afán de estudio: la República Parlamentaria nos interesaba ya en sí misma y no sólo como antecedente del Capitalismo de Estado y, más aún, nos interesaba sobre todo como expresión de una mentalidad de la que nuestra historia oficial, aquella de los textos escolares, hacía caso omiso. Así fue como llegamos a apasionarnos por intentar desentrañar el mundo de significados que animaba a la oligarquía del novecientos.

2. **Seguramente haber elaborado este trabajo en condiciones de férrea dictadura en nuestro país influyó de diversas maneras en su elaboración. Cuéntennos algo sobre este hecho, es decir, de qué manera o maneras el MSA estuvo referido a lo que había comenzado a suceder en Chile a partir del golpe del 73.**

Para iniciar nuestro trabajo contamos con el apoyo de una beca CLACSO. La beca duró 10 meses y su monto no nos permitía dejar de lado nuestros respectivos compromisos laborales. Pasados los 10 meses sólo habíamos logrado reunir parte del material bibliográfico. Pero decidimos continuar con el estudio por cuenta propia. Ello significó una serie de problemas prácticos: contábamos con el tiempo que nos quedaba luego de haber cumplido nuestras jornadas de trabajo, cuando la Biblioteca Nacional –principal proveedor del material requerido– estaba ya cerrada o por cerrar. Tampoco contábamos con dinero suficiente como para fotocopiar material o intentar conseguirlo en las librerías de calle San Diego. Tuvimos entonces que contentarnos con escapadas de uno y otro a la Biblioteca. De allí que nuestro trabajo se prolongara por

largo tiempo. Pero el trabajar por cuenta propia, sin ataduras institucionales, nos dio absoluta libertad. Es cierto que nadie nos apoyaba, tampoco nadie nos exigía ni limitaba. Cuando tuvimos el libro escrito nos contactamos con Claudio Orrego Vicuña, entonces director de la Editorial Aconcagua. Claudio era un hombre esencialmente libre para sí y respetuoso de la libertad ajena. Le gustó nuestro trabajo y decidió publicarlo tal como se lo entregamos. De él sólo recibimos palabras de estímulo y no se le pasaron por la mente eventuales censuras. Si le pedimos prologarnos a Tomás Moulian fue porque, al igual que a Claudio, lo hemos tenido siempre como un intelectual que, más allá de sus legítimos compromisos políticos, es esencialmente libre y abierto al pensamiento de otros. Fue sólo al momento de lanzarse la publicación del libro que sentimos el peso de la dictadura que vivíamos. El Mercurio publicó un pequeño comentario anónimo que, con palabras muy educadas, nos suponía comunistas o tontos, duda compasiva puesto que como tontos teníamos derecho a una expresión negada entonces para los comunistas. Después de eso vino el más absoluto silencio: nadie oficial ni oficiosamente comentó nuestro libro. Al cabo de muchos años, diríamos que con el fin de la dictadura, supimos que el libro lo estaban leyendo alumnos de las diversas Escuelas de Historia.

3. **Un aspecto sobresaliente y, en buena medida, novedoso para la producción historiográfica chilena de entonces y de hoy, fue la vasta utilización de fuentes literarias (relatos, novelas) para proporcionar la caracterización de los estilos y modos de ser de la plutocracia santiaguina de finales del XIX y comienzos del siglo XX ¿a qué obedeció el empleo de tal opción metodológica en este libro?**

Como dijéramos ya, nuestro interés era aprehender los motivos e intenciones de vida compartidos por los miembros de la oligarquía del novecientos, es decir, su peculiar modo de pensar, de sentir, de querer y de comportarse en consecuencia. Creímos entonces, y seguimos creyendo, que, junto a otras fuentes, la producción literaria es una manifestación rica en posibilidades de comprensión de la mentalidad de una época y, dentro de esa época, de un determinado sector social. La literatura, sobre todo la novela y el cuento, es decir lo que llamamos

literatura de ficción, construye personajes que simulan ser de carne y hueso. Los escritores hacen que sus protagonistas reaccionen en diversas situaciones, se relacionen con los demás, repitan ciertas rutinas, respeten ciertas convenciones, expresen sus ideales, acusen sus frustraciones, hagan sentir los que les parece bien o mal. Sin duda que el hombre y la mujer de letras recrean segmentos de vida a partir de su subjetividad. Es cierto que el escritor de ficción celebrará, denostará, enfatizará, omitirá, según los dictados de su personalidad y de su particular experiencia de la vida. Pero es plausible suponer que ese mismo escritor, quizás inconsciente e inintencionalmente, construirá una realidad literaria según los parámetros de su tiempo. Por muy original que sea un autor, su obra literaria expresará algo del contexto socio cultural en que nació, creció, se hizo adulto y transcurrió su experiencia de la vida. Los sujetos, al fin y al cabo, elaboramos nuestra experiencia en el marco del lenguaje, de las categorías mentales, de las valoraciones, de las certidumbres que nos han sido inculcados socialmente. De ahí que la producción literaria de una época y, dentro de esa época, de los autores que comparten un mismo origen social, exprese, más allá de la subjetividad de sus creadores, el trasfondo cultural que anima en todos ellos. De ahí la validez de considerar la producción literaria como un campo expresivo que, en su conjunto y según el origen social de sus creadores, refleja una determinada mentalidad histórica. Obviamente que la literatura, como cualquiera otra manifestación cultural, debe ser objeto de interpretación y que la plausibilidad de esa interpretación supone estudiar exhaustivamente la producción literaria en cuestión y cotejarla con otras fuentes, por ejemplo, artículos y comentarios de prensa, discurso político, económico, eclesiástico, debates partidistas y parlamentarios, necrologías, epistolarios, etc.

4. **Existe desde hace algunos años en exponentes de la historiografía nacional que no necesariamente son de derecha, la necesidad de revisar la época y la temática que Uds., abordan en el MSA desde una óptica que, de alguna manera, viene a poner en cuestión o a relativizar la interpretación predominante que ha visto en la actuación de la oligarquía finisecular una conducta mayormente irresponsable e insensible a la**

> **"cuestión social". Estas nuevas interpretaciones hacen ver o proponen que tal actitud, si bien no se puede desconocer, no debe, sin embargo, seguir ocultando que bajo el parlamentarismo (1891-1924) también se dieron pasos en la construcción de lo político, esto es, de desarrollo de un determinado "espacio público" (en clave habermasiana), además de diferentes iniciativas tendientes a promover el bienestar y protección de los sectores asalariados y campesinos ¿ Qué opinión les merecen a Uds., estas nuevas interpretaciones? y, ¿consideran que el retrato de la oligarquía presente en el MSA pecó de cierto maniqueísmo?**

Desde el momento que la oligarquía se identifica con el modo de ser que tildamos de aristocrático, sus miembros, en general, perciben el mundo de la vida según los significados propios de ese modo de ser. Su entendimiento, sus vivencias del acontecer social, están animados por las peculiaridades de la cultura señorial que han elaborado y con que se identifican. Abrirse a nuevos modos de pensar, de sentir, de querer la vida, significaría transformarse en algo distinto de lo que son. Su modo de ser es intrínsecamente excluyente puesto que supone su superioridad intelectual y moral sobre el resto de la sociedad. De ahí sus prejuicios aristocráticos, su rigidez, para experimentar la actividad política que otros actores sociales han comenzado a desarrollar con miras a superar la dominación oligárquica.

A comienzos del siglo veinte comienzan a manifestarse actores sociales de origen reciente en la historia social del país. Los obreros del salitre, del carbón, los estibadores de Valparaíso y de los puertos del norte, los obreros de los mataderos y frigoríficos de Magallanes, ajenos al patronazgo tradicional, expresarán su creciente malestar económico y social. Más o menos organizado, más o menos influido por ideas maximalistas, en el decir de la época, surge un movimiento obrero que reivindica activamente una sociedad menos excluyente.

El Partido Radical, a su vez, deja de representar al sector más plutocrático y liberal de la oligarquía, pasando a ser vocero de los sectores medios. La Convención Radical de 1906 definirá como proyecto político la construcción de una sociedad incluyente. Las palabras con que cierra la Convención Armando Quezada, connotado radical de la

época, resultan contundentes: "Los radicales han creído ver con toda evidencia que, en la sociedad chilena, existen injusticias, que hay clases sociales que soportan condiciones injustas de existencia; han pensado que era obra de justicia social preocuparse de esos elementos de la sociedad para hacer que disfruten, como es justo, de los beneficios de la vida civilizada y para que la acción benéfica del Estado se extienda sobre ellos como sobre los demás elementos sociales del país. Al mismo tiempo han creído ver los radicales que otros elementos de la sociedad disfrutan de ventajas injustas, que se encuentran de verdad en una situación de privilegio, a pesar de que su acción no se traduce en beneficio común y más bien puede estimarse contraria al progreso, al sistema republicano y a la libertad".

El Ejército también ha dejado de ser lo que fuera tradicionalmente. En sus filas escasean ya los miembros de la oligarquía y abundan los hijos de inmigrantes y los vástagos de viejas familias de provincia con poca o ninguna tierra para subsistir como señores. Su formación en la escuela prusiana, compromete a la oficialidad con nuevas concepciones de defensa. La defensa del país no descansa exclusivamente en el ejército regular. Se requiere contar con un ejército de reserva, es decir, con la población masculina joven que ha sido adiestrada vía el servicio militar obligatorio. La Ley de Reclutamiento promulgada en 1900 pone a la oficialidad en contacto con miembros de los sectores populares. En general, su diagnóstico acerca de las condiciones de los sectores populares será lapidario. Basten como ilustración las palabras del entonces delegado de la Liga Patriótica Militar, Coronel Enrique Phillips Huneeus: "…nuestro pueblo vive en la mugre, en conventillos inmundos y tiene que alimentarse de viento que es lo único que queda barato en nuestro país…es necesario que emprendamos una campaña en bien de nuestro pueblo que hoy es explotado lastimosamente".

La expresión política de actores como los que acabamos de señalar será cada vez más conflictiva para los ideales e intereses de la oligarquía. Si bien obreros, clase media radical, militares, reivindican cambios sociales, lo hacen desde puntos de vista distintos e incluso opuestos entre sí. En todo caso, sus distintas expresiones políticas impondrán el tema de

la cuestión social, como se da en llamar entonces a los problemas de exclusión que vive la mayoría de los chilenos. Postulamos, sin embargo, que frente a las diversas presiones de cambio social el grueso de la oligarquía, imbuida de su pensar y sentir aristocrático, se mostrará incapaz de debatir, de discutir, de negociar, de construir nuevas alianzas, de ceder en algo, cual gatopardo, para que lo básico siga igual. Lo medular de todo sector social que se percibe a sí mismo como aristocrático es el ensimismamiento que le provoca su sentimiento de superioridad. La interpretación que hace la oligarquía de los conflictos sociales y políticos que arrecian con cada vez mayor fuerza, da cuenta de su dificultad para percibir los hechos con una mirada distinta a su mirada tradicional. De una parte, la mayoría de la oligarquía se mantendrá fiel a la concepción aristocrática de sí misma: "La clase dominante es, en la generalidad de los casos, un esfuerzo de las más nobles condiciones humanas…Fue el esfuerzo de su brazo y el honor y brillo de sus hechos lo que dio vida y lustre a los miembros de la aristocracia…las aristocracias son necesarias por sus altas virtudes intelectuales y cívicas". Estas son palabras de Enrique Tagle Rodríguez connotado político de la época. De otra, la mayoría de la oligarquía significará el conflicto también desde su peculiar mirada aristocrática, percibiendo que éste obedece a razones exclusivamente morales: la falta de caridad entre los poderosos, la acción de los "envenenadores del pueblo" entre los sectores populares, la envidia y el arribismo de las clases medias o "medio pelo".

"Es moral que los caballeros quieran nivelar las clases levantando a los de abajo; lo diabólico es cuando los rotos imponen la nivelación por fuerza". Así habla la escritora Inés Echeverría Bello, tenida paradójicamente como rupturista de más de una de las convenciones de su medio aristocrático.

Habrá un sector de la oligarquía, no tan entrampado en su modo de ser tradicional, que verá la necesidad de emprender ciertas reformas y que acabará aliado a los radicales en la llamada Alianza Liberal. Pero se tratará de una fracción minoritaria. Ella, junto a los radicales, apoyará la elección y el programa de reformas de Alessandri Palma. El grueso de la oligarquía, sin embargo, obstaculizará de plano al gobierno de

Alessandri. Tanto es así que serán los militares, en 1924, los que impondrán dictatorialmente las políticas que marcarán el inicio de una sociedad menos excluyente.

Lo anterior nos lleva a discrepar de aquellos que suponen que la oligarquía del novecientos estaba relativamente abierta al cambio.

Pero hay algo en nuestro tratamiento de la oligarquía del novecientos en que sí creemos haber pecado de un cierto maniqueísmo. No fuimos entonces lo suficientemente sutiles como para percibir las diferencias que introducían en el seno de la oligarquía las convicciones y los escrúpulos religiosos. El valor del buen tono y las prácticas exacerbadas del mismo, sin duda que ensimismaban a la oligarquía, aislándola de los demás al extremo de delegar el ejercicio del patronazgo en capataces, mayordomos, mandos medios y volver al pueblo insignificante. Pero los sentimientos religiosos y el llamado temor de Dios otorgaban rango de mandamiento al vínculo paternal de los patrones con el pueblo, imponiendo deberes de caritativa solicitud. Que los deberes del patrón se realizaran privadamente, no significaba que éste pudiese prescindir de un vínculo humano con la gente del pueblo que lo servía y que trabajaba para él. Moralmente el patrón estaba obligado a asistir paternalmente a los pobres que estaban a sus órdenes, deber que la religiosidad reforzaba marcando los límites entre ser un buen o un mal patrón. Así, por ejemplo, una necrología de la época registra las virtudes de una señora en los términos siguientes: “Su fe ardiente la llevó a practicar sin ostentación su inagotable caridad. Las obras de San Vicente de Paul contaron siempre con su activa y entusiasta participación. Sus inquilinos recuerdan a la patrona de corazón tierno, afectuoso y abnegado, en la que siempre encontraron una palabra de consuelo y una mano dispuesta a asistirlos en sus necesidades”. Creemos que en nuestra presentación del mundo oligárquico no destacamos lo suficiente la naturaleza del vínculo que el patronazgo establecía entre los señores y el pueblo ni fuimos capaces de discernir el influjo de la religiosidad sobre los deberes de los patrones.

5. **Finalmente, a casi 30 años de la primera edición de *El Modo de Ser Aristocrático* (Editorial Aconcagua, 1978), ¿Qué balance pueden hacer del contenido de su obra a la luz de los nuevos fenómenos de oligarquización?; los rasgos del "modo de ser" descritos por Uds., respecto del grupo social hegemónico hacia 1910 ¿se han reactualizado en el Chile de hoy?**

Si por oligarquización entendemos los procesos de concentración de los distintos medios de poder entre los miembros de uno o de pocos sectores sociales que, en consecuencia, pueden acabar imponiendo su voluntad al resto de la sociedad, creemos que Chile es hoy un país casi tan oligárquico como lo fuera hacia comienzos del novecientos. Pero la oligarquía actual no tiene nada que ver con la oligarquía de entonces. El sustrato económico, político, cultural de la plutocracia actual es por completo distinto al de los señores del pasado. La condición de señor estaba dada por el nacimiento, al extremo que el dinero de los que no habían nacido señores debía refinarse de algún modo para lograr la identidad de bien nacido. Hoy la condición de individuo de éxito o ganador se logra en el mercado. Antes bastaba conocer tu apellido para saber quién eras socialmente; hoy corre eso de dime cuánto tienes y te diré quién eres. Antes era mandamiento de señor vincularse al pueblo como patrón; hoy para el plutócrata el otro existe como mero recurso económico o capital humano con el cual, si conviene, se establecen relaciones exclusivamente contractuales. Antes la propiedad de la tierra era el medio de poder por excelencia, la hacienda era la base de la condición oligárquica; hoy no existe la hacienda y la empresa agrícola es un recurso de poder secundario. Sería interesante contrastar exhaustivamente la oligarquía de los señores con la actual oligarquía de los adinerados nacionales e internacionales, sólo que ello implicaría caracterizar históricamente los procesos económicos, políticos, sociales, culturales, que han dado origen a la actual concentración del poder en el país. Como no es del caso hacerlo aquí, basta reiterar que el Chile oligárquico de hoy es muy distinto al Chile oligárquico de ayer.

Creemos, sin embargo, que hay algo del Chile tradicional que perdura, no obstante los avatares del siglo veinte, y que el Chile actual tiende

a reforzar. Nos referimos al modo jerárquico, autoritario, señorial, de concebir y de ejercer la autoridad por parte de las elites económicas y políticas. Pese al discurso y a las formalidades democráticas que legitiman supuestamente a las autoridades, éstas, en general, no se asumen como representativas ni se sienten al servicio de sus representados ni mucho menos obligadas a informar, a escuchar, a rendir cuentas, a percibir como absolutamente legítimas las eventuales presiones de la gente. La autoridad, por el contrario, tiende a vivirse como un privilegio. A esto contribuye, sin duda, que la gran mayoría de los chilenos desposeída de otros medios de poder, hace poco o nada por actualizar el único medio de poder accesible a todos, a saber, la posibilidad de organización y de expresión colectiva. Esta apatía ciudadana no deja de resultar paradójica puesto que hay múltiples testimonios de la falta de prestigio de las elites, así como de la desconfianza e incredulidad que ellas despiertan.

BIBLIOGRAFÍA

1. ALDUNATE CARRERA, LUIS, *Desde nuestro observatorio: estudio de actualidad*, Imprenta Cervantes, Santiago. 1893.
2. ALVAREZ ANDREWS, OSCAR, *Historia del desarrollo industrial de Chile*, Imprenta y Litografía la Ilustración. Santiago, 1936.
3. AMUNATEGUI SOLAR, DOMINGO, *Las encomiendas de indígenas en Chile*. Imprenta Cervantes. Santiago, 1910.
4. BALLESTEROS, MARTO, "Desarrollo agrícola chileno: 1910-1955", *Cuadernos de Economía*. Año 2, Nº 5, 1965.
5. BALLESTEROS, MARTO Y DAVIS, TOM E., "El crecimiento de la producción y el empleo en sectores básicos de la economía chilena", *Cuadernos de Economía*. Año 2. Nº 7. 1965.
6. BALMACEDA VALDES, EDUARDO, *Un mundo que se fue*, Editorial Andrés Bello. Santiago. 1969.
7. BARROS MOREIRA, JUAN, *Don Lindo*, Talleres Gráficos La Nación. Santiago, 1936.
8. BAUER, AANOLD, "Expansión económica en una sociedad tradicional: Chile central en el siglo XIX", *Revista Historia de la Universidad Católica*. Santiago, 1970.
9. BERMUDEZ MIRAL, OSCAR, *Historia del salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico*, Ediciones de la Universidad de Chile. Santiago, 1963.
10. BEZE DE, FRANCISCO, *La provincia de Curico*, Imprenta Moderna. Santiago, 1899.
11. BEZE DE. FRANCISCO, *La población de Chile*, Imprenta y Encuadernación Bellavista. Santiago. 1911.
12. CARIOLA, CARMEN y SUNKEL, OSVALDO: "La historia económica de Chile en el periodo 1830-1930, ICIS - FLACSO, *Serie Estudios* Nº 9 17. Santiago, 1972.
13. *CONFERENCIA ECONOMICA SOCIAL AGRÍCOLA*, Empresa Editora La Semana. Santiago, 1930.

14. COX MENDEZ. MARIANA, *La vida intima de Marie Gotees,* Imprenta Barcelona. Santiago, 1909.

15. COX MENDEZ, RICARDO, *Recuerdos de 1891,* Editorial Nascimento. Santiago. 1944.

16. DIAZ GARCES, JOAOUIN, *Páginas de Angel Pino,* imprenta Universitaria. Santiago. 1917.

17. DONOSO, ARMANDO, *Recuerdos de cincuenta años,* Editorial Nascimento. Santiago, 1947.

18. ECHEVERRIA BELLO, INES (IRIS), *Alborada,* Serie I: *Cuando mi tierra nació;* Serie II: *Cuando mi tierra era niña* (2 tomos); Serie III:*Cuando mi tierra fue moza* (3 tomos). Editorial Nascimento. Santiago, 1943.

19. ECHEVERRIA BELLO, INES, *Entre dos siglos: diario íntimo,* Editorial Ercilla. Santiago, 1937.

20. EDWARDS BELLO, JOAOUIN, *El inútil.* Imprenta Universo", Santiago, 1910.

21. EDWARDS BELLO, JOAOUIN, *Cuentos de todos colores.* Imprenta Barcelona. Santiago, 1912.

22. EDWARDS BELLO, JOAOUIN, *Las crónicas del Centenario.* Empresa Zig·Zag. Santiago, 1968.

23. EDWARDS VIVES, ALBERTO, *La fronda aristocrática.* Editorial del Pacífico. Santiago, 1952.

24. ENCINA. FRANCISCO ANTONIO, *Nuestra inferioridad económica.* Editorial Universitaria. Santiago, 1955.

25. ERRAZURIZ, CRESCENTE, *Algo de lo que he visto.* Editorial NaS,cimento. Santiago, 1934.

26. EYZAGUIRRE, JAIME, *Chile durante el gobierno de Errázuriz Echaurren.* Empresa Editora Zig·Zag. Santiago, 1957.

27. FERNANDEZ DE GARCIA-HUIDOBRO, MARIA LUISA, *La María del Carmen.* Imprenta Claret. Santiago, 1930.

28. FETIER, FRANK M., *La inflación monetaria en Chile.* Imprenta de la Dirección General de Prisiones. Santiago, 1937.

29. GANDARILLAS MATTA, JAVIER, *Bosquejo del estado actual de la industria minera del cobre en el extranjero y en Chile.* Imprenta y Litografía Universo. Santiago, 1915.

30. GANDARILLAS MATTA, JAVIER, *Influencia de Chañarcillo en nuestro desarrollo económico.* Imprenta y litografía Universo. Santiago. 1932.

31. GATICA MARTINEZ, TOMAS, *Gran Mundo*. Imprenta Universitaria. Santiago, 1908.

32. GATlCA MARTlNEZ, TOMAS, *La cachetona*, Imprenta Zig·Zag. Santiago, 1913.

33. HEDERRA CONCHA, FRANCISCO, *El tapete verde*. Imprenta Talca. Talca. 1910.

34. HEDERRA CONCHA, FRANCISCO, *Así se vive*. Imprenta Mejía. Talca, 1919.

35. HEDERRA CONCHA, FRANCISCO. *Crónicas y anécdotas talquinas*. Talca, 1927.

36. HERNANDEZ, ROBERTO, *El salitre*. Editorial Fisher Hnos., Valparaíso, 1930.

37. HERNANDEZ, SILVIA, *Transformaciones tecnológicas en la agricultura de Chile Central*. CESO, Cuaderno N9 3. Santiago, 1966.

38. HURTADO RUIZ-TAGLE, CARLOS, *Concentración de población y desarrollo económico: el caso chileno*. Instituto de Economía de la Universidad de Chile. Santiago, 1966.

39. JOBET, JULIO CESAR, *Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile*. Editorial Universitaria. Santiago, 1955.

40. KELLER, CARLOS, *La agricultura chilena*. Imprenta y litografía Universo. Santiago, 1933.

41. MAC BRIDE, JORGE, *Chile, su tierra y su gente*, ICIRA. Santiago, 1970.

42. MACHIAVELLO VARAS, SANTIAGO, *El problema de la industria del cobre en Chile y sus proyecciones económicas y sociales*. Imprenta Fiscal de la Penitenciaría. Santiago, 1923.

43. MARTNER, DANIEL, *Historia de Chile: historia económica*. Establecimientos Gráficos Balcells. Santiago, 1929.

44. MUÑOZ OSCAR, *Crecimiento industrial de Chile: 1914-1965*. Instituto de Economía y Planificación de la Universidad de Chile. Publicación N9 105. Santiago, 1968.

45. ORREGO BARROS, CARLOS, *Bosquejos y perfiles*. Editorial Andrés Bello. Santiago, 1961.

46. ORREGO LUCO, LUIS, *Casa Grande*, Empresa Zig-Zag. Santiago. 1968 (4ª edición).

47. ORREGO LUCO, LUIS, *En familia*. Empresa Zig-Zag. Santiago, 1912.

48. ORREGO LUCO, LUIS, *Un idilio nuevo*. Empresa Zig-Zag. Santiago, 1913.

49. ORTIZ, MANUEL JESUS, *Cartas de la Aldea*, Empresa Zig·Zag. Santiago, 1965 (3ª edición).

50. PINOCHET LE BRUN, TANCREDO, *Inquilinos en la hacienda de su Excelencia. Antología Chilena de la tierra*. ICIRA. Santiago, 1970.

51. PINTO SANTA CRUZ, ANIBAL, *Chile, un caso de desarrollo frustrado*. Editorial Universitaria. Santiago, 1959.

52. POBLETE TRONCOSO, MOISES, *La economía agraria de América latina y el trabajador campesino*, Editorial Universitaria. Santiago, 1953.

53. RAMIREZ NECOCHEA, HERNAN, *Balmaceda y la contrarrevolución de 1891*. Editorial Universitaria. Santiago, 1958. 54, RAMIREZ NECOCHEA, HERNAN, *Historia del Imperialismo en Chile*. Empresa Editora Austral. Santiago, 1960.

55. RIVAS VICUÑA, MANUEL, *Historia política y parlamentaria de Chile*. Biblioteca Nacional. Santiago, 1964.

56. ROSS, AGUSTIN, *El problema financiero*, Imprenta Universo. Valparaíso, 1894.

57. ROSS, AGUSTIN, *Chile 1851-1910: sesenta años de cuestiones monetarias y financieras y de problemas bancarios*, Imprenta, litografía y Encuadernación Barcelona. Santiago, 1911.

58. SANTELICES, RAMON, *Los bancos chilenos*. Imprenta y Encuadernación Barcelona. Santiago, 1893.

59. SANTELICES, RAMON, *Bancos de emisión*. Imprenta Nacional. Santiago, 1900.

60. SEGALL, MARCELO, *Desarrollo del capitalismo en Chile*. Editorial del Pacífico. Santiago, 1953.

61. SEMPER y MICHELS, *La Industria del salitre en Chile*. Imprenta, litografía y Encuadernación Barcelona. Santiago, 1908.

62. SUBERCASEAUX PEREZ, GUILLERMO, *El sistema monetario y la organización bancaria de Chile*. Imprenta y lita. grafía Universo. Santiago, 1913.

63. SUBERCASEAUX PEREZ, GUILLERMO, *Historia de las doctrinas económicas en América y en especial en Chile*. Imprenta y litografía Universo. Santiago, 1924.

64. SUBERCASEAUX VICUÑA, RAMON, *Memorias de ochenta años*. Editorial Nascimento. Santiago, 1936.

65. UNDURRAGA, FRANCISCO RAMON, *Recuerdos de ochenta años*. Imprenta El Imparcial. Santiago, 1943.

66. VALDES VALDES, ISMAEL, *Tiempo pasado*. Imprenta Siglo XX. Santiago, 1936.

67. VIAL SOLAR, MERCEDES, *Casas que fueron*. Editorial Zig.Zag. Santiago, 1917.

6B. VIAL SOLAR, JAVIER, *Tapices viejos*. Editorial Nascimento. Santiago, 1924.

69. VIAL SOLAR, JAVIER, *Tapices nuevos*. Editorial Nascimento. Santiago, 1928.

70. VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN, *El libro de la plata*. Imprenta Cervantes. Santiago, 1882.

71. VICUÑA MACKENNA. BENJAMIN, *El libro del cobre y del carbón de piedra*. Imprenta Cervantes. Santiago, 1903.

72. VICUÑA SUBERCASEAUX, BENJAMÍN, *Crónicas del Centenario*. Santiago, 1910.

73. VICUÑA SUBERCASEAUX, BENJAMÍN, *Días de Campo*. Imprenta Zig-Zag. Santiago, 1914.

74. IRARRAZABAL LARRAIN, JOSE MANUEL, *La política económica del Presidente Balmaceda*. Litografía Salesiana La Gratitud Nacional. Santiago, 1963.

75. ZEGERS, JULIO, *Estudios económicos*. Imprenta Nacional. Santiago, 1908.